

JOHN ESQUEMELING
Los Bucaneros de América



COMENTARIO A LAS CRÓNICAS DE JOHN ESQUEMELING

John Esquemeling, cuyo verdadero nombre era Alexander Olivier Oexmelin, publicó en Amsterdam, en 1678, su famoso libro *De Americaeneche Zee Roovers*, "Los Búcaneros de América," obra que tuvo tal que fue de inmediato traducida al inglés y luego a otros idiomas. En ella dio a conocer las aventuras de algunos piratas que desde mediados del siglo xvii merodeaban por las aguas del Caribe, contándose entre ellos el mismo autor, quien participó en 1671 como médico-barbero en la expedición de asalto a la ciudad de Panamá, capitaneada por el célebre corsario inglés Henry Morgan.

Después de la hazaña, Morgan y sus compinches de mayor confianza se alzaron con casi todo el botín, dejando abandonado y desamparado al grupo de Esquemeling, en la boca del río de Chagres, donde los piratas habían anclado los barcos antes de cruzar el istmo con rumbo a Panamá.

Por un tiempo Esquemeling y su gente recorrieron la costa panameña, en las inmediaciones de Bocas del Toro, en busca de alimentos y de otras provisiones; luego continuaron rumbo a la laguna de Bluefields con el objeto carenar los barcos, en vista que el lugar también ofrecía buen resguardo a la flota corsaria (CRÓNICA III).

Estando en este lugar los piratas fueron ahuyentados por un grupo de indios—posiblemente Kukras—que mataron a flechazos a dos mujeres cautivas, enviadas a un río cercano para lavar la ropa de los búcaneros. Los piratas no lograron coger a los sospechosos, por haber éstos escapado rápidamente a la espesura de la selva. Termiendo el regreso de los indios, izaron vela en dirección al cabo Gracias a Dios, donde fueron recibidos amigablemente por los Miskitos (CRÓNICA IV).

La relación de estos indígenas con los corsarios se inició alrededor de 1630, cuando los colonos puritanos de la isla Providencia animaron al Cabo Gracias a Dios para comerciar con los nativos, al tiempo que piratas holandeses y franceses navegaban entonces

por aquella costa. Desde entonces los Miskitos fueron los mejores aliados de los bucaneros, cuya presencia aceptaban con beneplácito. En efecto, abastecían sus barcos con carne de tortuga, manatí y otras vituallas a cambio de cuchillos, machetes, aguardiente y otros artículos.

Durante su estadía en el Cabo, Esquemeling logró observar la forma de vida de los indígenas, o mas bien de la comunidad que existía en el lugar, cuya organización social no pasaba de ser una relación de clan familiar. Entre las cosas que le llamaron la atención figuran las relacionadas con las fiestas, la elaboración de bebidas fermentadas, los ritos matrimoniales y funerarios de los Miskitos, que se cuentan entre las primeras costumbres observadas en este grupo, que entonces parecía ser no muy numeroso.

La costa Caribe de Nicaragua era con frecuencia visitada por los corsarios procedentes de Jamaica y Providencia. Las lagunas litorales ofrecían buenos sitios para esconder y carenar los barcos de los bucaneros, que además gozaron de la confianza y servicios de los Miskitos que vivían en el Cabo.

Una vez aprovisionados con carne de manatí, con la ayuda de los pescadores indígenas, faena en la cual bastaban dos Miskitos para suplir a una partida de cien piratas, el grupo de Esquemeling continuó hacia las islas de la Bahía en la costa de Honduras, retornando después a Jamaica.

Por otra parte, los piratas conocieron de la vulnerabilidad de Granada, cuando el fraile apóstata Thomas Gage, capellán de la tropa inglesa que invadió y tomó Jamaica en 1654, describió la ciudad, donde había estado veinte años antes, como un puerto de gran riqueza mercantil, el cual podía ser invadido por el lago de Nicaragua remontando el río San Juan.

Al respecto de esta nueva opción, Esquemeling se refiere a otros dos bucaneros que merodearon por la costa de Nicaragua: John Davis, inglés, el primer pirata que penetró por el río San Juan, navegó en el lago, sorprendió y asaltó Granada en 1665 (CRÓNICA I), y el tristemente célebre pirata francés, apodado El Olonés, quien

poco después de la hazaña de Davis intentó invadir Nicaragua siguiendo la misma ruta, pero sin ningún éxito y con tan mala suerte que encontró la muerte en la costa de Panamá (CRÓNICA II).

Relata Esquemeling que una partida de piratas comandada por John Davis, dejando su barco en la desembocadura del río, subió en canoas hasta el lago de Nicaragua, sin ser advertida, remando todas las noches y escondiéndose entre las islas en el día. Cayeron sobre la ciudad sorpresivamente, capturaron 18 cañones y encerraron a 300 rehenes en la parroquia, robando y saqueando por las siguientes 16 horas, retirándose a la isla de Ometepe con varios prisioneros para canjearlos por una dotación de carne de res que necesitaban para el regreso a Jamaica.

El gobernador Salinas, refiriéndose al asalto, escribió poco después: “el pirata Davis dijo a uno de mis oficiales que estimaba en una botija de vino el tesoro que se llevaba, en comparación de haber conocido esta plaza, la laguna, sus isletas y la isla de Ometepe, y que había de hacer todo esfuerzo para fomentar con Jamaica y Portugal le diesen gente para ocupar estos puertos, de donde se prometía con mucha facilidad, establecer una comunicación con el mar del Sur.”

Esquemeling afirma que por esta audaz aventura Davis gozó de gran reputación en Jamaica, además de haber logrado el nombramiento de almirante para comandar una flota de siete a ocho barcos, con los que realizó varios asaltos en las costas de Cuba y Florida, habiendo capturado el fuerte español y la ciudad de San Agustín en esa península, como después se supo.

También debemos a Esquemeling el relato de las tenebrosas hazañas de El Olonés—François L’Olonnais—cuyo verdadero nombre era Jean David Nau. Fue el pirata más temido por su sangre fría y las atrocidades que cometía con sus desafortunados prisioneros. Tanto era el miedo que inspiraba este corsario francés que el mismo Esquemeling afirmaba que los españoles preferían morir peleando, o ser hurdidos con todo y barco, antes de caer en sus garras.

En 1668 El Olonés salió de Jamaica con la intención de asaltar Granada remontando “el río de Nicaragua”—léase San Juan—pero los vientos desviaron sus barcos en dirección a la costa de Honduras. Imposibilitada de recuperar la ruta propuesta y acicateada por el hambre la gavilla del Olonés, anduvo merodeando por aquella costa. Asaltó Puerto Caballos—hoy Puerto Cortés—al que saquearon y quemaron, descuartizando aquellos prisioneros que se negaban a pagar rescate por sus vidas, o cortándoles la lengua si no confesaban donde escondían sus riquezas.

Pasó El Olonés a San Pedro de Sula y en el trayecto arrancó el corazón a uno de los desdichados prisioneros que se había negado a indicarle el camino que conducía a la ciudad, a la cual después tomó e incendió al comprobar que sus moradores habían escapado llevando consigo sus caudales.

Luego de vagar por las costas de Belice y Yucatán, sin encontrar provisiones con que alimentar a su pandilla, gran parte de ésta lo desertó. Con un barco casi en zozobra El Olonés logró llegar a una de las islas Perlas—mas bien Corn Island—donde la nave terminó de naufragar. Con los restos del barco logró construir una pequeña embarcación, con la cual se propuso viajar al río San Juan en procura de algunas canoas, pero una guarnición española, acantonada en la boca del río, opuso tan enconada resistencia que logró exterminar a la mayoría de los invasores.

Escapó esta vez El Olonés, pero no fue muy largo, pues al llegar a la costa de Veraguas, cayó en manos de unos indios salvajes que lo descuartizaron y cocinaron sus miembros. “Así acabó la vida y tuvo miserable muerte aquel diabólico villano—termina diciendo Esquemeling—quien por sus grandes crímenes execrables, llenos de horror, y también responsable de tanta sangre inocente, fue muerto por crueles manos carniceras, tales como fueran las suyas en el devenir de su vida.”

I

John Esquemeling

Asalto de Granada por el pirata John Davis 1665

El primer pirata que se atrevió a saltar a tierra firme de los dominios españoles fue Lewis Scott, quien se tomó y saqueó la ciudad de Campeche, en la península de Yucatán, México. La dejó casi en ruinas robando y destruyendo cuando pudo, y después de haber obtenido un cuantioso rescate por ella la abandonó.

A Scott le siguió Mansvelt, quien se propuso llegar hasta Granada, Nicaragua, y siguiendo en sus correrías pasar de allí al Mar del Sur; y lo intentó, hasta que al fin, por falta de bastimentos, abandonó la empresa y se regresó. Asaltó la isla de Santa Catalina¹ que fue la primera plaza que tomó e hizo allí unos cuantos prisioneros. Estos hombres lo guiaron hasta Cartagena, la principal ciudad de Nueva Granada.²

Pero en esta historia no pueden pasarse por alto las atrevidas hazañas de John Davis, oriundo de Jamaica. Su historial está lleno de las más grandes proezas, señaladas todas por la serenidad y valentía con que fueron realizadas en Nueva Granada. Este pirata, habiendo navegado por largo tiempo las aguas del golfo de Bocas del Toro,³ en acechanza de los barcos que de Cartagena iban a Nicaragua, cansado de esperarlos, resolvió al fin desembarcar en Nicaragua, dejando ocultos sus barcos en escondrijos de la costa.

¹ Hoy Providencia.

² Hoy Colombia.

³ En la costa caribe de Panamá.

Y en 1665 puso en ejecución su plan. Para ello tomó ochenta hombres de los noventa que llevaba, y dejó a los restantes resguardando el navío. Embarcó a los otros en tres bongos y partió con destino a Granada, ciudad que pensaba saquear robando las iglesias y las casas de las principales familias de la localidad. Y así, al amparo de la noche, a punta de remo remontaron el río que conduce a la ciudad.⁴ Durante el día se escondieron en sus botes bajo el frondoso ramaje de los árboles que en tupidas masas de follaje orlan las riberas de los ríos y las costas marítimas de aquellos países. Igual cosa hicieron con su barco los que habían quedado resguardándolo en la costa, pues no querían dejarse ver por indios ni pescadores.

Así los otros llegaron a la ciudad a la tercera noche de viaje. El centinela, que atalayaba la entrada del río, creyéndolos pescadores del lago de Nicaragua, porque la mayoría de los piratas hablan bien el español, los dejó desembarcar sin sospechar nada. Llevaban un indio que había escapado de la casa de su amo que le quería hacer esclavo después de tenerlo trabajando mucho tiempo. Este indio fue el primero en saltar a tierra y abalanzándose sobre el centinela lo mató. Hecho esto corrieron todos directamente a la ciudad y fingiéndose amigos golpearon las puertas de tres o cuatro de los ciudadanos de más relieve. Una vez que les abrieron las puertas se dedicaron a robar el dinero y todos los objetos de plata y de valor. No perdonaron tampoco las iglesias de las que se llevaron los vasos sagrados.

Terminado el pillaje, en la ciudad sólo se oían lloros y lamentos de los que habían logrado escapar de las manos de los piratas; en toda la ciudad cundía el espanto y el nerviosismo. Al fin pudieron juntarse quinientos granadinos que se organizaron para disponer la defensa. Viéndolos tan resueltos, los piratas se dieron inmediatamente a la fuga, llevándose todo lo robado y algunos prisioneros para en caso de que si alguno de ellos fuera apresado lo canjearan por un granadino. Se embarcaron rápida-

⁴ se refiere al río San Juan, que conduce al lago, en cuya orilla opuesta se encuentra Granada.

mente y obligaron a los prisioneros a entregarles carne de res y provisiones suficientes para el viaje de regreso a Jamaica, de donde eran. Pero apenas habían levado anclas vieron en la orilla a los quinientos granadinos, muy bien armados. Les hicieron los piratas algunos disparos obligándolos a retirarse tierra adentro, y vieron los granadinos con gran dolor cómo se les llevaban tantos objetos de plata y oro de sus iglesias, y dinero y joyas de sus casas. La ciudad saqueada dista cuarenta leguas del mar.

Los piratas se llevaron un botín de cuatro mil reales en piezas de a ocho, sin contar una gran cantidad de plata labrada, oro y muchas joyas. El total pasó de cincuenta mil reales en piezas de a ocho. Con eso llegaron a Jamaica poco después de su hazaña. Pero como esa clase de gente no sabe guardar el dinero por mucho tiempo, pronto se vieron obligados a hacerse de más mediante el mismo método. Esta aventura le valió al capitán Davis el nombramiento de almirante de siete u ocho barcos de piratas, porque todos reconocieron su valor personal y cualidades de organizador.⁵

Extracto de
The Buccaneers of America (Los Bucaneros de América)
PRIMERA PARTE, CAPÍTULO VII
por John Esquemeling
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica-siglo xvii
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

⁵ Una versión más completa del primer asalto de los piratas a Granada se ofrece en el capítulo xiii del libro "*Nicaragua, Viajes, Rutas y Encuentros*," de Jaime Incer. Editorial Libro Libre, San José, Costa Rica, 1990.

II

Echorías del Olonés en la Costa Caribe de Honduras y Nicaragua

1668

*De cómo se armó El Olonés para ir a tomarse la ciudad
de Santiago de los Caballeros de León, y también la de
Nicaragua, [sic] en donde pereció miserablemente*

Después de su último viaje de rapiña El Olonés quedó gozando en la isla de La Tortuga¹ de mucha estima y reputación, todo a causa del gran provecho que le habían producido sus correrías. Por eso no le era difícil agavillar gente bajo su bandera; y la verdad es que tantos acudían que no podía enrolosarlos a todos. Y es que confiando todos en hacerse ricos con él, no temían arros-trar los más graves peligros, atenedos sólo al valor y experiencia de su cabecilla. Alentado así resolvió realizar una segunda expedición, escogiendo esta vez a Nicaragua para saquear en esa tierra las más ciudades que pudiera.

Habiendo pues pregonado en las plazas de la isla su proyectada correría, contaba a la hora de partir con más de setecientos hombres. De éstos puso trescientos en un navío que había tomado en su afortunado asalto a Maracaibo² y el resto en cinco barcos más pequeños que también llevaba. El primer puerto que tocaron fue Bayaha, en La Española,³ en donde se avituallaron. De allí partieron al puerto de Batabanó.⁴ Su intención era apoderarse allí de todas las canoas que hallara, pues ese lugar es

¹ Situada al norte de La Española, como se llamó primeramente a la isla de Santo Domingo.

² En la costa de Venezuela.

³ La Española o isla de Santo Domingo.

⁴ Situada al sur de Cuba.

de pescadores de tortugas que llegan a vender a La Habana. Y con gran dolor de esa pobre gente les robaron cuantas creyeron necesarias para la expedición; los piratas las necesitaban para poder desembarcar en lugares a donde no podían entrar sus barcos de más calado.

Luego tomaron el derrotero de Cabo Gracias a Dios, situado en tierra firme en los 15° de latitud norte, a unas cien leguas de la Isla de Pinos.⁵ Una aflictiva y tediosa calma chicha los abatió, y las corrientes los llevaron al Golfo de Honduras. Allí lucharon para recobrar su posición marítima, pero fue en vano; corrientes y vientos fueron adversos. Además, el navío en que iba El Olonés no podía seguir a las otras embarcaciones; encima de eso, se les agotaron las provisiones de boca. Entonces se vieron obligados a recalar en el primer puerto que encontraron para avituallarse.

Entraron en la boca de un río llamado Xagua⁶ poblada de indios a quienes les robaron todo y les destruyeron el caserío. Allí se abastecieron de maíz, y de muchos puercos y gallinas. Y no contentos con eso se dedicaron a saquear todos los puertos y poblados de la costa, pertrechándose de las provisiones necesarias para sus correrías.

Hiciéronse de nuevo a la vela y llegaron a Puerto Caballo,⁷ en donde los españoles tienen bodegas en que guardan las mercaderías procedentes del interior del país, hasta que llegan por ellas los navíos de España. En el puerto se apoderaron los piratas de un barco español de veinticuatro cañones y dieciséis pedreros. Saltaron a tierra y pegaron fuego a las dos bodegas y a las casas del poblado. Tomaron muchos prisioneros haciéndoles las mayores crueldades imaginables. El Olonés tenía por costumbre dar tormento a los prisioneros para hacerles revelar el escondite de sus bienes;

⁵ Frente a la costa sur de Cuba.

⁶ El río Aguán en la costa norte de Honduras.

⁷ Hoy Puerto Cortés.

cuando no lo conseguía los hacía descuartizar y les arrancaba la lengua: eso hacía con los españoles que caían en sus manos. De ordinario sucedía que los desventurados, atemorizados por lo que podía sucederles, prometían revelar los lugares donde los otros españoles se ocultaban—lo que en realidad ignoraban—y al no hallarlos allí los piratas les daban mayores tormentos aún.

Habiendo dado muerte a todos—salvo a dos que dejaron para que les sirvieran de guías—marcharon sobre el puerto de San Pedro,⁸ a diez o doce millas de Puerto Caballo. Iba El Olonés con trescientos hombres; el resto quedó al mando de Moses van Bin que gobernaría en su ausencia. Tras de caminar tres leguas toparon con una emboscada de los españoles. Acometieron éstos con arrojo y pelearon bien al principio, pero no pudiendo resistir la furia de los piratas volvieron espaldas, no sin antes haber matado y herido a muchos. A los españoles que quedaron heridos El Olonés les dio salvaje muerte después de interrogarlos.

Hizo El Olonés también algunos prisioneros sanos a quienes preguntó si no había más españoles emboscados. Dijéronle que sí. Les pidió entonces le informaran si no había otro camino para entrar al pueblo, y le dijeron que no. El Olonés quería evitar nuevas emboscadas. Habiéndolos interrogado a todos, sin que nadie le indicara otro camino, se encolerizó de tal manera que cogió a uno, le abrió de un solo tajo el pecho; con sus sacrílegas manos le arrancó el corazón para morderlo al tiempo que tronaba: *¡Mort Dieu, les Espagnols me le payeront!*⁹

Al día siguiente cayó en otra emboscada. Los piratas atacaron con rabia y en menos de una hora de lucha hicieron huir a los españoles, quedando en el campo muertos la mayoría de ellos. La tercera fue más porfiada que las dos primeras, pero los piratas, lanzándoles muchas bombas de mano se deshicieron de ellos. Y fueron muertos y heridos allí tantos enemigos que sólo muy pocos volvieron a sus casas.

⁸ San Pedro de Sula

⁹ ¡Muera Dios, los españoles me las pagarán!

No había más que un camino para llegar al pueblo y estaba escalonado de retenes, y en las afueras habían plantado muchas matas espinosas que allá llaman raqueltes. Estas trincheras son más difíciles de salvar que los triángulos que en Europa ponen los ejércitos para impedir el paso al enemigo. Los españoles que estaban detrás de ellas, al acercarse los piratas comenzaron a cañonearlos. Pero éstos, en viendo que los enemigos encendían la mecha de los cañones, se echaban de bruces al suelo para dejar pasar las balas; luego se incorporaban granada y sable en mano lanzándose al asalto para estragarlos; y así lograron matar a muchos. Pero no pudiendo por entonces entrar al pueblo, se tomaron un respiro. En seguida volvieron a la carga, aunque con menos gente; pero esta vez no dispararon sus armas hasta llegar muy cerca del enemigo, y arrojándose con temeridad y buena puntería disparaban matando a un español con cada tiro.

El combate se prolongó encarnizadamente por una y otra parte hasta la noche, cuando los españoles se vieron obligados a sacar bandera blanca pidiendo tregua para entablar pláticas de paz; sólo querían se les diera dos horas de espera. Suplicaron este corto plazo para ganar tiempo y poder ocultar cuanto más pudieran de sus haberes y huir con lo demás a una población vecina. Acordada la espera los piratas entraron al pueblo y allí se estuvieron sin cometer ningún desafuero, pero vencido el término El Olonés mandó seguir a los vecinos que huían para robarles los bienes y hacerlos prisioneros. Los piratas sólo lograron coger unos zurriones de añil, pues el enemigo había conseguido esconder todo lo demás.

Después de unos cuantos días en que perpetraron sus acostumbrados latrocinios, abandonaron San Pedro llevándose todo lo robado y dejando al pueblo en cenizas. Llegados a la costa, en donde habían dejado a sus otros compañeros, se encontraron con que éstos se habían entretenido en perseguir a los pobres pescadores que vivían en los contornos y a los que bajaban por el río de Guatemala.¹⁰ En este

¹⁰ El río Motagua.

mismo río se esperaba el arribo de una nave de España. Finalmente resolvieron irse a las islas del otro lado de la bahía para carenar y reparar allí sus barcos. Dejaron, sin embargo, dos canoas con gente suficiente en la boca del río con órdenes de apoderarse de la nave que, como llevamos dicho, era esperada con procedencia de España.

Pero el objeto primordial de su traslado a las islas era buscar allí provisiones, pues sabían que la tortuga de esos lugares es un bocado exquisito y nutritivo. Tan pronto como llegaron se dividieron en grupos, situándose cada uno en puntos convenientes para la pesca del quelonio. Se dedicaron también a tejer redes hechas de la corteza de un árbol llamado "macoa"; de eso mismo hacían jarcias. Hay asimismo muchos lugares en donde se encuentra alquitrán en abundancia. Y es tanta la cantidad de eso que corre a la orilla del mar, que derretido por el tórrido sol del trópico entra en el agua y se solidifica formando islotes. Este alquitrán no es como la pez o betún de algunos países de Europa, pero sí se le parece mucho en color y forma; mas en mi opinión esto es cera de abejas de tierras vecinas arrastrada al mar en los temporales. Llega la cera desde lejos hasta la orilla del mar traída por las corrientadas y los ríos, pues está mezclada con arena y tiene el mismo olor del conocido ámbar negro de Oriente. Aquí en las islas donde estaban los piratas abundan las abejas que hacen sus colmenas en los troncos de los árboles; de ahí que estando los panales adheridos a los árboles caigan al suelo durante los temporales, y el viento y las corrientadas que bajan de las montañas los llevan al mar. Algunos naturalistas dicen que de esta cera y de la miel se hace una separación con agua salada para producir el ámbar puro, y bien puede ser así, ya que si se le prueba sabe a cera de abejas.

Pero sigamos con mi narración. Venía diciendo yo que los piratas se ocupaban en hacer redes y jarcias, y se apuraron en terminarlas al enterarse que había llegado la nave de España. Pasaron recorriendo la costa de Belice, habitada por indios dedicados a recolectar el ámbar en esa costa. Y habiendo llegado con los piratas aquí, quiero se me permita hacer algunas obser-

vaciones referentes a los usos y costumbres de estos indios, y a la religión que practican.

Los aborígenes de la costa yucateca han estado por más de cien años bajo el dominio de España, y a esta nación es que prestan servidumbre. Y así sucede que cuando los españoles necesitan un esclavo o criado, mandan aquí por uno para que le sirvan por todo el tiempo que quieran. Los españoles los catequizaron convirtiéndolos al cristianismo; todos los domingos y fiestas de guardar llegaba un sacerdote a celebrar misa. Pero un día, por razones desconocidas, aunque seguramente instigados por tentaciones del padre de la idolatría, que es el propio demonio, abandonaron de pronto la religión cristiana y maltrataron al sacerdote, por cuyo desmán los españoles castigaron a muchos de sus jefes metiéndolos en prisión.

Todos estos infieles tenían, y han vuelto a tener, su dios individual al que idolatran. Cosa digna de admiración a este respecto es la manera como tratan a los recién nacidos. Tan pronto como sale del vientre de su madre lo llevan al templo; allí cavan un hoyo y le echan ceniza sobre la cual depositan a la criatura, dejándola sola toda la noche, expuesta a toda clase de peligros; nadie debe acercársele. El templo queda abierto a fin de que los animales salvajes puedan entrar en él. Al día siguiente regresan los padres y parientes del niño a ver si en la ceniza hay huellas de animales. Si no las hay, dejan al niño allí mismo hasta que aparezca una huella, y una vez identificado por ella el animal consagran el recién nacido a él, que entonces de por vida será su dios patrono. A ese animal habrá de servirle y lo tendrá como su protector frente a todo peligro y necesidad. Ofrecen a sus dioses sacrificios quemando una resina que nombran copal, cuyo humo huele que es una delicia. Cuando la criatura llega a cierta edad sus padres le enseñan a quién debe adorar, servir y honrar como a su dios. Al ser enterado de ello el niño va al templo y ofrece el sacrificio indicado a su propio dios. Después, si en el curso de su vida alguien le hace un mal, pone la queja a su dios-animal, le ofrece un sacrificio y le reclama venganza. Así que no es de

extrañarse que un día de tantos el culpable aparezca muerto, o herido a dentelladas y zarpazos por el dios-animal que protege al otro. De esta manera supersticiosa e idolátrica viven estos miserables e ignorantes nativos de las islas del Golfo de Honduras, e igualmente muchos de Yucatán, en cuyo territorio hay excelentes puertos para abrigo de los barcos, y en donde también los indios levantan sus casas.

Esta gente no se guarda mucha fidelidad y celebran su matrimonio con muy extraños ritos. Cuando quiere casarse, el pretendiente pide a la novia al padre de ella, o a su pariente más cercano. El futuro suegro le hace preguntas minuciosas relativas a la manera cómo cultiva los sembrados, y otras cosas referentes al mantenimiento de la familia. Y si las respuestas del yerno le satisfacen, le entrega un arco y una flecha. Con ésto en sus manos se dirige a la novia presentándole una guirnalda de hojas frescas con olorosas flores entrelazadas y se la coloca en la cabeza quitándole las que llevaba; porque es costumbre de las doncellas del país adornarse siempre con flores la cabeza. Una vez hecho ésto, los amigos se juntan a especular sobre las posibilidades de bienandanza o fracaso del futuro matrimonio. Van luego los parientes y amigos a casa del padre de la novia a beber chicha de maíz. Allí el padre entrega la muchacha al novio. Al día siguiente la recién casada va donde su madre y entre lamentos y lloros se quita la guirnalda y la desgarras; tal es la usanza. Pudiera decir muchas cosas más referentes a sus usos y costumbres, pero debo seguir con mi narración.

Los piratas se apoderaron de muchas canoas en la isla de Sambale, a cinco leguas de la costa yucateca. Allí hay mucho ámbar, y se le encuentra más cuando soplan vientos del este, ya que las olas llevan eso y muchas otras diferentes cosas. En esas aguas, que son poco profundas, sólo pueden navegar barcos de poco calado. En las tierras que este mar contorna abunda la madera que llaman de Campeche, que es de tinte, y otros productos también colorantes muy apreciados en Europa; y lo serían más si tuviéramos la habilidad y ciencia de los aborígenes que

son muy industriosos para hacer tintes que jamás mudan de color ni se destiñen.

Llevaban los piratas tres meses de hacer antesala en el golfo cuando recibieron aviso de que había llegado la tan esperada nave de España. Corrieron al puerto con la intención de abordarla, mas se encontraron que ya estaba descargando las mercaderías. Pero antes creyeron conveniente mandar algunas de las canoas, que tenían apostadas en la boca del río, en busca de un pequeño barco que esperaban cargado—según noticias—de gran cantidad de plata, añil y cochinilla. Entre tanto, los marineros de la nave supieron que los piratas iban a tomarla al abordaje, y se dispusieron a la defensa. Esa embarcación montaba cuarenta y dos cañones y muchas otras armas de fuego, y bastantes municiones; su dotación era de ciento treinta y cinco hombres. Pero para El Olonés nada significaba eso; se lanzó resueltamente al abordaje. Su barco montaba sólo veintidós bocas de fuego y no contaba más que con una chalupa auxiliar. Los españoles pelearon con bravura y lograron rechazar a los piratas, pero éstos, aprovechándose de la humareda de la pólvora que envolvía la nave, echaron al agua cuatro canoas con gente osada que se le acercaron, y con gran agilidad la abordaron forzando a los españoles a arriar bandera.

No hallaron en la nave lo que esperaban, pues ya lo habían desembarcado casi todo. Encontraron sólo cincuenta barras de hierro, un pequeño paquete de papel, unas cuantas jarras de vino y cosas por el estilo, de poco valor todo ello.

Reunió El Olonés a toda su gente y les propuso ir a la ciudad de Guatemala. Exteriorizaron diversos pareceres, unos aprobando la idea, otros rechazándola. Unos cuantos, nuevos en lances de piratería y que al salir de la isla de la Tortuga se imaginaban que la cosa no sería más de recoger doblones de oro con la facilidad con que se cortan peras de un peral, pero que ya habían visto que la realidad era muy otra, abandonaron la expedición y se regresaron a la isla. Otros, en cambio, juraron morir de hambre antes que volver con las manos vacías.

Pero fueron la mayoría los que juzgaron absurdo el plan de ir a Guatemala, y se separaron de El Olonés y del resto de la gente. Entre ellos se hallaba un cabecilla llamado Moisés Vanclein, capitán del barco tomado en Puerto Caballo. Este hombre rumbó en dirección a la isla de la Tortuga con el intento de ir por esos lados. Con él se fue su compinche Pierre le Picard, quien al ver que abandonaban al Olonés, hizo lo mismo. Estos desertores se fueron costeando el continente hasta llegar a Costa Rica. Aquí un fuerte grupo saltó a tierra cerca del río Veraguas y en buen orden marcharon sobre la ciudad de ese mismo nombre. Tomaron la plaza y saquearon las casas a despecho de la tenaz resistencia de los españoles. Hicieron algunos prisioneros y robaron lo que hallaron, que por cierto no fue gran cosa, pues el lugar es pobre y el único medio de vida allí es el laboreo de las minas. Los esclavos son los que se dedican a eso y a veces trabajan hasta caer muertos; cavan y zarandean las arenas de los ríos cercanos en donde suelen encontrar pepitas de oro tan grandes como garbanzos. El botín no pasó de siete u ocho libras de oro. De Veraguas se volvieron, abandonando el plan de llegar hasta la ciudad de Natá¹¹ próxima a la costa del Mar del Sur; ellos sabían que sus habitantes son dueños de los esclavos que trabajan en las minas de Veraguas. Pero se agallinaron al ver que los españoles se juntaban en gran número para caerles encima en donde quiera que aparecían.

El Olonés, abandonado por sus secuaces, se quedó solo en el Golfo de Honduras, debido a que su navío tenía demasiado calado para navegar con la marea baja, cosa que los barcos pequeños podían fácilmente hacer. Allí sufrió gran falta de víveres, de modo que todos los días tenía que mandar gente a tierra a buscar qué comer, y se contentaban con los monos y animales salvajes que cazaban.

Finalmente a la altura de Cabo Gracias a Dios dieron con ciertas islas llamadas de Las Perlas. Cerca de allí el navío enca-

¹¹ al oeste de Panamá.

lló en un bajo, y quedó de tal manera embancado que por muchos esfuerzos que hicieron no pudieron ponerlo a flote; y eso que echaron al agua los cañones y todo objeto pesado que llevaban. Resolvieron entonces dismantelar el barco y con sus clavos y tablones construir una embarcación más pequeña para poder salir de las aguas de estas islas. Y mientras los dejamos empeñados en esa tarea, pasaremos a describir sucintamente dichas islas y sus habitantes.¹²

Las islas de Las Perlas están pobladas por indios salvajes que jamás se han relacionado con gente civilizada. Son altos y corren a la velocidad de un caballo; es admirable ver la destreza que tienen para bucear. Yo los vi sacar del fondo del mar un ancla de seiscientas libras atándole un cable. Sus armas son de madera sin nada de hierro, aunque algunos les incrustan en la punta un colmillo de caimán. No usan arcos ni flechas como otros indios; su arma más común es una lanza de brazada y media. Tienen sembrados que les dan abundancia de legumbres, tales como papa, banano, piñas y otras frutas propias del suelo. En las cercanías de esas hortalizas no hay casas como en otros lugares de las Antillas.

Crean algunos que estos indios son antropófagos, lo cual parece confirmado por lo que ocurrió cuando El Olonés llegó allí. Resulta que dos de sus hombres, francés el uno y español el otro, se internaron en el monte y mientras deambulaban allí se encontraron con una tropilla de indios que se les acercaron para prenderlos. Se defendieron con sus espadas. Pero al fin se vieron obligados a huir, logrando escapar el francés que era mejor corredor; el español cayó en manos de los salvajes y no se volvió a saber de él. Días después otros piratas cogieron el monte en su búsqueda. Iban doce bien amados y entre ellos el francés que conocía el lugar en donde había quedado el compañero. Cerca

¹² Las únicas islas habitables e igualmente cultivables situadas frente a las costas de Nicaragua son las de Com Islands y no los islotes que forman el archipiélago de Perlas, a como afirma erróneamente Esquemeling.

de allí hallaron restos de un fuego y poco más allá los huesos sofiamados del español. Dedujeron con razón que los salvajes habían devorado al pobre hombre; vieron también pedazos de carne aún adherida a los huesos y una mano con sólo dos dedos.

Continuaron adelante en busca de los indios, a muchos de los cuales miraron, pero ellos, viendo que los piratas eran muchos y que estaban bien armados, echaban a correr. No obstante, lograron coger a cinco hombres y cuatro mujeres que llevaron al barco. Allí los piratas hicieron todo lo posible por ganarse la confianza y la amistad de los cautivos obsequiándoles cuchillos, dijes de vidrio y otras cosillas. Les ofrecieron comida y bebida, pero de ésto no quisieron probar nada. Notaron los piratas que durante todo el tiempo que los indios estuvieron a bordo no se cruzaron una sola palabra. De modo que viendo el gran temor que les inspiraban les dieron unas cuantas zarandajas y los dejaron ir. Al marcharse dijeron por señas que regresarían, pero muy pronto olvidaron a sus benefactores y nunca se aparecieron. Después de ese día jamás volvieron a ver a ninguno en toda la isla, lo que les hizo suponer que los excautivos y los demás indios se habían cruzado a nado a otras isletas, y era razonable que así lo supusieran, pues nadie volvió a ver una canoa ni cosa parecida en los contornos de la isla.

Entre tanto, los piratas que deseaban ver terminada la lancha que estaban construyendo con la madera y el herraje del navío encallado, no olvidaron buscar el sustento sembrando frijoles franceses que tardaron seis semanas en dar cosecha, y también otras verduras. Tenían maíz, bananos y recoven¹³ en cantidad suficiente; del maíz hacían tortillas en estufas portátiles. No tenían pues que pasar hambre en ese desolado lugar.

De esa manera vivieron cinco o seis meses, pasados los cuales y habiendo terminado la lancha, resolvieron poner proa hacia el río Nicaragua,¹⁴ a ver si podían hacerse allí de unas

¹³ Yuca o casava.

cuantas canoas y volver con ellas a la isla a recoger a los que no cabían en la lancha recién construida. Y para evitar la discordia entre ellos mismos echaron suertes para ver quiénes se embarcarían.

Tocó en suerte a la mitad irse en la lancha y en el botecito del navío que ya tenían. El resto se quedó en la isla. En pocos días de vela llegó El Olonés a la desembocadura del río.¹⁵ Aquí inesperadamente le sorprendió la mala fortuna que por largo tiempo venía buscándolo para cobrarle los innumerables y horrendos crímenes que en su perversa vida había cometido. Indios y españoles lo atacaron y de tal manera arrollaron a su gente que la mayoría fueron muertos. El Olonés se embarcó con los sobrevivientes. Y ese desalmado, a pesar de haber perdido tantos hombres, no quiso volver a la isla sin antes llevar las canoas en cuya busca andaba.

Resolvió pues seguir costeando rumbo al sur hasta Cartagena. Pero el Todopoderoso, habiéndole señalado su último día, se sirvió de los nativos del istmo de Darién como instrumento y ejecutores de la Justicia Divina. Estos indios tienen entre los españoles la fama de valientes y salvajes, pues nunca los han podido subyugar. Allí llegó El Olonés—o más bien dicho allá lo llevó su subconsciente que reclamaba el castigo de sus inauditas fechorías—pensado el infame agregar más eslabones a su ya larga cadena de crímenes. Pero los indios, pocos días después de haber él desembarcado, lo cogieron y descuartizaron vivo, echando luego sus miembros al fuego, y en seguida lanzaron sus cenizas al viento para que no quedara memoria de semejante energúmeno. Fue uno de sus camaradas quien me relató detalladamente la tragedia, y me dijo que el mismo estuvo a punto de correr ese mismo destino. En su opinión, muchos de sus compañeros, que en ese encuentro con los indios fueron hechos

¹⁴ El río San Juan.

¹⁵ El traductor identificó al río como el Escondido, que desemboca en la laguna de Bluefields. Sin embargo en esa época dicho lugar no estaba poblado ni guarnecido por los españoles.

prisioneros, sufrieron idéntica suerte de su cabecilla. Así terminó la legendaria vida de esa criatura infernal nombrada El Olo-nés quien, con una historia llena de crímenes, y deudor de mucha sangre inocente, sufrió una muerte cruel a manos de gente sanguinaria, como lo fue él toda su vida.

Los que quedaron en la isla de Las Perlas, esperando el regreso de los que para su desgracia se habían ido, al no recibir noticias de su capitán y demás camaradas, se embarcaron en un buque pirata que viniendo de Jamaica recaló en la isla. Este pirata tenía el plan de desembarcar en Cabo Gracias a Dios, remontar el río en sus canoas y tomarse Cartagena. Las dos pandillas de aventureros, al verse juntas, se alegraron mucho, los unos por haber sido rescatados de una isla desierta en donde habían vivido durante diez meses, y los otros por sentirse ahora más fuertes para realizar sus depredaciones. Zarparon, pues, y quinientos piratas desembarcaron en Cabo Gracias a Dios para remontar el río en canoas; sólo cinco hombres quedaron resguardando cada uno de los barcos. No llevaron provisiones porque descansaban en la seguridad de que tierra adentro las había en abundancia. Pero sus esperanzas, no siendo fundadas en Dios, les resultaron fallidas.

El Señor dispuso que los indios, al enterarse de su llegada, huyeran a los montes llevándose los víveres que tenían en sus ranchos, y también las de sus siembros que en su mayor parte tenían en las orillas del río. De suerte que a los pocos días de ir remontándolo, empezaron a padecer de hambre como nunca en su vida. Y si bien la esperanza de hacerse pronto ricos alentaba su espíritu, tenían que sustentarse con sólo los cogollos de algunas plantas ribereñas.

Mas todo su coraje y ánimo resuelto no les duró más que dos semanas, al cabo de las cuales materia y espíritu comenzaron a flaquear. En tal situación decidieron adentrarse en la selva en busca de población en donde esperaban hallar que comer y tampoco allí encontraron nada. En vano recorrieron por días y días la montaña. Al fin, muertas ya sus esperanzas, y desfalle-

cidos, se vieron forzados a buscar otra vez el río para regresar a la costa en donde habían dejado los barcos. Fue tanto lo que padecieron que en el camino tuvieron que comerse el cuero de sus zapatos, el de las vainas de sus espadas y cosas parecidas, y en su desesperación hasta se soñaban con encontrar algún indio para comer carne asada.

Finalmente llegaron a la costa en donde aliviaron su miseria. Pero no todos se salvaron; algunos murieron de pura debilidad y de enfermedades que contrajeron en su desventurado viaje. Los restantes se dispersaron para ir acabando uno tras otro de la misma manera que El Olonés. De éste y de sus compañeros ya di cuenta a mis lectores. Ahora quiero relatar las hazañas del capitán Henry Morgan, quien bien se merece el calificativo de segundo Olonés, pues no fue menos temerario ni menos ladrón que aquél.

Extracto de
The Buccaneers of America (Los Bucaneros de América)
SEGUNDA PARTE, CAPÍTULO III
por John Esquemeling
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica—siglo xvii
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

III

Aventuras de Esquemeling entre Bocas del Toro y Bluefields

1671

Era tal la situación en que Morgan nos dejó, que aquello parecía el castigo que bien se merecían al final de su existencia quienes habían llevado una vida de pecado y perversión. Fue una lección para que rectificáramos nuestra conducta. Mas viéndonos en aquel estado, ingleses y franceses teníamos que buscar la manera de salir adelante. Así pues, muchos se dispersaron tomando diferentes rutas para volver a Jamaica, Tortuga y otros lugares. El grupo nuestro optó por bordear el litoral costarricense, en donde esperábamos hacernos de provisiones y carenar en lugar seguro el barco, pues ya no prestaba garantías para navegar. A los pocos días entramos en Bocas del Toro, puerto espacioso en donde siempre se hallan grandes cantidades de tortugas de carne apetitosa. Tiene el puerto unas diez leguas de circunferencia y está rodeado de isletas, al socaire de las cuales pueden los barcos capear la furia de las tempestades.

Habitan las isletas indios a quienes jamás han podido subyugar los españoles, por cuya razón les llaman indios bravos.¹ La diversidad de sus costumbres e idiomas los divide en varias tribus que viven perpetuamente en guerra. En la parte oriental del puerto viven algunos que antes comerciaban con los piratas vendiéndoles carne de la mucha salvajina que cazaban, y también variedad de frutas propias del lugar. Los piratas trocaban eso por utensilios de hierro, espejitos y abalorios que los aborí-

¹ Estos indios habitaban la costa caribe al oeste de Panamá y fueron una vez conocidos como Valientes por su salvaje resistencia contra piratas y españoles, habiendo sido El Olonés una de sus víctimas.

genes lucían como más ufanía que las joyas preciosas de los europeos cuyo valor desconocían. Este comercio decayó porque los piratas cometieron muchas barbaridades con ellos, como era el asesinar a los hombres para llevárselos sus mujeres. Y, por supuesto, semejantes atropellos pusieron fin al tráfico entre indios y piratas.

Desembarcamos allí con el propósito de satisfacer necesidades de comida que ya eran casi extremas. Pero fue tan desgraciada nuestra suerte que no encontramos más que unos pocos huevos de lagarto, con lo cual nos conformamos. Luego partimos poniendo proa al este, en cuyo derrotero topamos con tres barcos más de camaradas a quienes también había abandonado Morgan. Nos dijeron que tampoco ellos habían hallado nada con que matar el hambre que los tenía medio muertos ya. Y nos dijeron más aún: que el propio Morgan y los que le seguían andaban tan escasos de provisiones que no comían más que una vez al día, y eso muy poquito.

Entonces nosotros, habiéndoles oído decir que era inútil seguir adelante, cambiamos rumbo del este al oeste. Por allí si había tantas tortugas como arenas tiene el mar, mucho más, en realidad, de lo necesario para llenar la bodega de nuestro barco, y en aquel día creímos que nunca más nos volvería a faltar carne. De lo único que ahora escaseábamos era agua dulce que abundaba en las islas vecinas, pero no nos atrevíamos a desembarcar en ellas por el odio que estos indios tenían a los piratas. Mas como la necesidad no respeta leyes, nos vimos forzados a desembarcar en una de ellas metiéndonos unos en el monte mientras otros llenaban de agua los barriles. No había pasado una hora cuando de repente aparecieron los indios y oímos gritar a uno de los nuestros: "¡A las armas, a las armas!" Las cogimos y comenzamos a volarles plomo, de tal manera que no tuvieron mas que volver a enmontañarse. Los perseguimos un rato, pero no muy lejos, pues solamente queríamos abastecernos de agua. De vuelta a la playa encontramos dos indios muertos; uno de ellos debió sin duda ser un personaje, ya que alrededor

de la cintura llevaba un ceñidor muy laboriosamente tejido, y sobre la barbilla le colgaba una sólida planchita de oro pendiente de dos hilillos de lo mismo, cosidos al labio inferior. Su lanza era de palmito con finas labraduras, y en la punta tenía un como garfio que parecía haber sido endurecido al fuego. Ojalá estos indios nos hubieran dado la oportunidad de hablarles, pues queríamos reanudar la amistad con el fin de que volvieran a comerciar con nosotros y poder obtener de ellos provisiones. Pero esto era imposible con esos salvajes. Así y todo, pudimos llenar de agua los barriles.

Oímos por la noche alaridos y clamores en la costa provenientes de los indios. Supimos que lloraban la muerte de los que habíamos matado, y también que de esa manera convocaban gente para hacernos la guerra. Estos indios nunca se han adentrado en el mar, y ni siquiera tienen canoas, y mucho menos botes pesqueros pues no han aprendido a pescar.

No teniendo ya otra cosa que hacer allí, resolvimos enderezar hacia Jamaica. Vientos contrarios nos empujaron de vuelta al río Chagres, a donde llegamos a fuerza de remos. Al aproximarnos vimos un barco que comenzó a darnos caza. Creíamos que sería de Cartagena llegado allí a reconquistar el castillo, en donde ya no quedaban piratas, por lo que desplegamos todo el velamen y corrimos viento en popa buscando en la costa un recoveco donde meternos. Pero ese barco, siendo más marinero que el nuestro, nos alcanzó fácilmente cortándonos el paso. Al acercárenos descubrimos que era gente del mismo oficio, de aquellos de la expedición a Panamá, que hasta ese momento estaban abandonando el castillo. Nos dijeron que tenían planeado irse a piratear en aguas de Nombre de Dios y después a Cartagena, pero que habiéndoselos impedido los vientos se irían con nosotros a Bocas del Toro, donde a habíamos estado. Este accidente y encuentro retrasó nuestro viaje en dos días, tiempo que no íbamos a recuperar en quince, obligándonos a volver al lugar del que acabábamos de salir; allí estuvimos unos pocos.

Luego partimos a Boca del Dragón² a surtirnos de carne, especialmente de un animal que los españoles llaman manatí, y que para los holandeses es "vaca marina" porque tiene cabeza, nariz y dientes muy semejantes a los de la vaca. Se le encuentra en lugares en donde en el fondo del agua vegetan yerbas que ellos comen. Este animal no tiene orejas, no más que dos pequeñas aberturas en las que apenas si cabe el dedo meñique de un hombre. Cerca del cuello posee dos aletas bajo las cuales tiene sendas mamas similares a las de las mujeres. La piel es muy compacta, a modo de la del perro de Berbería, con espesor de dos dedos en el lomo, y que una vez seca es tan dura como barbas de ballena; de ella se hacen látigos y bastones. Su panza es semejante a la de la vaca, hasta los riñones, y su modo de engendrar es igual al de la vaca terrestre, siendo el macho idéntico al toro. Sin embargo, no paren mas que un crío; pero no he podido averiguar cuanto tiempo dura la gestación. Estos mamíferos tienen un agudísimo sentido auditivo, de suerte que el pescador debe hacer sólo el más mínimo ruido cuando anda en busca de él. Por eso los indios utilizan para bogar un instrumento silencioso que llaman papagayo, y los españoles canaleta. Cuando los pescadores andan buscándolo no se hablan; se comunican sólo con señas. El arponero le lanza el arpón, igual que hace con las tortugas, pero este arpón es diferente del otro, que tiene dos garfios que son más largos que el usado para arponear tortugas. El manatí llega a medir hasta veinticuatro pies. Su carne es succulenta y casi del mismo color de la de la vaca, pero sabe a puerco. Tiene mucha grasa que los piratas derriten y guardan en vasijas de barro para cocinar.

Un día que no se pudo pescar nada, unos salieron a montar y otros a pescar. Al poco rato vimos venir una canoa con dos indios que apenas nos divisaron comenzaron a canaletear desesperadamente a tierra, pues no querían saber nada de piratas, como éramos nosotros. Jamás pudimos alcanzarlos, y llegando ellos a

² Un estrecho pasaje situado entre los islotes que forman el archipiélago de Bocas del Toro.

la ribera se metieron en el monte alzando en vilo su canoa como si fuera de paja, y eso que según pudimos calcular cuando un rato después la encontramos, pesaba mas de dos mil libras, ya que entre once hombres que éramos nos costó mucho trabajo volverla al agua.

Con nosotros andaba un piloto que conocía bien esos lugares, y nos contó que años atrás llegó allí un barco pirata. Fueron a tierra unos cuantos a coger ciertos pajaritos propios de la región, y estando bajo unos árboles altos y coposos, unos indios se habían subido a ellos para espiarlos. Al verlos llegar debajo se les dejaron caer desde arriba apoderándose de los botes y también de algunos piratas, y a unos y otros se los llevaron al interior de la selva a donde sus compañeros no podían ir a rescatarlos. El almirante de la flota desembarcó entonces quinientos hombres en busca de los secuestrados. Pero vieron juntarse tan gran número de indios que optaron por regresar a sus barcos. Habiendo oído esta historia tuvimos miedo de que nos sucediera algo parecido, así que nos volvimos llevándonos la canoa. En ella no hallamos mas que una red de pescar, no muy grande, y cuatro flechas de palmito de unos siete pies de largo. Estas creemos, son sus armas. La canoa que nos llevamos era de cedro, pero tan burdamente labrada que nos hizo pensar que esa gente no conocía nuestras herramientas.

Zarpamos de allí y al cabo de veinticuatro horas llegamos al río de Zuera, en donde hay unas cuantas casas de la jurisdicción de Cartagena.³ Viven en ellas algunos españoles a quienes fuimos a visitar, pero no pudimos conseguir carne ni huevos de tortuga, porque sus moradores habían huido al vernos llegar llevándose todas las provisiones; tuvimos que acomodarnos con los plátanos que hallamos. Llenamos de eso los botes y proseguimos viaje costearo el litoral. Buscábamos una ensenada para carenar el barco que hacía agua por donde quiera. Varios esclavos

³ Se refiere al río Suere en el nordeste de Costa Rica, no lejos de Cartago (no Cartagena, según confunde el autor).

vos trabajaban en las bombas noche y día. Fueron dos semanas de viaje esperando de un momento a otro naufragar.

Arribamos por fin a la bahía de Bleeevelt,⁴ nombre éste de un pirata que acostumbraba entrar allí con el mismo fin que nosotros. Bajamos, y unos salieron a buscar que cazar en el monte; otros se dispusieron a reparar y carenar el barco.

Los del monte trajeron puerco espines de monstruoso tamaño. Pero se dedicaron más a la caza de monos y de ciertas aves llamadas faisanes.⁵ Los sudores y trabajos que nos costaban eso de cazar, yo por lo menos los sentía compensados con el triunfo de matar monos, a los que disparábamos hasta dieciséis tiros de pistola para cobrar sólo tres o cuatro, porque aún estando mal heridos lograban escapar. Por otra parte, era cómico ver a los monitos ceñidos apretadamente al lomo de sus mamacitas, exactamente igual que los negritos se abrazan a la espalda de las suyas. Y cuando un mono es herido de bala, todos sus compañeros de pandilla acuden a él, poniéndole las manos en la herida para contener la hemorragia. Otros cogen puñados de musgo y lo aplican a la lesión. Y hay otros más sabios todavía que mastican ciertas hierbas y arriman el menjunje a la herida a modo de cataplasma. Para mí aquello era asombroso, pues siendo criaturas irracionales daban muestras de amor y apego a sus semejantes.

Tras nueve días de permanencia allí, estando las esclavas ocupadas en lavar los platos, coser y halar agua de los pozos de la costa, oímos los chillidos de una que gritaba: ¡indios, indios! Corrimos a coger las armas. Entramos en la selva y sólo hallamos los cuerpos de dos esclavas muertas a flechazos. Tenían clavadas un sinnúmero de flechas como si hubiesen los indios hecho la obra con gran esmero y simetría. Y bien sabíamos que una sola era suficiente para quitarle la vida a un ser humano. Eran de forma y estilo muy raros; medían ocho pies de largo,

⁴ Bluefields.

⁵ Pavones (*Crax rubra*).

y gruesas como el dedo pulgar. En uno de sus extremos tenían un garfio de madera atado con una cuerda al asta; en el otro extremo había una cajita con ciertas piedrecitas de color rojo y muy brillantes que parecían haber estado allí por mucho tiempo. Supimos que esas eran armas de sus líderes y capitanes. Estas flechas las hacen sin herramientas, pues los indios tuestan primero la vara, y después la pulen con pedernal.

En cuanto a la constitución física son muy robustos, y tienen pies fuertes y muy giles. Los buscamos por los contornos y no pudimos dar con sus huellas, ni aparecieron sus canoas, ni tampoco sus balsas en que salen a pescar.* Al fin regresamos al barco, y después de haber llevado a bordo nuestras pertenencias, zarpamos temerosos de que volvieran en masa, y que siendo muchos nos escabecharan a todos.

Extracto de
The Buccaneers of America (Los Bucaneros de América)

TERCERA PARTE, CAPÍTULO VII
por John Esquemeling
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica-siglo xvi
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

* Eran indios Kukras, del grupo de los Sumus, que habitaban en las orillas de la actual laguna de Bluefields.

IV

Continúa el viaje de Esquemeling por la Costa de los Mosquitos

El gran temor que nos infundían los indios que asesinaron a las dos esclavas nos hizo salir de aquel lugar. Tomamos el derrotero de Cabo Gracias a Dios, en donde habíamos fincado nuestra última esperanza de hallar provisiones. Sabíamos que allí llegaban muchos piratas amigos de los miskitos a comerciar con ellos. Llegados allí dimos mil gracias al Todopoderoso por habernos librado de tantos peligros y encontrarnos sanos y salvos en ese refugio, en donde hallamos gente que nos recibió cordialmente proveyéndonos de cuanto necesitábamos.

Cuando los piratas llegan a ese puerto es corriente entre ellos hacerse de una mujer a cambio de un cuchillo, un hacha vieja o una hachuela. Ya con eso queda la miskita obligada a amancebarse con el pirata por el tiempo que él permanezca en el puerto; es como su sirvienta y lo abastece de todo lo que la tierra produce. Él, en cambio, puede ir donde le plazca, sea a pescar o a cazar, a divertirse como mejor le parezca, pero no debe ofender, ni robar nada a nadie, eso sí no.

Llegan estos indios a entenderse tan bien con los piratas que a menudo se van con ellos por años a piratear al mar. De donde resulta que muchos regresan hablando inglés o francés, y los piratas aprenden la lengua de los naturales. Son muy diestros arponeros, y tanto que en esos viajes proveen de tortugas y manatíes a los barcos, ya que un solo miskito puede pescar lo suficiente para dar de comer a cien piratas. Dos de nuestros hombres hablaban muy bien la lengua de esos indios; de ellos me serví para saber de su vida y costumbres; y lo poco que averigüé es lo que sigue:

Esta comarca tiene alrededor de treinta leguas cuadradas de superficie, y se gobierna a manera de comunidad, sin rey ni

soberano. Sus habitantes no tienen trato con las islas vecinas, y mucho menos con los españoles. Son un pueblo pequeño con no más de mil setecientos habitantes. Hay entre ellos unos pocos negros que son sus esclavos; llegaron éstos allí cuando el barco en que iban naufragó frente a esta costa, debido a que los negros a quienes llevaban a vender en algún lugar de tierra firme se amotinaron contra los negreros blancos con el propósito de volverse al África; para éso mataron al capitán y a los marineros y tomaron el barco en sus manos; mas no siendo ellos hombres de mar lo estrellaron contra los escollos de la costa.¹ Y encima de que son un pueblo pequeño, están dividido en ocupaciones, una de las cuales es de agricultores. Los demás son tan perezosos que ni siquiera tienen ánimo para levantar un rancho, y mucho menos una casa. Y así se les ve deambular por la playa sin cubrirse de las lluvias, muy frecuentes allí por cierto; no más se entapujan la cabeza y la espalda con hojas cuando llueve demasiado fuerte. Llevan por todo vestido un mandil hecho de cierta corteza de árbol² que ablandan a golpes de piedra; de eso mismo sacan sus cobijas. Algunos se las hacen de algodón, pero esos son muy pocos. Por toda arma tienen la azagaya, que es una lanza en cuya punta incrustan algún pedazo de hierro o diente de lagarto.

Saben, en cierta manera, que hay un Dios, pero viven sin religión. Sin embargo, por cuanto logré saber, no rinden culto al diablo ni creen en él, como muchos otros indios de América que lo adoran e invocan, así que, éstos no viven tan angustiados como aquéllos. Su principal sustento consiste en frutas tales como bananos, piñas, papas, yuca, y también cangrejos, pescados y otros mariscos que matan a flechazos. En cuanto a bebidas son expertos en la confección de licores suaves y gustosos. El más común entre ellos es el "achioc" que hacen de una semilla de cierta palmera que maceran y después remojan en agua

¹ Este acontecimiento tuvo lugar unos treinta años antes de la visita de Esquemeling al lugar.

² El árbol es el llamado *Tuno* en la localidad.

caliente hasta que se asienta. Esta bebida, una vez colada, es muy sabrosa y nutritiva. Preparan también otros licores que por razones de brevedad omito. Sólo quiero decir algo acerca de la bebida que hacen del plátano. Este lo amasan con las manos remojándolo en agua caliente y luego lo ponen en grandes calabazas que llenan de agua fresca, en las que dejan la masa por ocho días hasta que se fermenta como el mejor de los vinos. Beben este licor con deleite, y tanto así que cuando invitan a sus amigos o parientes, no pueden regalarles con nada mejor que esta deliciosa bebida.

En cuestión de condimentar comida si que son torpes, y por eso sólo raras veces convidan a comer. Cuando quieren invitar a alguien mandan un mensajero o van ellos mismos a su casa con la razón de que lo esperan para tomarse unos tragos. Antes de llegar los invitados el anfitrión se peina con esmero y se unta con aceite de coco mezclado con cierta tintura negra que le hace ver muy repugnante. Las mujeres, como los hombres, se pintarrajean la cara con una sustancia roja como carmín (achiote). Y esto es lo más que llegan a hacer para embellecerse. Después, el que ha invitado toma sus armas, que son tres o cuatro azagayas, y sale de su rancho hasta tres o cuatrocientos pasos a esperar a los convidados. Cuando ya están cerca, el anfitrión se tira al suelo boca abajo y ahí se queda por un rato sin moverse, como si estuviera muerto. Luego los invitados lo levantan y se van con él al rancho a cuya entrada hacen ellos el mismo papel que hiciera el anfitrión afuera. Toca entonces a él levantarlos uno a uno y estrechándoles la mano los lleva adentro en donde les ofrece asiento. Las mujeres hacen muy poca o ninguna ceremonia.

Una vez adentro, a cada huésped se le da una nambira llena de la bebida que ya dije hacen de plátano, que es por cierto muy espesa, casi tanto como el atole; cada nambira contiene más o menos un galón que el invitado debe ingurgitarse. Vaciadas ya las calabazas el señor de la casa, con gran solemnidad, las recoge y las vuelve a llenar, porque la primera no ha sido más que el trago

de bienvenida para una sola persona, y hay que dárselo a todas, una por una. Después de esto comienzan a beber del licor que antes mencioné, que fue para lo que invitaron. Luego vienen muchas canciones y bailes y la mar de arrumacos y caricias a las hembras. Y llega esto hasta el punto de que para demostrarles los hombres su inmenso amor toman una azagaya y se clavan la punta en el miembro viril, cosa que yo me negaba a creer hasta que con mis propios ojos vi esa y otras semejantes. Y no lo hacen únicamente en tales ocasiones, sino también en cualquier momento en que declaran su amor a la mujer deseada.

Las jóvenes no se casan sin el consentimiento de sus padres. Y cuando un mozo pretende a una, pide su mano al padre, quien le hace preguntas referentes a sus conocimientos sobre la responsabilidad que corresponde a un jefe de familia, como decir si puede hacer azagayas, arpones, y si sabe tensar la cuerda de los arcos para flechas. Una vez satisfecho de las respuestas, pide el padre a la hija que traiga un guacal del dicho brebaje, del cual toma el primero y luego lo pasa al joven, y éste seguidamente a la novia que lo termina de beber. De esta manera queda consumado el matrimonio. Cuando alguien brinda a la salud de otro, este último debe beberse todo lo que el primero ha dejado en el guacal. Pero en el caso de las bodas, según se dijo, son sólo los tres quienes lo beben y a la novia toca la mayor parte del guacal.

Cuando entre los miskitos la mujer esta pariendo no debe ella mirar, ni tampoco su marido. Pero apenas sale a luz la criatura, corre la madre al río, o a un ojo de agua cercano, a lavar al recién nacido y enseguida lo envuelve en fajas que ellas llaman "cabalas." Luego vuelve a sus quehaceres domésticos de rutina. Cuando muere un hombre su esposa lo entierra con todas sus azagayas, mediles y las rodajas que en vida llevo en las orejas. Y a la mujer le queda como obligación visitar todos los días, durante un año, la tumba del difunto y dejarle carnes y bebidas. Calculan ellos un año en quince lunas, que vienen a ser los doce meses de nosotros.

Algunos cronistas, al escribir sobre las islas del Caribe, afir-

man que esta ceremonia de llevar comida a los sepulcros de los muertos es cosa común entre ellos, y que el diablo llega de noche a llevarse todo lo que ha dejado la viuda. Pero a mí que no me vengan con esos cuentos, ya que en muchas ocasiones fui yo mismo quien se alzó con ello. Y por eso mismo puedo decir que al muerto le llevan lo mejor de lo mejor en cuestión de frutas y bebidas. Al cabo de ese año obligatorio, la viuda exhuma los huesos del marido que luego monda y lava para después ponerlos a orear al sol. Estando ya bien secos los hace un manojo y luego los envuelve en las tales “cabalas,” y en un zurrón de eso mismo lleva los huesos a cuestras por un año durante el día, y por la noche duerme con ellos hasta que expira el otro año. Pasado este tiempo cuelga el zurroncito del dintel de la puerta de su casa, si la tiene, o del de su más próximo vecino o pariente, si no la tiene.

Las viudas, conforme a la ley del pueblo, no pueden volver a casarse antes de esos dos años. A los hombres no se les obliga a nada cuando pierden su mujer. Pero si un pirata se casa con una miskita, ella debe comportarse con él como si fuera otro miskito de allí. Los negros radicados en esta tierra llevan, en todo respecto, la misma vida—usos y costumbres—que llevaban en su país de origen. De todo esto he querido dar cuenta, aunque de paso, porque me parecen cosas dignas de interés para personas de cierta cultura.

Pero debo de reanudar el hilo de mi narración.

Luego de habernos abastecido cuanto mejor pudimos en esa tierra, zarpamos con destino a la Isla de Pinos,³ a donde arribamos después de quince días. Allí tuvimos que reparar por segunda vez el barco que no prestaba ya ninguna seguridad. Nos dividimos, como antes, en dos grupos, unos dedicados a calafatear y otros a pescar. Fuimos en esto último tan afortunados que en seis o siete horas cogimos tantos peces como para dar de comer a mil personas. Se habían venido con nosotros unos miskitos

³ Frente a la costa sur de la isla de Cuba.

del Cabo Gracias a Dios, muy duchos en pescar y cazar. Con su ayuda matamos en corto tiempo muchas reses cimarronas cuya carne salamos, y con eso tuvimos para darnos un buen atracón y guardar el resto para el viaje. Estas reses las trajeron los españoles a la isla a fin de multiplicar allí la ganadería. Cogimos en ella gran número de tortugas de cuya carne también hicimos cecina. Pertrechados de esta manera comenzaron a disiparse nuestras angustias, y de nuestra memoria desaparecieron los tristes recuerdos de pasadas aventuras. Y de ahí en adelante volvimos a llamarnos hermanos, tratamiento que nuestras miserias nos habían hecho olvidar.

Todo el tiempo que permanecimos allí reparamos las fuerzas comiendo a dos carrillos y a dos manos, sin temor del enemigo. Porque en cuanto a los españoles de la isla estaban en un todo con nosotros. De modo que de lo único que teníamos que cuidarnos de noche era de los caimanes que abundaban en la isla; y sabíamos que cuando tienen hambre atacan al hombre, como sucedió en una ocasión con uno de nuestros compañeros. Pues fue el caso que este individuo salió al monte en compañía de un negro con quien se echó a dormir en el suelo cerca de donde acechaba un caimán que súbitamente se abalanzó sobre el español cogiéndolo de una pierna. El negro en vez de ayudarlo, huyó, pero el español, hombre fornido, echó mano a su cuchillo y tras una lucha feroz lo mató. Muy fatigado el español, y débil por la sangre que había perdido, cayó sin sentido al suelo. Allí lo encontró el negro que un rato después regresó a ver que había sido de su amo. Lo levantó, y cargándolo auestas lo llevó hasta la playa, distante una legua del lugar. Lo pusimos en un bote y lo llevamos a bordo.

Después de este suceso nadie se atrevió a ir al monte sino muy bien acompañado. Y un buen día, deseosos de vengar la desventura de nuestro camarada, fuimos en grupo allá a buscar caimanes que matar. Solían estos saurios venir de noche a los costados del barco como tratando de subir a él. Una de tantas noches logramos coger uno prendiéndolo de un garfio de hierro;

pero él, en vez de tratar de huir hundiéndose, comenzó a subir por la escalerilla, hasta que lo matamos.

Después de una prolongada estadía en la Isla de Pinos, durante la cual nos avituallamos de todo y reparamos el barco, pusimos proa a Jamaica, adonde tras una travesía sin contratiempos, arribamos en pocos días. Allí encontramos a Morgan que había llegado antes que nosotros; supimos que éramos los primeros que el veía de aquellos a quienes dejó en el Chagres.

Estaba entonces el capitán pirata muy atareado reclutando gente para llevarla a la isla de Providencia, que pensaba fortificar y retenerla como propia con el propósito de hacer de ella un cubil de corsarios de toda nacionalidad, o por lo menos de sólo compatriotas suyos. Pero la inesperada llegada de un barco de guerra inglés estropeó su plan, pues el tal barco era portador de una orden de Su Majestad, el rey de Inglaterra, al gobernador de Jamaica, llamándolo a la corte de Londres a rendir cuenta de sus relaciones con los piratas, a quienes había mantenido allí en perjuicio de los súbditos del rey de España. En el mismo barco venía también el nuevo gobernador de Jamaica, quien habiendo tomado posesión del cargo notificó a las autoridades de todos los puertos de la isla que el rey de Inglaterra estaba en buenas relaciones con Su Majestad Católica y sus vasallos, por cuya razón, de ese momento en adelante, su amo el rey reconocía esa parte del mundo occidental, junto con todos sus habitantes, como sujetos al rey de España. Y que en lo porvenir no se permitiera—en cumplimiento de órdenes terminantes de Su Majestad y del Consejo Privado—salir de la isla de Jamaica a ningún pirata con fines de hostigar ni robar a los españoles, ni tampoco a las gentes de otras nacionalidades de las islas vecinas.

Los piratas que en esos días espumaban las aguas del Caribe y a cuyos oídos llegó la noticia, no osaron volver a la isla y se quedaron en el mar mientras pudieron, cometiendo toda clase de fechorías. Y poco después esos malvados tomaron y saquearon Villa de los Cayos, en la propia Cuba. Allí perpetraron las mayores atrocidades imaginables, pero el nuevo gobernador de

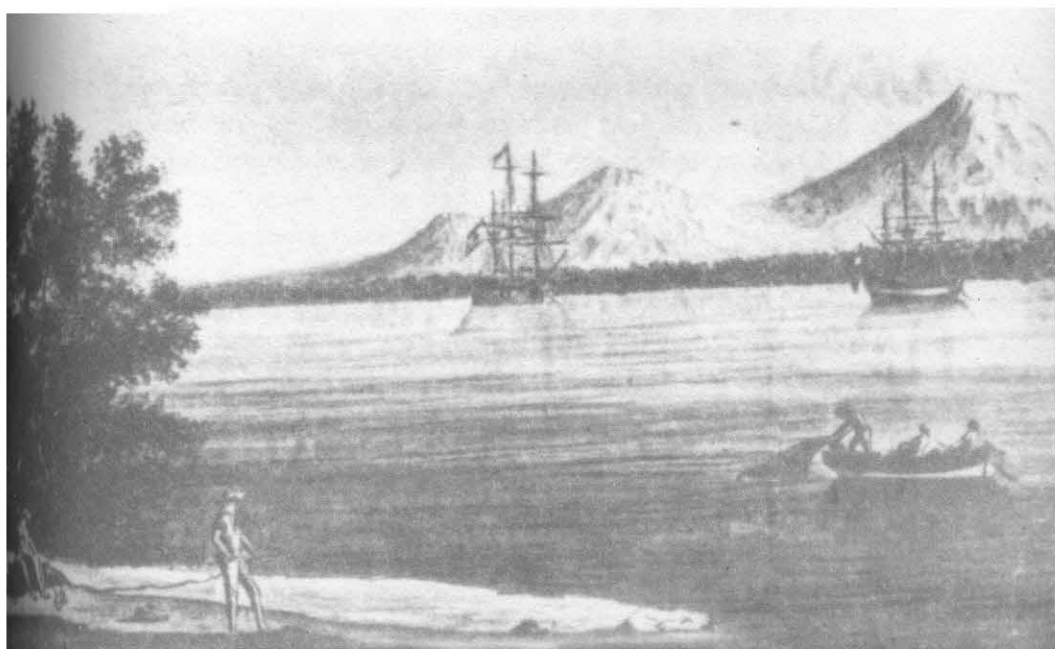
Jamaica, fiel a su cometido, echó mano a varios de los más culpables, y los ahorcó. Visto lo cual, muchos otros de la misma ralea, temerosos de caer en sus manos, fueron a refugiarse a la isla de Tortuga, en donde se unieron a los piratas franceses que habitaban allí, y con ellos siguen hasta el día de hoy.

Extracto de
The Buccaneers of America (Los Bucaneros de América)
PRIMERA PARTE, CAPÍTULO VIII
por John Esquemeling
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica-siglo xvii
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

WILLIAM DAMPIER

*Nuevo viaje
alrededor del mundo*



COMENTARIO A LAS CRÓNICAS DE WILLIAM DAMPIER

William Dampier visitó Cabo Gracias a Dios en 1679 interesado en la explotación de la madera de tinte, en cuyo negocio fracasó. Allí conoció por primera vez a los Miskitos; hizo trato con ellos y realizó las primeras observaciones sobre sus maneras y costumbres (CRÓNICA VI A). Algunos de estos indígenas fueron con él en sus viajes y correrías que posteriormente realizaría por ambas costas del continente americano.

En 1681, estando en Jamaica, se enganchó en una expedición de fortuna organizada por varios capitanes corsarios para asaltar Portobelo. Luego, el grupo de piratas cruzó a pie el istmo de Panamá y una vez en la Mar del Sur—el océano Pacífico—los corsarios capturaron varios barcos españoles y prosiguieron sus asaltos a lo largo de la costa de Sudamérica, atacando varios puertos españoles y ciudades costeras. En la isla Juan Fernández, frente a las costas de Chile fueron sorprendidos por un cañonero español. En su precipitada fuga dejaron abandonado a un miskito, que había bajado a la isla en busca de provisiones para abastecer a los barcos piratas.

De regreso, frente a las costas de Ecuador, en medio de distintos pareceres acerca de la ruta a seguir, la flota se dividió para continuar por diferentes rumbos, optando el grupo de Dampier, compuesto por 44 personas, buscar el golfo de San Miguel en Panamá para cruzar de nuevo a pie el selvático istmo con la guía de los indios. Una vez alcanzada la costa del Mar del Norte—Caribe—encontraron varios barcos piratas fondeados junto a las islas de San Blas. Fueron en ellos hasta la isla San Andrés y luego pusieron proa hacia tierra firme, parando en Corn Island, isla así llamada por los piratas que solían visitarla para reabastecerse de maíz. Habitaban la isla unos pocos indios salvajes, cuya fisonomía y adornos corporales fueron descritos por Dampier (CRÓNICA V).

Sin encontrar provisiones en la isla, los piratas pusieron proa hacia la laguna de Bluefields, adentrándose Dampier y su grupo

en el río (Escondido) para carenar la tartana en que viajaban, mientras los otros continuaron rumbo a Bocas del Toro. En el río descubrieron una rústica canoa india cuyos ocupantes la habían abandonado, posiblemente a la vista de los piratas. El resto de la aventura en el río la ocupó Dampier para describir extensamente al manatí, gran mamífero acuático que abundaba por esas aguas, y la forma como los miskitos solían capturarlo con la ayuda del arpón. Terminada la faena se dirigieron a Bocas del Toro para juntarse con el resto de los piratas y continuar en sus correrías por las costas de Darién y Cartagena.

En una segunda expedición, que partió de Jamaica en 1683, Dampier y su grupo enrumbaron hacia el mar del Sur, dando la vuelta por el cabo de Hornos. Recogieron al miskito que había quedado desamparado en el viaje anterior en la isla Juan Fernández (CRÓNICA VI B). Uno de sus acompañantes, Basil Ringose, completó en su diario la información escueta dada por Dampier, añadiendo que el miskito había sobrevivido en su confinamiento solitario por tres años, antes de ser rescatado. Para entonces había logrado construir un albergue, vestido con pieles de cabras monteses, cazado y pescado cabras y focas para alimentarse, utilizando implementos que el mismo diseñó. Señala Ringose que fue otro miskito, llamado Robin, el primero en saltar a la isla en rescate de su paisano. Dicho sea de paso que la solitaria vida de aquel hábil miskito, descrita por Dampier, al igual que una aventura similar padecida por el náufrago escocés Alexander Selkirk en la misma isla, inspiraron posteriormente a Daniel Defoe para escribir su popular novela de Robinson Crusoe.

Pasaron los piratas a continuación por las islas Galápagos donde un prisionero indio, nativo de El Realejo, se ofreció para guiar a los piratas hasta ese puerto. En el trayecto arribaron a la isla del Coco, donde dejaron alguna reserva de harina para el regreso. También arribaron a la costa de Nicoya para sepultar al capitán Cook que había muerto en la ruta. Algunos de ellos, se internaron en las haciendas vecinas con la intención de robar ganado y des-

tazarlo, pero fueron sorprendidos por un grupo de españoles armados. Sin embargo, lograron escapar a la costa y ser recogidos por una canoa que había sido enviada en su rescate.

Continuaron los piratas hacia el puerto de El Realejo, en cuya bahía penetraron sigilosamente en varias canoas, el 23 de julio de 1684, orientándose con la figura cónica del San Cristóbal, “un elevado volcán humeante que los españoles llaman El Viejo,” el cual estaba en erupción en ese entonces. Fueron detectados por unos vigías que resguardaban el puerto quienes, no obstante haber caído en manos de los corsarios, lograron enviar un mensajero a León para prevenir a la población del inminente avance de los invasores (CRÓNICA VII).

Desistieron entonces los piratas de continuar con el asalto sorpresivo y se marcharon a carenar los barcos en el golfo de Fonseca, donde fueron ayudados por los indios de las islas que no tuvieron más recurso que el de apoyar a los corsarios.

Por un tiempo Dampier y su gente merodearon por el golfo de Panamá, donde se les juntaron otros piratas. En total formaban una flota compuesta de 24 barcos, 226 cañones y unos 3,500 hombres, todos al acecho de catorce galeones españoles procedentes del Perú que custodiaban un valioso cargamento de oro y plata. No obstante el gran despliegue de los corsarios, los españoles los despistaron: encendieron aquella noche un fanal en la popa de un barco que simulaba escapar, tras del cual marcharon los piratas engañados, mientras la nave almirante entraba en el puerto, sin ningún riesgo, portando su precioso cargamento.

En agosto de 1685 regresó Dampier a la costa de Nicaragua, en compañía de cuatro capitanes y una tripulación compuesta por unos seiscientos ingleses y franceses. Esta vez lograron sorprender al puerto de El Realejo. Una partida de 470 piratas, acomodados en 31 canoas remó por un escondido estero—después llamado Doña Paula—rumbo a la ciudad de León, a la que tomaron sin mayor resistencia, saqueándola e incendiándola. Dampier describe la ciudad como situada en medio de un terreno fértil, de clima

muy saludable, rodeada de haciendas de ganado y plantaciones de azúcar; con casas grandes, sólidas y jardines, dotada de una catedral y tres iglesias (CRÓNICA VIII).*

Al regresar al Realejo los piratas se hartaron de frutas, señalando Dampier como curiosidad que bastaba comer de 15 a 20 pitahayas para que la orina “se convirtiera en sangre.” El puerto era tan insalubre que muchos de los piratas sufrieron diarrea y algunos murieron de tifoidea. Al final, cargaron sus barcos con harina, alquitrán y cabuya, además de 150 reses ofrecidas como rescate por un pudiente leonés. Abandonaron el puerto no sin antes haberle pegado fuego.

Los asaltantes escaparon en sus barcos y enrumbaron hacia la costa de México, donde Dampier con su grupo decidió atravesar el océano Pacífico y circunvalar el globo, guiado por su espíritu de aventura y curiosidad. Alcanzaron las Filipinas, se dirigieron a la India y luego a Madagascar, regresando por la vía del sur de África a Inglaterra, luego de un largo viaje que Dampier aprovechó para realizar numerosas observaciones naturalistas y etnográficas alrededor del mundo.

Una vez en su patria Dampier decidió escribir sobre sus doce años de aventuras, recorriendo mares y costas, describiendo también las costumbres de los nativos, así como las plantas y animales de otros continentes, desconocidos en la Europa de aquel entonces. Su libro *A New Voyage Raund the Word*—“Nuevo Viaje Alrededor del Mundo”—fue publicado en Londres en 1697.

Antes que pirata, William Dampier fue un inteligente observador. Su oficio de marinero devino en él de un acucioso observador de corrientes y vientos en las muchas latitudes por donde navegó y, cuando estaba en tierra, de etnógrafo y naturalista, si no se distraía como mediador en los motines y disputas que con frecuencia le planteaban sus revoltosos compinches. Si bien se

*La versión española de la toma de León fue detallada por el historiador Tomás Ayón, en su *Historia de Nicaragua*, libro VI, capítulo IX, escrita en León en 1882.

benefició económicamente de los asaltos y robos de los piratas, prefería la pluma al ron, la observación de sitios visitados a las riñas tan comunes entre sus sediciosos compañeros de viaje. Uno de sus biógrafos escribió de él lo siguiente: "Su tiempo entero, cuando no era robado por los asaltos o las pendencias de sus turbulentos asociados, lo dedicaba a la acuciosa observación de vientos y mareas, geografía, plantas y animales. En realidad era como un estudiante empujado por la novedad, la fogosidad y el arrastre de un bucanero. En mejores tiempos, y con una buena educación científica, su posición tras una vuelta al mundo pudiera haber sido como fuera después la de Darwin a bordo del Beagle."

V

Dampier en la Costa Caribe de Nicaragua

1681

*Las islas de Corn Islands y sus habitantes.
El río Bluefields, y cómo es el manatí; cómo lo matan
los miskitos, y cómo cogen a las tortugas, etc.*

Habíamos llegado por tierra desde la costa del Mar del Sur y ya estábamos cansados de andar con los franceses, de modo que le pedimos al capitán Wright nos armase en guerra la tartana y nos la diera. Al principio se negó porque se había establecido, dijo, con los franceses en La Española y era muy apreciado por el gobernador de Petit Goaves y por la clase adinerada. Temía, pues, resentirlos. Y es que en verdad era ingratitud del capitán Wright quitarle hombres al capitán Archemboe que con su marinería francesa apenas si podía gobernar el barco. Le dijimos que nosotros no queríamos seguir con aquel capitán, y que si él no nos ayudaba entonces nos quedaríamos allí para construir embarcaciones e irnos a la costa de la Mosquitia, puesto que ningún pirata tenía forzosamente que andar en un determinado barco; que éramos libres para irnos a tierra en cualquier momento, o para cambiar de barco cuando quisiéramos, pagando antes lo que debíamos por nuestra manutención a bordo.

En vista de nuestra firme resolución, el capitán Wright accedió bajo la condición de que debíamos operar bajo su mando como barco de la compañía; esto lo aceptamos por unanimidad.

Estuvimos aquí unos 10 días en espera de ver si aparecía algún otro barco de la flota, pero en total sólo tres llegamos: el capitán Archemboe, el capitán Wright, y el capitán Tucker. Pensamos entonces que los demás habían enfilado para Bocas

del Toro o el río Bluefields, en tierra de Nicaragua; y nos dispusimos a irlos a buscar.

Tuvimos buen tiempo mientras permanecimos allí, con la excepción de unos pocos temporales; pero en esta isla de San Andrés no hay peces, volatería ni venados, y siendo un lugar que no ofrecía más que madera, partimos en busca del resto de la flota en dirección a unas islas cercanas a la costa que los piratas llaman Corn Islands, con la esperanza de encontrar allí maíz, pues que de provisiones de boca andábamos muy escasos. Estas islas son, creo yo, las mismas que en los mapas figuran con el nombre de Pearl Islands, situadas en 120°10' de latitud norte. Arribamos al día siguiente, y bajamos a una de ellas, pero no pudimos ver un solo ser viviente. La habitan unos pocos indios pobres y desnudos, tan de ordinario saqueados de sus escasas provisiones por los piratas, que apenas ven una vela corren a esconderse, sabedores como son de que si los piratas los cogen los hacen esclavos.

Yo he visto esclavos de Corn Islands. Son gente de baja estatura, pero tienen miembros fuertes; de color cobrizo oscuro, pelo negro, anchos rostros redondos, pequeños ojos negros, cejas cuyos pelos les caen sobre los ojos, de frente estrecha, nariz ancha, corta y chata; labios carnosos y mandíbula huidiza. Tienen por costumbre horadar a los niños el labio inferior, y mantienen el agujero abierto, introduciéndole una pequeña clavija, hasta que llegan a los 14 ó 15 años; de allí mismo se cuelgan unas como barbas hechas de carey, tal como puede verse en la ilustración adjunta. La pequeña muesca o escotadura de arriba la introducen en el labio perforado; la parte inferior cae sobre la barbilla. La llevan puesta durante el día y se la quitan para dormir. Muchachos y muchachas se perforan también el lóbulo de las orejas que de tanto estirárselos con las rodajas se hacen tan grandes como una moneda de cinco chelines. Dentro de esas perforaciones se colocan rodajas de madera pulida, de suerte que las orejas parecen como si fueran todas de madera, con sólo un ribete de piel en derredor. Las mujeres lucen en las piernas un

adorno muy curioso: desde muy tiernas la madre les liga fuertemente una tira de algodón desde el tobillo hasta debajo de la pantorrilla, a fuerza de lo cual ésta se engorda mucho; y así viven hasta la muerte. Hombres y mujeres van siempre desnudos, con sólo un mandil que les cuelga de la cintura. Y aunque andan descalzos sus pies son pequeñitos.

Ahora bien, no habiendo hallado ninguna clase de bastimento, salimos para el río Bluefields¹ en donde carenamos la tartana. Allí los capitanes Archemboe y Tucker se separaron de nosotros yéndose a Bocas del Toro.

El Bluefields corre entre los ríos Nicaragua² y San Juan. Tiene en su desembocadura una playa arenosa adecuada para carenar. Su boca es profunda, pero su barra no pueden pasarla barcos de más de 70 toneladas. Deriva su nombre del apellido de un famoso capitán pirata que tenía su guarida en la isla Providencia, mucho antes de la toma de Jamaica por los ingleses. La isla de Providencia fue colonizada por los ingleses, y perteneció a los condes de Warwick.

Vimos en este río una canoa que venía bajándolo, y aunque fuimos en las nuestras a toparla no hallamos a nadie en ella, pero en las riberas del río descubrimos huellas de pies. Notamos que la canoa estaba rústicamente hecha por falta de herramientas, lo cual nos hizo pensar que estos indios no tienen contacto con los españoles, ni tampoco con otros que sí lo tienen.

Mientras estábamos allí, los miskitos que andaban con nosotros arponearon un manatí. Fuera de este río he visto manatíes en la bahía de Campeche, México, en la costa de Bocas del Drago, en Bocas del Toro, en el río del Darién y en los cayos meridionales de Cuba. He oído decir que también los hay, aunque pocos, en la costa septentrional de Jamaica, y en muy grandes cantidades en las tierras bajas del río de Surinam. Los he visto así mismo en Mindanao, una de las islas Filipinas, y en la costa

¹ El actual río Escondido.

² En este caso el río Coco.

de Nueva Holanda. Este mamífero es tan grande como un caballo y mide de 10 a 12 pies de longitud. Su boca parece de vaca, con grandes belfos abultados. Sus ojos no son más grandes que un guisante; las orejas son dos pequeños agujeros en los lados de la cabeza. El cuello es corto y grueso, más grande que la cabeza. Su tórax es la parte más gruesa del cuerpo, y allí tiene dos aletas grandes, una a cada lado. Bajo ellas sostiene y amamanta la hembra a sus críos. La parte más gruesa de su cuerpo, que es como de doce pulgadas de largo, está entre los hombros y la cola, hacia la cual se adelgaza gradualmente hasta la propia cola, que es plana y mide unas 14 pulgadas de ancho por 20 de largo, y en el medio tiene 4 ó 5 pulgadas de espesor, aunque sus bordes no pasan de dos pulgadas. De la cabeza a la cola es rollizo y liso sin otra aleta que las mencionadas. Me han dicho que algunos manatíes llegan a pesar hasta 1,200 libras, pero en verdad yo nunca vi uno así de corpulento.

El manatí vive a sus anchas en las aguas salobres de los ríos y riachuelos cercanos a las costas marítimas. Es posiblemente por esta razón que en el Mar del Sur no se le ve—yo, por lo menos, nunca vi ninguno. Allí la costa es por lo general de playas peladas, esto es, tierras altas y aguas profundas en las proximidades, y fuerte oleaje, salvo en la bahía de Panamá; pero ni aún allí hay manatíes. Mientras que en las Antillas, que forman una gran bahía compuesta de muchas otras más pequeñas, sus costas son en su mayor parte de tierras bajas y aguas de poco fondo, y en ellas hay el pasto—si se me permite darle ese nombre—de que se nutre el manatí. A veces lo encontramos en agua salada, y otras en agua dulce; pero nunca en alta mar. Y los que viven en el mar en lugares donde no hay ríos ni riachuelos a los que puedan entrar, suelen ir una o dos veces en 24 horas a la boca de cualquier vena de agua dulce inmediata al lugar de su hábitat. Comen una hierba subacuática delgada de unas 7 u 8 pulgadas de longitud que crece en muchos lugares del mar, especialmente en islas cercanas a tierra firme. Hay de esta hierba también en riachuelos y en ríos grandes, en donde la marea o la corriente

son mínimas. Jamás salen a tierra, ni se les ve en aguas que de tan poco profundas no les permitan nadar. Su carne es blanca, sea gorda o magra, sumamente dulce, y muy sana. La cola del manatí joven es un bocado exquisito, pero si el animal es viejo, cabeza y cola son incomibles de tan duras. La carne del manatí lactante es un manjar delicioso; los piratas suelen asarla. Y lo mismo hacen con grandes trozos de carne que cortan de la panza de los manatíes viejos.

El cuerpo de este animal es de mucha utilidad a los piratas que lo cortan en tiras para hacer chumaceras que atan a la regala de sus canoas para meter en ella los remos. El del manatí macho, o del lomo de la hembra, es demasiado grueso para tal cosa; pero de éste hacen látigos de 2 ó 3 pies de largo. Para el mango dejan la sustancia entera del cuero, y de ahí lo cortan, adelgazándolo parejamente hasta el final, y en forma que quede con cuatro aristas filosas. Mientras la correa está aún verde la salan y la ponen a secar; al cabo de una semana está tan dura como madera.

Los miskitos tienen siempre un botecito pequeño que utilizan para ir en él a arponear peces, tortugas y manatíes; llámanle pipante y lo mantienen muy nítido, y por regla general para su uso personal, y de nadie más. En vez de remos usan canaletes, cuya parte ancha no se adelgaza hacia el asta, como es el remo nuestro; ni lo manejan de la misma manera, apoyándolo sobre la borda del bote. Los miskitos hunden en forma perpendicular la paleta de su canaleta en el agua, agarrándolo firmemente con ambas manos, y echan el agua hacia atrás a pura fuerza y con golpes rápidos. Uno de los hombres—pues son dos los que manejan el pipante—se sienta en la popa, el otro se arrodilla en la proa, y ambos canaletean hasta llegar al punto donde piensan pescar. Allí se están quietos o canaletean muy quedo, vigilando atentamente a todos lados, y el de la proa deja el canaleta y se incorpora, arpón en mano. El asta de este arpón mide unos 8 pies de largo, y su extremo más abultado es casi tan grueso como el brazo de un hombre. Y es allí donde le incrustan el garfio. El otro extremo del asta lleva un trozo de madera porosa con un

agujero en medio, por entre el cual penetra la punta delgada del asta; alrededor de este trozo de madera se enrolla con esmero una cuerda de 10 ó 12 brazadas de largo; un cabo de la cuerda se amarra a esta madera. El otro se amarra al garfio que está en el extremo grueso del asta, y los miskitos se quedan con algo así como una brazada de la cuerda desenrollada en la mano.

Cuando el hombre clava el arpón al manatí, el garfio se desprende del asta, y mientras el manatí huye, la cuerda se desenrolla del trozo de madera; y si bien al principio el asta y el trozo de madera porosa desaparecen bajo el agua, cuando la cuerda se haya desenrollado toda volverá a la superficie. Entonces los miskitos canaletean con todas sus fuerzas para recuperar el trozo de madera, tarea que les lleva unos quince minutos. Cuando el manatí comienza a cansarse se queda quieto, y los miskitos se dirigen a recobrar el dicho trozo, a la vez que empiezan a tirar de la cuerda. Al sentirlos llegar el manatí vuelve a huir remolcando el pipante; y el que timonea con el canaleta debe estar siempre listo a dirigir el pipante hacia donde apunte su compañero que, yendo en la proa y con la cuerda en la mano, ve y siente en qué dirección corre el manatí. Y mientras éste no pierda sus fuerzas, el pipante seguirá siendo remolcado con violencia. A menudo los hombres recogen la cuerda y la vuelven a largar, y así hasta el final cuando el manatí, sin fuerzas ya del todo, es halado a un costado del pipante en donde lo rematan de un golpe en la cabeza para llevarlo al punto más cercano de la ribera; allí lo amarran para ir en busca de otro; y una vez cogido éste, lo llevan también a la orilla para meterlo en el pipante. Pero es tan pesado el animal que no pueden levantarlo en vilo; así pues, lo llevan hasta donde el agua no es honda y le arriman el pipante cuanto más pueden para ladearlo muy junto al manatí. Luego hacen rodar el animal junto al pipante que entonces se endereza, y le achican el agua que ha cogido. En seguida le atan una cuerda al últimamente arponeado para llevarlo remolcado al barco. De esta manera vi durante una semana llevar diariamente dos manatíes a bordo, obra de dos miskitos. El liviano no pesaba

menos de 600 libras, y fue llevado dentro de un botecito en el que tres ingleses no se atreverían a meterse al agua. Cuando cogen a una hembra con su crío, es raro que éste se escape, pues ella no lo suelta debajo de una de sus aletas. Pero si el crío es tan grande ya que la madre no puede sostenerlo, o que ella se asuste tanto que sólo piense en salvar su propia vida, el hijo nunca la deja hasta que los miskitos lo matan a él también.

La manera de arponear manatíes y tortugas era muy similar; sólo que cuando se trata del manatí los miskitos canaletean muy sordamente para no hacer ningún ruido, y nunca rozan el costado del pipante con el canaleta, pues ese animal es todo oídos. Pero no se extreman tanto en la pesca de la tortuga, cuya vista es mejor que su oído. A la tortuga la arponean con una como peonza o más bien puyón cuadrado de hierro; al manatí con el garfio común y corriente. Los miskitos hacen sus propios arpones, garfios y puyones para arponear tortugas. Los puyones tienen cuatro aristas o cantos filosos y una punta muy aguda, de no más de pulgada y media de largo. Al espigoncito que sale de la parte ancha se le ata una cuerda, y ésta también se mete en un agujero del extremo del asta del arpón, que se desprende cuando se arponea a la tortuga, penetrándole tan hondo el hierro que a ella no le queda posibilidad de escape.

Sacan sus cuerdas los miskitos, para pescar y arponear, de la corteza del “maho”; árbol o arbusto que abunda en las Antillas y cuya corteza es de fibras o hebras muy fuertes. De eso suelen los piratas hacer el cordaje de sus barcos.

Extracto de
Nuevo Viaje Alrededor del Mundo CAPÍTULO III
por William Dampier
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica—siglo xvii
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

VI

Los Miskitos

(a) Breve descripción de los Miskitos-1681

Ya que menciono a los miskitos no quiero cerrar este capítulo sin antes esbozar su semblanza. Son altos, bien proporcionados, cenceños y nervudos, llenos de vitalidad, y son de ligerísimos pies, astutos, de pelo lacio, mirada fija y penetrante, de facciones duras y de color cobrizo. Constituyen un pequeño clan o familia de menos de 100 hombres que pueblan la ribera norte del continente, cerca del cabo Gracias a Dios, en el límite fronterizo de Honduras y Nicaragua.

Son diestros arponeros, alanceadores y flecheros, así como también en tirar dardos de toda clase, pues en eso se adiestran desde la infancia. Desde niños imitan a sus padres acompañándoles siempre al monte con una lanza que van tirando en el camino a todo objeto que les parece, hasta que la continua práctica los hace maestros en el arte. Más tarde aprenden a desviar en el aire una lanza, flecha o dardo. Y lo hacen de esta manera: dos muchachos se paran a corta distancia uno del otro; enseguida se tiran ambos a la vez un palo romo, pero como en la mano derecha tienen un palillo, desvían con él el tiro que se les hace. Después, a medida que van creciendo, se vuelven más y más diestros y valientes; entonces ya pueden salir airosos en una batalla a flechazos desviándolas con el palillo que no es más largo que una baqueta de escopeta. Y cuando ya son hombres se libran de las flechas enemigas, aunque sean muchas, siempre, claro está, que no les lleguen dos a un tiempo.

Su vista es extraordinariamente buena; pueden ver en el mar un barco a mucha mayor distancia que cualquiera de nosotros. Su principal ocupación es arponear peces, tortugas, manatíes de la manera que la describo en el capítulo III de esta misma obra.

Por esto los piratas los aprecian y les gusta llevarlos en sus viajes, ya que si en un barco van uno o dos miskitos, de seguro le darán de comer a cien hombres. Por eso es que para carenar los barcos escogemos lugares en donde abunden las tortugas o manatíes, con miras a que los miskitos los arponeen. Y es muy raro que cuando el capitán es inglés, o que la mayoría de los hombres sean de esa nacionalidad, no vayan uno o dos miskitos con ellos; pero con los franceses no se llevan bien, y a los españoles los detestan. En su asociación con los ingleses aprenden a manejar armas de fuego, y son buenos tiradores. Nunca en la lucha retroceden, y son hasta osados, pues creen que los hombres blancos con quienes andan saben mejor que ellos cuando conviene pelear, y jamás en desventaja; así que ellos, mientras sus compañeros blancos resisten, no se rendirán ni darán un paso atrás.

Jamás vi que observaran ninguna clase de ceremonias religiosas, ni que fuesen supersticiosos. En este respecto no hacían más que remedar los que nos veían hacer. Parece que sólo temen al diablo, al que llaman wallesaw;¹ y dicen que suele aparecersele a unos hombres de su raza a quienes nuestros hombres llaman sacerdotes,² cuando quieren hablarle de asuntos importantes. Pero la generalidad no sabe nada de él, más que aquello que les dicen sus sacerdotes. Sin embargo, todos convienen en que no se le debe enojar, pues puede maltratarlos de obra, y hasta suele llevarse a sus sacerdotes. Esto es todo lo que supe de boca de algunos que hablaban bien inglés.

Son monógamos y fieles a su mujer. Cuando se juntan, el hombre se dedica a cultivar, donde quiera que se le antoje, una parcelita de la mucha tierra que tienen a su disposición. Prefieren avecindarse cerca del mar o a orillas de un río en donde puedan arponear peces, su predilecta ocupación. Tierra adentro hay otras tribus de indios con las cuales viven siempre en guerra.³

¹ Walasa o wlasa, el demonio, fantasma o espíritu malo.

² El sukia, médico-brujo o hechicero.

³ Se refiere a los Tawahkas, grupo Sumu que los Miskitos llamaban Albawinas.

Después que el hombre ha desmontado y sembrado su parcelita, son pocas las veces que va a verla, pues deja que la mujer la cultive; él se dedica a pescar. A veces sólo va por pescado, otras por tortuga o manatí, y lo que coge se lo lleva a su mujer. Ni vuelve por más hasta que se lo han comido todo. Cuando comienza a arañar el hambre, coge su canoa y se va a pescar al mar, o se mete al monte en busca de un saíno o un venado; y rara es la vez que vuelve con las manos vacías. Y no regresa al monte mientras en su rancho quede un trocito de carne.

Sus huertas son tan pequeñas que no bastan para la manutención de la familia; la más grande no tiene más que 20 ó 30 matas de plátano, un macizo de ñame y papas, chile y unas hileras de piñas, fruta de la cual realmente gustan con deleite. De ella hacen una bebida embriagante muy apetecida por ellos, y para beberla en compañía hacen convites con pescado, y carnes también. Cuando hacen este licor invitan a sus vecinos llenando antes una pequeña canoa, pero lo suficientemente grande para emborracharse todos. Y raramente dan una de esas fiestas sin que el anfitrión tenga el propósito de aprovechar la oportunidad para vengar una ofensa, o poner en claro una cuestión surgida entre él y su vecino, y así que quede la cosa en regla. Pero nada de eso sale a la luz mientras no estén encandilados por los efectos de la chicha de piña. Y la esposa o mujer—que está enterada del propósito de su hombre—para evitar desgracias esconde antes las lanzas, arpones, arcos y flechas, y cualquier otra arma.

Los miskitos son por lo general muy corteses y amables con los ingleses, quienes los respetan de veras, ya sea que estén a bordo de sus barcos o en tierra, en Jamaica o en cualquier otro lugar. Nosotros siempre los complacemos permitiéndoles ir donde quieran, y los dejamos volver a su tierra en cualquier barco que lleve ese rumbo, si así les place. Tienen su propia manera de arponear y lo hacen desde sus pipantes—botecitos muy angostos y pequeños que nosotros no podemos manejar sin peligro de irnos a pique—y tampoco permiten que ningún blanco se monte en ellos, pues únicamente arponean yendo solos.

Nosotros los dejamos hacer, pues si los disgustamos pueden ver cardúmenes de peces o tortugas, y no acertar ni un solo arponazo, porque a propósito errarán el tiro. No tienen forma alguna de gobierno propio, pero reconocen como soberano al rey de Inglaterra. Aprenden el inglés y tienen al gobernador de Jamaica por uno de los más grandes príncipes de la tierra.

Cuando están con los ingleses visten buena ropa y se esmeran en lucir elegantes, pero apenas regresan a su tierra se la quitan para volver a ponerse un trapo ceñido a la cintura que les cuelga hasta las rodillas.

Extracto de
Nuevo Viaje Alrededor del Mundo CAPÍTULO I
por William Dampier
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica-siglo xvii
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 197B

*(b) Del Miskito que vivió solo durante más de tres años
en la isla Juan Fernández; su habilidad y astucia-1684*

El 22 de marzo de 1684 llegamos a la vista de la isla de Juan Fernández, y al día siguiente entramos en la bahía en cuyo extremo sur fondeamos en 25 brazas de profundidad, a menos de dos cables de la playa. Echamos al agua la canoa y pisamos tierra con la esperanza de hallar a un miskito que habíamos dejado allí cuando en 1681 logramos escapar de tres barcos de guerra españoles que nos persiguieron; teníamos como jefe entonces al capitán Watlin por haber sido depuesto el capitán Sharp.

El miskito vivió solo en esa isla durante más de tres años, y aunque los españoles, que sabían que él se encontraba allí, trataron varias veces de prenderlo, nunca pudieron. Resulta que

andaba él cazando cabras montesas cuando el capitán Watlin se vio obligado a salir en fuga precipitada de la isla, y ya el barco se había ido cuando el miskito volvió a la playa. Quedó íngrimo con su mosquete y un cuchillo, un pequeño cuerno con pólvora más unos cuantos perdigones. Cuando esto se le terminó se las ingenió para hacerles melladuras al cuchillo que así convirtió en sierra; y con ella aserró el cañón de su mosquete cortándolo en trocitos de los que sacó arpones, puntas de lanzas y anzuelos, y además un cuchillo grande. Hizo todo esto poniendo los trozos al fuego que había encendido con su piedra de chispa, y un pedazo del cañón de su mosquete, que endureció. De los ingleses había aprendido estas artes. Cuando tenía el hierro al rojo vivo lo martillaba a golpes de piedra, y lo aserraba; luego lo afilaba o le sacaba puntas dándole el temple adecuado, pero, eso sí, a fuerza de largas horas de trabajo. Todo esto parece extraño a quienes no conozcan la habilidad del miskito. Pero nada de eso es mas de lo que están acostumbrados a hacer en su país, en donde forjan sus anzuelos y arpones sin necesidad de yunques ni de fraguas. Pero es claro que hacerlo a su manera les lleva mucho tiempo.

Extracto de
Nuevo Viaje Alrededor del Mundo CAPITULO IV
por William Dampier
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica—siglo xvi
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

VII

Dampier en la Costa del Pacífico

Incursión de los piratas por la costa del Pacífico-1684

Doce días estuvimos en las Islas Galápagos. Allí dejamos 5,000 bultos de harina, para en caso de que pudiéramos necesitarlos antes de dejar el Mar del Sur. Uno de los indios prisioneros que llevábamos nos dijo que era nativo de El Realejo, en Nicaragua, y que podía llevarnos allá. Las respuestas al interrogatorio que se le hizo respecto de las defensas del puerto y de sus riquezas, satisficieron tanto a los nuestros que se resolvió asaltar ese lugar.

Convenido en ello, el 12 de junio de 1684 zarpamos directamente a la Isla del Coco en donde dejaríamos algo de la harina que llevábamos; la isla está en la ruta que conduce a El Realejo. Los españoles la bautizaron así en razón de sus muchos cocoteros. Está deshabitada y tiene una circunferencia de 7 u 8 leguas, con una altura en el centro despoblada de árboles pero muy verde, ya que en ella crece una hierba que los españoles llaman grama. Sus costas son bajas.

Queda la isla en los 50° 15' de latitud norte; su carácter rocoso la hace casi inaccesible. Sólo tiene una pequeña bahía en su extremo noroeste en donde hay un buen fondeadero al abrigo de los vientos. Hay en esta bahía un hermoso riachuelo que desagua en el mar. Esto es lo que dicen los españoles, y me lo confirmó el capitán Eaton que estuvo allí después.

Tuvimos buen tiempo y vientos frescos en este viaje desde las Galápagos, y a principios de julio rebasamos el Cabo Blanco.¹ Llámase así por dos peñones de ese color que tiene enfrente. Cuando desde alta mar se divisa el cabo, pareciera que los peñones fueran parte integrante suyas, pero al acercarse uno a la costa,

¹ En el extremo sur de la península de Nicoya.

sea por el este o el oeste, semejan a primera vista dos barcos con sus velas desplegadas, y de más cerca parecen dos altas torres. Son muy pequeños pero altos y escarpados por todos sus lados, y quedan como a media milla del cabo. El cabo está en los 9°58' de latitud norte. Tiene más o menos la elevación de Beachy-head, en la costa de Sussex.² Es una perfecta punta con rocas empinadas contra cuya base revientan las olas. En su cima tiene una planicie de algo así como una milla que declina por ambos lados. Parece un lugar agradable para estar, y lo pueblan árboles de gran porte. Al noroeste del cabo la tierra corre por unas cuatro leguas en dirección nordeste, formando la pequeña bahía de Caldera. A una legua del interior del cabo, por el noroeste, y en la entrada de esta bahía, hay un pequeño río con agua de muy buena calidad que desemboca en el mar.

La tierra es aquí baja con un enjorabamiento que forman dos lomas. Es tierra de gran feracidad poblada de árboles enormes; el suelo es negro y profundo, y por supuesto fértil. La montaña termina una milla al nordeste del riachuelo; y aquí comienza la sabana que se prolonga algunas leguas tierra adentro, con muchas lomas y valles. La sabana no está desprovista de árboles, pues se ven en ella algunos parches montuosos que la hermocean. La hierba que allí crece es tupida, de buen espesor y larga; no la vi mejor en las Antillas. Junto a la bahía la tierra es baja y cundida de manglares, pero hacia el interior se eleva. Estas alturas son en parte montañosas y en parte llanas. Los árboles son allí delgados y bajos, y la sabana se cubre de hierba común. Desde lo más profundo de la curva de este golfo hay 14 ó 15 leguas hasta la ribera del Lago de Nicaragua. El camino hacia ese país es bastante montañoso, pero más que todo llano.

El capitán Cook, quien venía enfermo desde la isla de Juan Fernández, murió repentinamente 2 ó 3 leguas antes de llegar al cabo Blanco. La mañana de su muerte parecía rebosante de vida; pero es cosa bien sabida que quienes vienen enfermos en un viaje

² En Inglaterra.

marítimo, en el que sólo han respirado la brisa más pura, mueren apenas llegan a la vista de la tierra. Unas cuatro horas antes fondeamos a una legua del cabo, justamente enfrente del riachuelo ya dicho, y en 14 brazas de profundidad.

Apenas hubimos echado anclas fue llevado a tierra el cadáver del capitán Cook para ser sepultado allí; doce hombres armados se fueron con los enterradores, porque aun cuando no vimos alma viviente en los contornos, no podíamos asegurar que toda la zona estuviese también despoblada. Y antes que los sepultureros terminaron su labor se aparecieron tres indios que hablaban español, preguntándoles qué estaban haciendo allí, quiénes eran y de dónde venían. Los hombres respondieron que venían de Lima, con destino a El Realejo, y que en el viaje se había muerto el capitán de uno de los barcos, lo que les había obligado a echar anclas allí para darle cristiana sepultura.

Los tres indios que al principio se mostraron recelosos, fueron poco a poco entrando en confianza y al irse acercando comenzaron a hacer preguntas tontas. Los hombres trataron de hablarles con familiaridad para que se les acercaran y así poder echarles mano. Los hombres, en tanto, se reían por dentro de la imprudencia de los indios, y les preguntaban si nunca habían visto un español. La respuesta fue que ellos eran indios españolizados, que vivían entre españoles puros, y que aun cuando habían nacido allí jamás en su vida habían visto tres barcos juntos. Los hombres manifestaron que, en efecto, de no haber sido que les ocurre tal desgracia, nunca los hubieran visto. Y así estuvieron hablándoles hasta que de pronto se les fueron encima apercollándolos a los tres; pero antes de que terminara el entierro del capitán, uno de los indios logró zafárseles, y no pudieron llevarse más que dos a bordo. Estos fueron interrogados por el capitán Eaton. Confesaron que la única razón de haberse presentado en el lugar del entierro había sido para ver los barcos y averiguar quiénes éramos, pues que poco tiempo antes el gobernador de Panamá había enviado aviso a las autoridades de Nicoya informándoles que barcos piratas merodeaban

en las costas, por lo que debía tener mucho cuidado.

Nicoya es un pueblo de mulatos situado unas 12 ó 14 leguas al oeste de allí, y sobre la ribera del río de ese mismo nombre. Es lugar apropiado para la construcción de barcos, de suerte que casi todos sus habitantes son carpinteros de ribera, y se dedican a construirlos y a repararlos. Fue aquí donde el capitán Sharp, cuando en 1681 me separé de él, consiguió carpinteros para transformar su barco antes de regresar a Inglaterra. Y fue por eso mismo que el gobernador de Panamá mandó prevenir a los españoles de Nicoya, no fuera que llegaran otros piratas a querer servirse de ellos.

Los indios nos dijeron además que los habían enviado al lugar donde fueron capturados para averiguar qué barcos eran, pues se temía que fuesen de los que hablaba el gobernador de Panamá. A las preguntas que se les hicieron referentes a la situación y riqueza del país, manifestaron que la gente era casi toda agricultora, dedicada a sembrar y cultivar maíz, y a criar ganado; que las tierras eran extensas sabanas en las que pastaban numerosos novillos, vacas y caballos; que en la costa había madera de tinte, pero que esto último les dejaba muy poca utilidad porque se les obligaba a enviar ese producto al Lago de Nicaragua, de donde pasaban al Mar del Norte por la vía del río San Juan. Que ellos enviaban allí también grandes cantidades de cueros de res, a cambio de lo cual recibían mercancías europeas como decir sombreros y géneros de algodón y de lana para hacerse sus ropas; que de la carne de res no sacan otro provecho que comérsela; que de queso y mantequilla hacen muy poco. Luego nos dijeron que si queríamos abastecernos de carne fuéramos a una hacienda de ganado distante una legua de allí, en donde podríamos sacrificar cuantas reses quisiéramos.

Esta noticia fue muy bien recibida, pues desde el día que salimos de las Islas Galápagos no habíamos vuelto a probar ninguna clase de carne. Veinticuatro hombres fuimos inmediatamente despachados en dos botes llevando como guía a uno de los indios capturados, y saltamos a tierra como a una legua del

barco. Varamos los botes y marchamos tierra adentro detrás del guía, que nos llevó a una casa que tenía un corral. Quedaba este lugar en una planicie distante unas dos millas de donde habíamos dejado los botes. En los potreros abundaban las reses gordas; algunos sugirieron matar ahí no más tres o cuatro y llevar la carne a bordo, pero otros dijeron que mejor sería dormir allí y esperar a que amaneciera para arrear el ganado al corral y sacrificar allí mismo unas veinte o treinta reses. Mi opinión fue de que regresáramos a bordo, y traté de persuadirlos a que se fueran conmigo allí, pero como algunos se opusieron, me regresé con doce, que era la mitad, y los otros se quedaron. En este lugar vi tres o cuatro toneladas de madera de tinte, que creo es la misma que en Jamaica llaman madera de sangre, o simplemente madera de Nicaragua.³

Regresamos al barco sin ningún tropiezo, y al día siguiente esperamos que volvieran los que se habían quedado en tierra; pero nadie apareció. Entonces, a eso de las cuatro de la tarde diez hombres se fueron en una canoa a ver que les había ocurrido. Al llegar a la ensenada donde habíamos desembarcado para ir a la hacienda, los divisaron encaramados en un peñón a media milla de la playa, con el agua a la cintura. Los hombres habían dormido en la hacienda y se levantaron temprano para arrear el ganado al corral; dos o tres cogieron el camino mientras otros tomaron distinto rumbo, pero con el mismo propósito de encorrallar el ganado; los restantes se quedaron en la casa para ayudar cuando llegaran las reses.

Estando todos ellos separados se aparecieron 40 ó 50 españoles armados. Nuestros hombres se llamaron a gritos unos a otros y se juntaron antes que los españoles pudieran atacarlos; y así agrupados se fueron en dirección al bote que habían dejado varado en la playa. Pero cuando llegaron allí lo encontraron prendido en llamas. Se afigieron al ver aquello, pues ya no podrían volver a bordo, a menos que caminaran hasta donde

³ Se refiere al palo de brasil, *Haematoxylon brasiletto*.

estaba enterrado el capitán Cook, a casi una legua de allí. La mayor parte de este trayecto era monte espeso donde los españoles podrían emboscarlos, arte en que son muy duchos. Por otra parte, creyendo ya tenerlos en sus manos, los invitaban con fingida cortesía a volverse con ellos a la hacienda. Los piratas no respondían palabra.

La marea estaba en su media menguante cuando uno de los piratas vio un peñón en el mar a regular distancia de la playa, que apenas sobresalía del agua; se lo enseñó a sus compañeros diciéndoles que sería un buen reducto si pudieran llegar a él. Y todos, naturalmente, ansiaba ya encontrarse allí, pues los españoles desde prudente distancia dentro del monte—seguros ya de su presa—les volaban de rato en rato un tiro.

Viendo pues la oportunidad que tenían de salvarse del peligro en que se encontraban, mandaron al hombre más alto del grupo a tantear si el paso al peñón era vadeable, y habiendo él llegado bien se fueron todos allí; y todavía se hallaban allí cuando los vimos, que eran ya las siete de la noche. Cuando se fueron al peñón la marea baja estaba en su última etapa, y el peñón seco; pero cuando subió la marea lo cubrió por entero, y el agua seguía subiendo. De suerte que si la canoa hubiera tardado una hora más, tal vez el mar los hubiera puesto en tan gran peligro como habían estado antes frente a los españoles, pues la marea sube allí unos ocho pies. Los españoles se quedaron en la playa esperando ver que el mar se los tragara, pero sin salirse del monte. No tenían más que tres o cuatro armas de fuego, los demás portaban lanzas.

Los españoles de allí son expertos flecheros y alanceadores; y cuando se les presenta la ocasión realizan verdaderas hazañas con esas armas, especialmente en emboscadas. Y a esa gente no le gusta pelear de otra manera; prefieren estarse quietos amenazando y lanzando improperios, en lo que también son tan versados como en lo otro. De modo que cuando su lengua calla, sabemos de por cierto que han armado una trampa. Al anochecer volvió al barco la canoa con todos los hombres, sanos y salvos.

Al otro día enviamos una canoa a lo más profundo de la curva

del golfo, a caza de una canoa grande que nos dijeron se hallaba allí. Los españoles no tienen navíos ni lanchas aquí, sino unas cuantas canoas que poco utilizan; ni tampoco hay allí pescadores porque escasean los peces, y la verdad es que yo nunca vi uno, ni los hombres pudieron pescar nada. No obstante, en cualquier lugar que anclábamos, mandábamos a los arponeadores a buscar algo, y desde los barcos echábamos los anzuelos con la esperanza de pescar.

Al día siguiente regresaron los de la canoa con la que habían ido a buscar, y 3 ó 4 días después fueron las dos canoas por otra más, que también se trajeron. Pusímosles bancos y chumaceras para los remos y remeros; el capitán Eaton se quedó con una de ellas y nosotros con la otra que aparejamos para efectuar desembarcos. Nos surtimos allí de agua y cortamos maderas apropiada para pértigas y remos; esta clase de madera abunda en ese lugar. Pero jamás vi de ella en otras partes de la Mar del Sur, sólo allí. En Jamaica sí hay bastante, especialmente en un lugar llamado Blewfield,⁴ cerca del extremo occidental de la isla. El palo que sirve para hacer lanzas crece recto, como el fresno tierno nuestro, y es durísimo, pesado y fino de ahí que para los piratas sea de mucha utilidad, pues de él hacen astas para remos y escobillones de cañones.⁵ Siempre llevan muchos de ellos para reponer los que se quiebran, y son mucho mejores que los de fresno.

El día antes de zarpar de allí Mr. Edward Davis, el comisario ordenador de la compañía, fue unánimemente aceptado como capitán, ya que ese puesto le correspondía por derecho de sucesión, o mas bien de trasmisión. El 20 de julio salimos de esta bahía de Caldera, en el Golfo de Nicoya, con el capitán Eaton y nuestra presa traída desde las Islas Galápagos, enfilando derechamente hacia El Realejo. Soplabla viento norte, que aunque de fuerza común y corriente, en tres días nos llevó a la altura del puerto nicaragüense.

⁴ Lugar que no hay que confundir con Bluefields, Nicaragua.

⁵ Posiblemente se trata del madroño, *Calycophyllum candidissimum*.

El Realejo presenta el paisaje más extraordinario de toda esta costa, ya que tiene un elevado volcán humeante que los españoles llaman El Viejo.⁶ Con el volcán al noroeste debe uno dirigir el barco directamente a él para entrar derecho en la bahía. Es fácil reconocer el volcán, pues no hay en su cercanía otro tan alto, ni tampoco otro que tenga forma parecida en toda la costa; y además humea todo el día y en la noche lanza a veces llamaradas. Puede vérselo desde 20 leguas. Estando a tres millas de la bahía se ve la entrada. Tiene una isla pequeña y baja que da forma a la embocadura y mide algo así como una milla de longitud, por un cuarto de anchura; dista más o menos milla y media de tierra firme.⁷

La isla tiene un canal a cada lado; el del oeste es el más ancho y seguro. Sin embargo, por la punta del noroeste tiene un bajío que hace peligrosa la entrada. Pasado ese punto debe uno mantenerse junto a la isla, pues una punta arenosa se adentra de esta tierra firme hasta casi la mitad del canal. El canal del este no es tan ancho, y encima de eso la marea es fuerte allí; por tal razón casi nunca lo usan los barcos. Esta bahía puede abrigar hasta 200 embarcaciones; lo mejor de ella está cerca de tierra firme, pues allí tiene el agua siete u ocho brazas de profundidad, y el fondo es de arena fina y dura.

El pueblo de El Realejo queda a dos millas del mar, y dos pequeños ríos discurren hasta él; el de más al oeste llega cerca de la parte posterior del pueblo, el otro hasta la propia población, pero ni navíos ni barcas pueden entrar hasta allí. Estos riachuelos son muy angostos, y los manglares tupen sus márgenes. Como a milla y media abajo del poblado, en las márgenes del estero del este, los españoles habían levantado una fuerte empalizada; y otra igual, según informes, en el del oeste, y tan estratégicamente emplazadas que diez hombres podrían impedir el desembarque de 200. Cuando hable de mi regreso al pueblo lo

⁶ Actualmente San Cristóbal.

⁷ La isla del Cardón.

describiré; por ahora quiero seguir con mi narración.

Estábamos, pues, a la vista del volcán que, según mis cálculos, queda a 7 u 8 leguas del mar, y teniéndolo al noroeste recogimos la gavia y nos quedamos esperando la noche para entrar en la bahía con las canoas. En la tarde aguantamos un violento temporal, con ventarrones del noreste y muchos truenos, relámpagos y lluvia. Aunque la violencia del viento no duró mucho, no fue sino hasta las once de la noche que pudimos echar las canoas al agua; y entró la calma. Remamos hacia la playa a donde creíamos que podríamos llegar antes del amanecer, pero no fue sino hasta las nueve de la mañana que entramos a la bahía.

Cuando estábamos a una legua de la isleta de El Realejo, que ya dijimos da forma a la bahía, divisamos una casa en ella, y al aproximarnos vimos a dos o tres hombres que nos quedaron viendo hasta que estuvimos a media milla de la isla. En seguida se fueron y embarcaron en su bote remando hacia la costa, pero logramos alcanzarlos y traerlos de vuelta a la isla. Un hombre de a caballo, que estaba en tierra firme frente a nosotros cuando cogimos el bote, salió a galope tendido en dirección del pueblo. Las otras canoas que venían detrás remaron con toda el alma, pero no pudieron llegar a la isleta sino hasta las doce del día, de manera que tuvimos que esperarlos.

Antes de que llegasen nos dedicamos a interrogar a los prisioneros, quienes nos dijeron que tenían allí el puesto de vigías, pues las autoridades del El Realejo habían recibido el mes anterior una carta en que se les avisaba que en el Mar del Sur mero-deaban los piratas, por lo que debían de mantenerse alerta; que las autoridades mandaron a edificar una casa en esta isla, y apostaron allí cuatro hombres que debían vigilar noche y día con orden de avisar cuando vieran aparecer un barco. Dijeron además que no esperaban ver botes ni canoas, sino navíos. Primero pensaron que, por vernos llegar en la canoa delantera, seríamos náufragos de algún barco; pero que al descubrir 3 ó 4 canoas más, empezaron a sospechar. Nos dijeron también que el jinete que vimos correr llegaba allí todas las mañanas para llevar

noticias al pueblo, a donde podía llegar en menos de una hora. Cuando el capitán Eaton desembarcó le contamos lo que había ocurrido. Hacía tres horas que el jinete había partido, y no podríamos llegar al pueblo en menos de dos horas; calculamos que las autoridades ya tendrían noticias de nuestro arribo y estarían esperándonos al amparo de sus empalizadas, de modo que pensamos sería mejor dejar nuestro plan para otro día.

La isleta tiene un buen manantial. Hay también en ella algunos árboles pero su mayor parte es de potreros en los que el zacate crece libremente, porque en toda la isla no hay reses ni caballos. Queda esta isla en 12° y 10' de latitud norte. Allí estuvimos hasta las cuatro de la tarde, y habiéndose acercado los barcos a una legua de la costa, nos fuimos todos allí y enfilamos hacia el Golfo de Fonseca en donde queríamos carenar los barcos.

El 26 de julio vino a bordo el capitán Eaton a consultar con el capitán Davis cómo podría conseguir algunos indios que nos ayudaran en la carenadura. Se convino en que cuando estuviéramos cerca del golfo, Davis tomaría dos canoas con suficiente gente y se iría él primero, mientras Eaton se quedaría a bordo. Y, conforme a lo acordado, al día siguiente Davis enderezó hacia el golfo.

El golfo de Fonseca es un gran brazo del océano que se interna 8 ó 10 leguas en el continente. Al sur de su entrada está la península del volcán Cosigüina, y por el norte tiene el volcán de San Miguel. Cosigüina queda en 10° y 40' de latitud norte. Es una punta alta y redonda que vista desde el mar parece una isla; y es así porque las tierras de su alrededor son muy bajas. El San Miguel es un pico muy alto, aunque no muy empinado; por el sureste la tierra de su base es baja y pareja en una extensión de por lo menos una milla. Entre esta tierra y el Cosigüina hay dos islas de bastante altura; la de más al sur se llaman Meanguera, la otra Amapala. Están a dos millas una de otra.

La isla de Meanguera tiene forma redonda, de dos leguas de contorno, y de lejos parece una elevada arboleda. Está toda circundada de rocas, a excepción de un boquete arenoso por el

noreste. El humus de su tierra es negro, pero no profundo: el terreno es pedregoso, y hay en él árboles altos. En el centro de la isla se asienta un pueblo de indios que tiene una bonita iglesia. Sus habitantes siembran maíz y plátanos. Crían unos pocos pollos, pero ninguna otra ave de corral; y de cuadrúpedos tienen sólo perros y gatos. Del pueblo al boquete hay un caminito rocoso y empinado. En la playita se ven siempre unas 10 ó 12 canoas varadas, salvo cuando las están utilizando.

La isla de Amapala es más grande que la de Meanguera. Su suelo más o menos igual. Hay en ella dos pueblos distantes dos millas uno del otro: uno está en el norte, y en el oeste el otro. Este último no dista más de una milla del mar; se asienta sobre la explanada de la cima de una loma. El caminito que conduce allá es tan empinado y rocoso que, a sólo pedradas, unos pocos hombres podrían mantener a raya a una multitud. En el centro del pueblo se levanta una bellísima iglesia. El otro pueblo no es tan grande, pero cuenta con una hermosa iglesia. Una cosa que noté en todas las poblaciones bajo dominio español, (en estas tierras, en la bahía de Campeche y otras más), fue que las imágenes de la Virgen María y de otros santos tienen pintadas la cara del color cobrizo de los indios, y las visten de manera parecida a la moda del lugar; mientras que en pueblos habitados principalmente por españoles, los santos tienen la piel blanca y llevan ropas a la española.

Las casas son todas malas; los indios de las planicies tienen buenas milpas bastante lejos de los pueblos. Tienen pocos plataneros, pero alrededor de sus casas hay sembrados innumerables jocotes. El árbol que da esta fruta es tan grande como nuestros más grandes ciruelos; pero su forma es la misma del espino. La madera del árbol es quebradiza; la fruta es ovalada. De tierna es muy verde, pero al madurar se torna amarilla por un lado y roja por el otro. La semilla es muy grande y poco la pulpa que la envuelve; es de sabor agradable, mas no recuerdo haber visto una sola que no tuviera uno o dos gusanos por lo menos. Tampoco recuerdo haber visto esa fruta en ningún

otro lugar del Mar del Sur, sólo aquí. En la bahía de Campeche abunda, y en Jamaica lo siembran como setos vivos.

Los indios de aquí y los de Meanguera tienen algunas gallinas. Allí no vive ningún español, sólo un padre que atiende los tres pueblos, dos en Amapala y uno en Meanguera. Están bajo la jurisdicción del gobernador de San Miguel, ciudad situada al pie del volcán del mismo nombre; a él pagan tributo en maíz. Son pobrísimos, pero viven muy contentos. No tienen ningún otro ingreso más que el derivado del maíz y las gallinas. El padre recauda el diezmo de los frutos, y sabe al dedillo cuánto siembra cada individuo, y cuantas gallinas tienen, y no las pueden matar, como queda dicho, ni aun estando enfermas, sin su permiso. En estas islas, como queda dicho, nunca ha vivido ningún hombre de la raza blanca, fuera del padre. El habla la lengua de los indios, y así también los otros padres que en otras partes de esta tierra viven entre ellos.⁸

En estas vastas regiones americanas hay varias parcialidades indígenas que tienen lenguas diferentes; de modo que los padres que se vienen a vivir con ellos deben aprender la lengua para poder catequizarlos. Aunque los indios de aquí son pobres, en otros lugares de América poseen grandes riquezas que los españoles les van quitando por bagatelas; allí también recaudan los padres diezmos y tributos. Igual pasa, por ejemplo, en la bahía de Campeche en donde los indios son dueños de cacaotales; y de la misma manera en otros lugares en donde siembran añil o vainilla. ¿Y qué decir donde hay oro? En lugares como éstos los padres sacan platales. En las dos islas no había mas que un indio que hablaba español; y también podía escribirlo, pues se le había enseñado eso para llevar la contabilidad. Era el secretario de ambas islas. Tenían allí también un cacique, pero no sabia hablar ni escribir español.

Hay en el golfo muchas islas, pero ninguna tan poblada co-

⁸ El idioma que hablaban en las islas del golfo era el potón según fray Alonso Ponce, quien visitó las islas un siglo antes que Dampier.

mo éstas de que me he ocupado. Hay una bastante grande perteneciente a un convento de monjas—según nos dijeron los indios—en la que abundaba el ganado. La cuidan 3 ó 4 indios, y a ella fuimos varias veces para abastecernos de carne. Todas estas islas son bajas, con excepción de Amapala y Meanguera. A este golfo se entra por dos canales: uno es el de Cosigüina y Meanguera, el otro lo forman Meanguera y Amapala; de los dos este último es el mejor. Se pasa por el lado este de Amapala, justamente enfrente de un paraje bajo, pues debo hacer saber que toda la isla, salvo ese lugar, es tierra alta. Una vez adentro, los barcos pueden fondear cerca de tierra firme, al noreste de Amapala: este es el punto más frecuentado por los españoles y se llama Puerto de Martín López. Este golfo se prolonga unas cuantas leguas más all de las islas, pero es poco profundo, no adecuado para navíos de alto bordo.

A este golfo entró el capitán Davis en dos canoas con intención de coger un prisionero para obtener informes antes de que arribaran nuestros barcos. La primera noche llegó a Meanguera, pero por falta de guía no dio con el poblado. En la mañana vio muchos bongos y canoas varados en la playa, en donde desembarcó y tomó con su gente un caminito que lo llevó al poblado. Los indios habían visto en la tarde a los barcos dirigirse a la isla, y teniendo conocimiento ya de que buques enemigos espumaban esas aguas, habían puesto vigías de día y de noche. Luego, cuando vieron al capitán Davis encaminarse al pueblo, corrieron a dar la voz de alarma. Cuando Davis entró en las calles todo mundo estaba ya en el monte. Sólo el fraile se quedó y fue capturado, junto con dos muchachos. El pirata, que iba sólo por un prisionero, quedó más que satisfecho con el cura y los dos inditos, a quienes se llevó a la isla de Amapala. Estos les sirvieron de prácticos para llegar al fondeadero, en donde anclaron a eso de medio día. No se quedaron allí, sólo dejaron 3 ó 4 hombres de resguardo en los bongos y canoas. Davis y los demás siguieron hacia el pueblo llevando consigo al fraile. El pueblo dista como una milla del desembarcadero y se asienta sobre la planicie de

una loma que tiene una cuesta muy empinada. Todos los indios estaban en la cima esperando a Davis.

El secretario no estaba antes muy de buenas con los españoles. Fue él quien persuadió a los indios a esperar a Davis, pues todos querían huir al monte; les dijo que si los que llegaban eran enemigos de los españoles no sería para hacerles daño, que eso sólo se lo hacían los españoles de quienes eran esclavos; y que su misma pobreza los ponían a salvo. Este hombre y el cacique, a la cabeza de los vecinos, esperaron arriba a Davis y a su gente. En español preguntaron a los extranjeros quiénes eran y qué querían. Davis les respondió que eran vizcaínos, y que los enviaba el rey de España a limpiar de piratas el mar; que buscaban en la isla un lugar apropiado para carenar sus barcos, y también querían que les ayudaran en eso los isleños. El secretario, que como ya dije era el único que allí hablaba español, les dio la bienvenida manifestando su gran respeto por los varones de la vieja España, y en especial por los vizcaínos, de quienes había oído decir sólo cosas buenas. Y acto seguido los invitó a entrar en el poblado. Davis y sus hombres comenzaron a trepar llevando al fraile por delante.

La recepción fue muy afectuosa. El cacique y el secretario abrazaron a Davis, y los demás indios recibieron de igual modo a los otros. Terminados los saludos, se fueron todos a la iglesia, que hace de cabildo en pueblos como ese; allí se realizan las funciones y actos públicos. A eso se debe que en las iglesias de las poblaciones indígenas haya toda suerte de máscaras y disfraces para hombres y mujeres, y un sinnúmero de pitos y guitarrillas. Estas tienen cierta semejanza con la cítara; y la mayoría de las que tocan los indios consisten en una vara larga con un agujero en medio, y sobre ésta una tablita delgada que se ata a los lados; esta es la caja de resonancia sobre la que van las cuerdas. La víspera de los días de fiesta, o la noche siguiente, es cuando se reúnen para celebrar. Se divierten cantando, bailando y haciendo mil muecas y visajes. Si hay luna llena usan pocas antorchas, si no, alumbran la iglesia como el día. En tales ocasiones se juntan

para divertirse las personas de ambos sexos.

Todos los indios que he conocido bajo el dominio español tienen aspecto más melancólico que los que viven libres, y en estas reuniones públicas, aun cuando más regocijados están, se nota que su alegría es más postiza que espontánea. Sus tonadas son muy tristonas y quejumbrosas. Pero no estoy seguro de si esta tristeza es connatural en ellos, o efecto de su estado actual de esclavitud. En todo caso, siempre me he inclinado a creer que es simple reflejo de su desgracia, de la pérdida de su tierra y de libertad. Y si bien los que ahora viven no saben ni recuerdan cómo es ser libre, parece sin embargo que tienen una recóndita impresión de la esclavitud en que viven, mantenida viva quizá por tradiciones de su antigua libertad.

El capitán Davis llevaba en mente el plan de hacer que todos fueran a la iglesia, y una vez adentro cerrar las puertas y decirles sin embargo quién era él. En seguida les hablaría por las buenas pidiéndoles su cooperación. El padre estaba con él y le había prometido apoyo; pero antes que todos hubiesen entrado a la iglesia, uno de los piratas quiso meter en ella a la fuerza a un indio. Este pegó la carrera y luego todos los demás al verlo salieron de estampida; imposible decir quién fue el primero. El capitán, que no se dio cuenta de nada, estaba solo en la sacristía con el bueno del padre. Cuando ya todos habían huido, el capitán Davis y sus hombres mataron a tiros al secretario. Así fue como por la indiscreción de un zopenco perdimos toda esperanza de ayuda allí.

En la tarde entraron los barcos al golfo pasando entre Cosigüina y la isla de Meanguera, y anclaron cerca de la isla de Amapala, por su lado este, en 10 brazas de profundidad con fondo de arena dura. Más tarde subió a bordo el capitán Davis con su gente, llevando al padre. Este dijo a Davis que si no hubieran matado al secretario, él le habría mandado una carta con cualquiera de los indios capturados en Meanguera, induciéndolo a solidarizarse con nosotros, pero ahora lo único que podría hacerse era mandar con uno de esos indios a traer al cacique, pues estaba

seguro de que vendría. Al día siguiente mandamos a tierra a uno de los indios que antes del anochecer regresó con el cacique y seis indios más, los cuales se quedaron con nosotros todo el tiempo que estuvimos allí. Los indios nos prestaron muchos servicios, sobre todo en lo de enseñarnos por dónde debíamos ir a una isla en bote a traer carne de res que necesitábamos; servicios que pagamos con largueza.

Fue a esta isla de Amapala que años más tarde llegaron unos piratas ingleses y franceses, quedándose allí mucho tiempo, para después desembarcar en tierra firme y marchar hasta el río Segovia, que desemboca en la Mar del Norte cerca de Cabo de Gracias a Dios, razón por la cual le llaman también río Cabo. En las márgenes de este río hicieron balsas en las que llegaron al mar. Esta misma ruta la propuso el capitán Sharp para ir allá, pues ya era parcialmente conocida por piratas cuando unos 30 años antes una partida de ingleses remontó el río en pipantes hasta el lugar donde aquellos franceses hicieron sus balsas.⁹

Desde allí marcharon sobre una ciudad nombrada Segovia. Casi un mes les llevó bajar el río, pues se encontraron que tenía muchas cascadas y raudales que se veían obligados a soslayar alzando en vilo los pipantes para meterse con ellos en el monte haciendo un rodeo y volverlos a echar al agua. He dicho que algunos hombres hicieron ese recorrido, y, si no estoy equivocado, el capitán Sharp fue uno de ellos.¹⁰

Pero, volviendo a nuestro viaje, cuando hubimos carenado los dos barcos y llenado los barriles de agua, los capitanes Davis y Eaton rompieron su asociación, aunque sin pelearse. El capitán Eaton se llevó 400 bultos de harina, y salió del golfo el 2 de septiembre.

El 3 de septiembre de 1684 mandamos el fraile a tierra, y les dejamos a los indios una barco que habíamos capturado, medio

⁹ El pirata Wright, al mando de varios ingleses, fue el primero en remontar el río desde el Cabo para asaltar Nueva Segovia (Ciudad Antigua) alrededor de 1675.

¹⁰ Se refería Dampier al grupo de Raveneau de Lussan, cuya historia se incluye en la CRÓNICA XI.

lleno de harina todavía, y zarpamos con viento terral, entre las islas de Amapala y Meanguera. Ibamos una legua mar afuera cuando notamos que un bongo con vela y remos venía en seguimiento nuestro; replegamos las velas para esperarlo. El bongo lo enviaba el comandante de la ciudad de San Miguel pidiéndonos que por favor no nos lleváramos al fraile. Al ser informado el mensajero de que lo habíamos dejado en Amapala lo vimos brincar de alegría, y se volvió a dar la buena nueva; izamos de nuevo las velas con viento del nor-noroeste, y pusimos proa hacia el Perú.

Extracto de
Nuevo Viaje Alrededor del Mundo CAPÍTULO V
por William Dampier
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica—siglo XVI
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

VIII

Los Piratas desembarcan en El Realejo

Asalto a la ciudad de León-1685

El 20 de julio de 1685 salimos de Quibo¹ con destino a El Realejo, puerto de León, ciudad que íbamos a saquear. Eramos en total 640 hombres a bordo de 8 embarcaciones mandadas por los capitanes Davis, Swan, Townley y Knight, más un brulote y tres escampavías; estos últimos no tenían tripulación fija. Pasamos entre la boca del río Quibo y la isla de Ranchería, dejando las islas de Quibo y Jicarón a babor, y la de Ranchería y demás islas, y tierra firme a estribor. El viento sopló primero del sur-suroeste. Costeamos el litoral pasando por el Golfo Dulce, la península de Nicoya y la isla del Caño.² Toda esta costa es baja y selvática; sus habitantes son poquísimos. Navegando rumbo al oeste encontramos vientos variables, algunas veces del oeste-suroeste y otras del este-noreste, pero más comúnmente del suroeste, y una o dos borrascas todos los días; las tardes y las noches soplaban vientos terrales del nor-noroeste.

El 8 de agosto, estando en los 11° 20' de latitud norte, avistamos por el noroeste un cerro alto en forma de pilón de azúcar. Pensamos si sería o no el volcán El Viejo,³ hito famoso que indica la entrada a la bahía de El Realejo. Cuando lo tuvimos al noroeste preparamos las canoas para echarlas al agua al día siguiente.

El 9 por la mañana, estando a 8 leguas de la costa, dejamos los barcos resguardados por unos pocos hombres, y 520 nos embarcamos en 31 canoas, remando hacia la bahía de El Realejo.

¹ Es la actual isla de Coiba, situada al sur de la costa de Chiriquí, Panamá.

² A lo largo de la costa del Pacífico de Costa Rica.

³ Hoy volcán San Cristóbal.

Hasta las dos de la tarde tuvimos buen tiempo y viento leve, luego nos azotó un chubasco terral con muchos truenos, relámpagos y lluvia, y tan recios ventarrones que temimos naufragar. Ante el peligro nos acomodamos al viento, esforzándose todo el mundo en ver cómo sortear la amenaza. Las canoas pequeñas, más livianas y boyantes, brincaban airosamente sobre el lomo de las olas, mientras que las más pesadas se movían como trozas que ya parecía se las iba a tragar el rebullente mar. En algunas, medio llenas de agua, dos hombres se ocupaban constantemente en achicarlas. La furia del viento duró media hora, para después amainar, y a medida que el temporal iba aflojando, la rabia del mar disminuía. Pues en todos los países tropicales, según he observado, el viento encabrita al mar, y tan pronto como cesa vuelve el mar a sosegar. De ahí el dicho marinero: "Viento recio, mar bravío; viento flojo, mar sereno." A las siete de la noche había calmado el viento y el mar estaba como aceite. Tratamos de llegar hasta la playa, pero viendo que no podríamos lograrlo sino hasta la mañana, resolvimos regresar para que no nos vieran.

Se hizo de día, estábamos a cinco leguas de tierra; prudente distancia para esperar allí hasta el anochecer, pero a eso de las tres de la tarde tuvimos otro chubasco peor que el del día anterior. Nos vimos en inminente peligro de perder la vida, pero no duró tanto como aquél. Apenas hubo pasado remamos buscando tierra y entramos de noche en la bahía.

El riachuelo que lleva a León queda al sureste de la bahía. El práctico que llevábamos gran conocedor del lugar, nos condujo hasta la desembocadura, pero no quiso llevarnos más allá, para esperar que amaneciera, pues el riachuelo es pequeño y hay otros más que de noche pueden confundir a cualquiera. Con las primeras luces remamos sobre el riachuelo, que es muy angosto; son tan bajas sus márgenes que se inundan cada vez que sube la marea. En estos terrenos abundan los manglares, y son tan intrincados que es imposible caminar entre ellos. Al otro lado de los manglares, en tierra firme pero siempre cerca del estero,

los españoles tienen un retén destinado a impedir el desembarque de enemigos; cuando lo vimos remamos con todo el alma para llegar a tierra. El ruido de los remos alarmó a los indios que hacían de vigías. Apenas nos vieron salieron en carrera en dirección a León a dar la voz de alarma. Desembarcamos apresuradamente y a 470 hombres se les mandó marchar sobre León; yo quedé al mando de 59 resguardando las canoas hasta que regresaran.⁴

La ciudad de León queda unas 20 millas adentro. El terreno es parejo y muy fecundo, con altos pastizales pringados de árboles elevados. A unas cinco millas del desembarcadero hay un ingenio de azúcar,⁵ y tres millas más allá otro; y luego, dos millas más adelante, se vadea un hermoso río no muy hondo, única vena de agua que se encuentra en el camino, hasta llegar a un pueblo indígena situado dos millas antes de la ciudad.⁶ La ciudad se asienta en una planicie no lejos de un altivo volcán que de rato en rato lanza desde su cráter bocanadas de llamas y humo. Se le ve desde el mar, y le llaman volcán de León.⁷

Las casas de León no son altas, pero sí grandes y sólidas, con jardines. Tienen paredes de piedra y son enteajadas. Hay en la ciudad tres iglesias y una catedral. Nuestro compatriota Mr. Thomas Gage, que anduvo por estas tierras, dice de este lugar que es el más ameno de toda América, y tanto así que lo adjetiva "Paraíso de Mahoma."⁸ Y la verdad es que, vista su posición, sobrepasa a la mayoría de otros lugares de América en cuando a salubridad y atractivos, ya que siendo su suelo arenoso absorbe pronto el agua de las lluvias que aquí son frecuentísimas.

⁴ El estero por donde entraron los piratas fue llamado Doña Paula, en honor a la suegra del gobernador, la cual con un tambor alertó a los leoneses del arribo de los piratas.

⁵ Donde hoy queda el Ingenio San Antonio.

⁶ El río es Telica y el pueblo indio Subtiava.

⁷ Hoy volcán Telica.

⁸ Ver el relato de Thomas Gage en *Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua*—crónicas seleccionadas por Jaime Incer Barquero, Colección Cultural de Centro América, Serie Cronistas No. 6, Managua, 2002.

Rodean la ciudad llanuras que permiten a la brisa invadir libremente la ciudad; a todo ello se debe su salubridad. No es León un emporio comercial, de ahí que no haya allí mucho dinero. Su riqueza está en su ganadería y en sus ingenios de azúcar. Dícese que sus habitantes hacen mecates de cabuya, pero yo no vi nada de eso allí.

Y hacia allá iban nuestros hombres. Salieron de las canoas a eso de las ocho de la mañana. El capitán Townley, con 80 de los más resueltos, marchaba a la vanguardia; le seguía el capitán Swan con 100; el capitán Davis atrás con 170; y el capitán Knight con el resto de la retaguardia. El capitán Townley que iba como dos millas adelante topó con un piquete de 70 hombres de caballería cuatro millas antes de llegar a la ciudad, pero esos no resistieron el empuje de los nuestros. A las tres, más o menos, Townley, con sólo sus 80, entró en la ciudad, y en una calle ancha aguantó la arremetida de 170 ó 200 montados que, al ver caer a dos o tres de sus jefes, huyeron en desbandada. La infantería española se componía de unos 500 soldados que esperaban formados en cuadro en la plaza mayor, pues es bien sabido que toda la población española, sea grande o pequeña, tiene una plaza en el centro. La iglesia, por lo general, ocupa un costado de ella, y en los otros tres costados los caballeros y las gentes principales edifican sus casas con soportales. Pero la infantería, viendo retroceder a la caballería, puso también de por medio dejando la ciudad en manos del capitán Townley. El capitán Swan llegó como a las cuatro, el capitán Davis y su gente a las cinco, y el capitán Knight, con todos los que pudo hacer llegar, entró a las seis; pero en el camino se le quedaron cansados muchos. Como suele suceder en casos semejantes, aparecieron después los rezagados de uno en uno, o de dos en dos, como iban pudiendo.

El día siguiente por la mañana los españoles mataron a uno de los nuestros que encontraron cansado en el camino; era un anciano de pelo nevoso con 84 años encima, que había militado en las filas de Oliver Cromwell cuando la rebelión de Irlanda.

Después de eso apareció en Jamaica, en donde se hizo pirata. Rehusó quedarse conmigo al cuidado de las canoas, diciendo que iría hasta donde fuera el mejor de sus compañeros, y cuando lo rodearon los españoles se negó a rendirse, disparándoles su mosquete, y mantuvo montado su pistolón listo a soltarle un tiro al primero que se le acercara; los españoles entonces lo mataron desde lejos. Se apellidaba Swan; era un viejito muy alegre y animoso que vivía diciendo él nunca pediría cuartel a nadie. Y por cansado también apresaron a Mr. Smith, un comerciante del grupo del capitán Swan. Lo llevaron ante el gobernador de León y allí fue reconocido por una mulata que había sido criada suya. Mr. Smith había vivido muchos años en las Islas Canarias y podía hablar y escribir español muy bien; de aquellos días lo recordaba la mulata.

Habiendo sido interrogado, dijo que a la ciudad habían entrado 1,000 hombres y que 500 más estaban resguardando las canoas; lo que fue bueno para nosotros pues fácilmente pudimos ser exterminados. Esto acobardó de tal modo al gobernador que no se atrevió a atacarnos, y eso que tenía más de mil hombres, según calculó Mr. Smith. A mediodía envió un parlamentario con pretensiones de redimir la ciudad, para que no la incendiáramos; pero nuestros capitanes pidieron 300,000 piezas de a ocho de rescate, y de provisiones lo suficiente para el sustento de 1.000 hombres durante cuatro meses, más el canje de Mr. Smith por algunos prisioneros que teníamos. Pero los españoles no daban señales de redimir inmediatamente la ciudad, limitándose a prometer capitular de un día para otro, con la oculta esperanza de reunir más gente para contraatacarnos. Nuestros capitanes entonces, considerando lo lejos que estaban las canoas, resolvieron volverse. El 14 en la mañana dieron orden de pegarle fuego a León, y la orden fue ejecutada; enseguida emprendieron el regreso. Pero les llevó más tiempo su viaje de vuelta que el de ida.

En la mañana del 15 los españoles nos devolvieron a Mr. Smith a cambio de una dama de alcurnia. Luego los capitanes

enviaron una carta al gobernador haciéndole saber que de allí iban para El Realejo, en donde esperaban verle. Dejaron también en libertad a un caballero bajo palabra de entregarles por su rescate 150 reses que enviaría a El Realejo; y ese mismo día tuvimos a nuestros camaradas de regreso a las canoas. Vivaqueamos allí esa noche y al siguiente día nos reembarcamos y llegamos a la bahía: en la tarde los barcos fondearon allí también.

El río que pasa por El Realejo baja del norte y desemboca en el noroeste de la bahía. De la isla que está en la boca de la bahía hasta el pueblo median dos leguas, luego se entra en un angosto y hondo riachuelo con riberas bordeadas de tupidos manglares cuyas ramas casi llegan de orilla a orilla. A una milla de su boca este riachuelo tuerce al oeste. Allí tenían los españoles una sólida empalizada o trinchera con cien hombres para impedir el desembarque de enemigos, y 20 yardas abajo de la empalizada había un gran número de árboles tumbados sobre el río, de tal modo que con todo ello diez hombres bien pudieran contener el asalto de 500, y hasta de 1,000.

Al divisar la empalizada les disparamos dos tiros. Esto bastó para que los defensores echaran a correr. Pasamos enseguida cerca de media hora desembarazando el cúmulo de árboles caídos. Desembarcamos y seguimos directamente al pueblo de El Realejo, que de allí dista una milla más o menos. Queda en una planicie a orillas de un pequeño río. Es un pueblo grande con tres iglesias, y un hospital con un bellissimo jardín, y además de esos muchas buenas casas bastante separadas entre sí, todas con huertos. El pueblo es tan insalubre que creo bien necesita el hospital que tiene, y está tan cerca de los esteros y cenagales que perennemente se sienten sus fétidas y nocivas emanaciones. El terreno circundante es barro amarillo; pero el suelo del propio pueblo parece ser arenoso. Aquí se dan varias frutas como son la guayaba, las piñas, los melones, la tuna y otras; las piñas y los melones son muy conocidos.

La guayaba la da un árbol coyundoso y achaparrado, cuya corteza es lisa y blanquecina, con ramas largas, torcidas y delgadas;

sus hojas son semejantes a las del avellano, la fruta es muy parecida a la pera con cáscara delgada; tiene muchas semillitas duras, y se la puede comer aún estando verde, cosa por cierto rara en las Indias Occidentales, pues en ambas Indias, las Occidentales y las Orientales, las frutas contienen un zumo viscoso, blanco e insípido cuando están verdes, pero ya maduras su jugo es sabroso. Se la cuece tan bien como la pera, y cociéndola a fuego lento se hacen ricos pasteles. Hay varias clases de guayaba, de forma, sabor y colores diferentes. La pulpa de unas es amarilla, y roja la de otras. Cuando se la come verde es compacta, y madura es esponjosa.

Hay en los campos cercanos muchos ingenios de azúcar y haciendas de ganado. Abundan las resinas, el alquitrán y la cabuya para hacer mecates, siendo este último su principal producto comercial. Entramos en el pueblo sin oposición, y no hallamos más que casas vacías. Entre lo que no pudieron o no quisieron llevarse los vecinos encontramos 500 bultos de harina, algo de alquitrán, resinas y cabuya. De todo esto teníamos necesidad, así que lo llevamos a bordo. Aquí recibimos las 150 reses que nos había prometido el caballero aquel que soltamos viniendo de León; además, todos los días íbamos a las haciendas de ganado, y a los ingenios en grupos de 20 ó 30 y cada cual volvía con su carga al hombro, pues no había caballo, y aunque los hubiera habido el camino era tan malo y con tantos lodazales que de nada nos hubieran servido. Estuvimos allí desde el 17 al 24, cuando algunos vándalos de nuestro bando pegaron fuego a las casas. No sé por orden de quién, sólo que al salir las dejamos ardiendo. En la empalizada nos reembarcamos en las canoas y regresamos a los barcos.

El 25 los capitanes Davis y Swan se disociaron definitivamente, pues Davis quería volver a la costa del Perú, y Swan decía que fuéramos más al oeste todavía. Yo hasta entonces iba con el capitán Davis, pero opté por seguir a Swan. No porque malquisiera a mi viejo capitán, sino porque Swan estaba decidido a ir por ese rumbo lo más lejos que pudiera, para poder allí

llegar a las Indias Orientales; y eso colmaba mis aspiraciones. El capitán Townley, con sus dos lanchas, resolvió acompañarnos, pero los capitanes Knight y Harris siguieron a Davis. El 27 en la mañana el capitán Davis y sus barcos zarparon de la bahía con viento terral fresco; iban cuatro barcos, incluyendo el brulote. El capitán Swan los despidió con salva de 15 cañonazos.

Nos quedamos un cierto tiempo llenando los barriles de agua y rajando leña, pero la gente que hasta entonces había gozado de buena salud, comenzó a enfermarse de calenturas. No supimos si eso era efecto de la mala calidad del agua o insalubridad del lugar, pero de las dos opciones me inclino a creer que fue algún morbo que contrajimos en El Realejo, pues se dijo que el pueblo estaba infestado de una enfermedad perniciosa que había obligado a muchas personas a abandonarlo; y aunque la peste había pasado ya, tal vez las casas y los diversos enseres retenían aún la infección que los nuestros habían cogido.

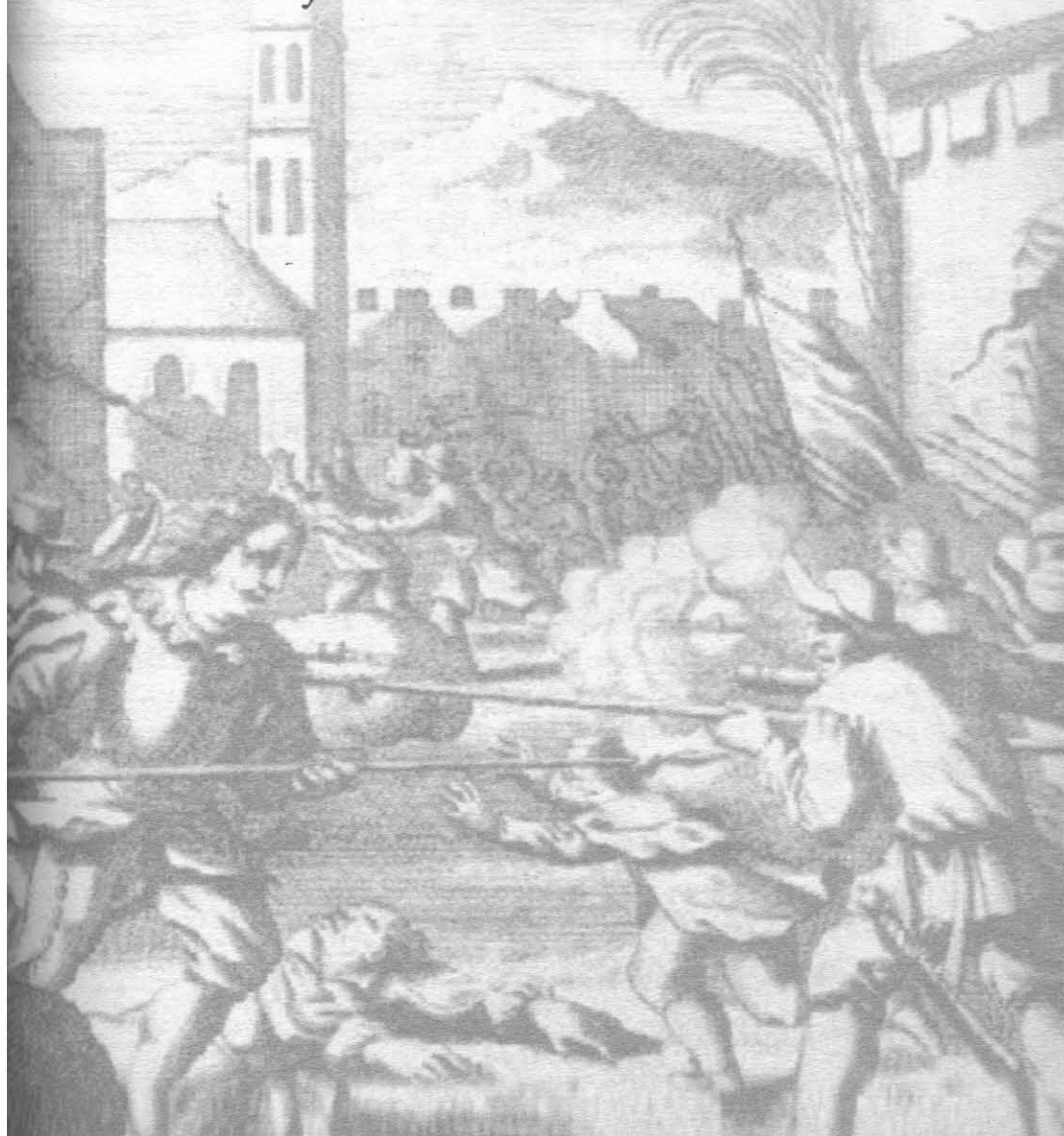
Yo más creo esto último, porque después se propagó mucho, y no sólo entre los de nuestra compañía, sino también entre la gente del capitán Davis y hasta él mismo, según me dijo cuando andando el tiempo me lo encontré en Inglaterra. El se vió al borde de la muerte, y varios de los suyos y de los nuestros murieron de eso. El 3 de septiembre soltamos a todos los prisioneros, y también a los pilotos que teníamos, pues ninguno de ellos conocía la costa occidental que íbamos a recorrer. Y es que los españoles de esas latitudes sólo llegan comerciando por agua, y eso muy poco, hasta un poquito más allá del río Lempa.

Extracto de
Nuevo Viaje Alrededor del Mundo CAPÍTULO VIII
por William Dampier
traducción de Luciano Cuadra

Tomado de
Piratas en Centroamérica-siglo xvi
Colección Cultural Banco de América SERIE VIAJEROS NO.3
Managua, Nicaragua, 1978

RAVENEAU DE LUSSAN

*Diario de viajes por la Mar del Sur
con los filibusteros de América*



COMENTARIO A LAS CRÓNICAS DE RAVENEAU DE LUSSAN

Entre los historiadores nicaragüenses del siglo xix existía un vago y casi olvidado relato sobre unos piratas que en 1689 habían cruzado las tierras nicaragüenses, caminando desde la costa del océano Pacífico por el norte de Nicaragua, asaltando a su paso la Ciudad Antigua de Segovia, hasta el río Coco, por el cual escaparon hasta alcanzar su desembocadura en el mar Caribe. También se creía que como resultado de sus aventuras por la región segoviana, los piratas habían dejado una herencia de niños de cabellos claros y ojos azules, algunos de cuyos descendientes se encuentran todavía viviendo en los pueblos norteños.

José Dolores Gámez en su *Historia de Nicaragua*, escrita en 1888, se refiere escasamente a este evento pero señala, equivocadamente—a como también lo indicara el historiador Tomás Ayón en la suya—que se trataba de dos grupos de piratas: el uno subiendo por el río Coco y el otro bajando por el mismo río, que se encontraron y juntaron para asaltar Ciudad Antigua, “habiendo ambos escapado por el río Aguán,” en territorio hondureño, según una información errónea.

La historia completa y supuestamente la más idónea sobre esta la travesía transistmica, efectuada en 1688, que comenzó en el golfo de Fonseca y terminó en el cabo Gracias a Dios, fue narrada por Raveneau de Lussan, uno de los corsarios franceses que participó en la aventura, quien la describió detalladamente en su libro *Journal du Voyage fait a la Mer du Sud, avec les filibustiers de l’Amerique*, publicado en París en 1698.

En 1684, perseguido por sus acreedores, el joven De Lussan escapó a la isla de Santo Domingo, cuya parte occidental estaba en posesión de los franceses. Deseaba probar fortuna en el entonces lucrativo negocio de la piratería. En aquel lugar se sumó a una partida de 120 bucaneros que solían asaltar los barcos que arrimaban a la parte española de la isla.

Posteriormente los bucaneros franceses cruzaron el istmo de

Panamá—tal como lo hicieron Henry Morgan cuando asaltó Panamá en 1671 y el grupo de William Dampier diez años después. Marcharon en busca de mejor suerte rumbo a la Mar del Sur, donde engrosaron la partida del capitán Francois Grognet. Juntos participaron en el fallido asalto a la flota española que traía oro del Perú, aventura en la que también tomaron parte los piratas ingleses, Dampier entre ellos.

A continuación Grognet y sus 300 franceses izaron velas para proseguir en sus asaltos y robos por la costa de Ecuador y Perú. Luego cambiaron de rumbo y se dirigieron a la costa de Nicaragua. Sorprendieron el puerto de El Realejo, atacaron El Viejo, pero desistieron ir sobre León cuando supieron que los ingleses se les habían adelantado dos meses antes. Se retiraron, no sin antes realizar otros asaltos en el golfo de Nicoya y de Chiniquí (CRÓNICA ix).

En abril de 1686 regresaron los franceses, esta vez reforzados por los corsarios ingleses del capitán Townley. Desembarcaron en la costa de Rivas y marcharon a pie por el camino de Nandaime para sorprender a Granada por retaguardia. Consumado el asalto sin mayor provecho, pues los granadinos escaparon por el lago llevándose en barco sus riquezas, los invasores se retiraron a Masaya y luego a Masachapa para retomar sus naves. Desembarcaron por segunda vez en El Realejo, en busca desesperada de comida y marcharon sobre Chinandega a la que saquearon y quemaron (CRÓNICA x).

Como la flota se encontraba en mal estado, Grognet y sus hombres enrumbaron a Guayaquil, donde había un buen astillero con algunos barcos que necesitaban capturar. Asaltaron el puerto, donde también obtuvieron cuantioso botín. En aquel asalto De Lussan capturó a una viuda, bella y rica, quien se prendó del pirata y trató de seducirlo para que dejase aquella vida tan llena de sobresaltos y se casase en cambio con ella. Aunque los piratas franceses eran muy galantes con las cautivas, la oferta no convenció a De Lussan, quien prefirió seguir con sus compañeros en actividades de robo y lucro.

En el asalto a Guayaquil pereció el capitán Grognet. Sin su guía y con los barcos maltrechos, el grupo de franceses e ingleses buscó la costa de Panamá para cruzar el istmo y volver a Santo Domingo, pero aquellas aguas estaban bien resguardadas por barcos españoles. Continuaron entonces hasta el golfo de Fonseca, hasta donde fueron perseguidos y cercados por una flota española.

No teniendo por donde escapar, los piratas quemaron sus barcos en una noche y se internaron por los caminos de Choluteca y Segovia. Pasaron por San Marcos de Colón, Somoto, Totogalpa y finalmente Segovia—hoy Ciudad Antigua—a la que asaltaron de paso, encontrándola despoblada, pues los vecinos españoles solían huir espantados a refugiarse en los montes, o quemaban los pastos y siembros para desalentar el paso de los corsarios.

De Lussan describe en su diario el éxodo por las tierras segovianas donde fueron con frecuencia emboscados por soldados españoles destacados en su persecución, a los que lograron siempre evadir, derrotar o burlar. En su apurado y asediado paso por suelo enemigo, los piratas apenas tuvieron tiempo para descansar, robar comida o tomar cautivos, que pudieran servirles de guía por tan desconocido territorio (CRÓNICA XI).

Los bucaneros llegaron al río Coco, en cuyas riberas construyeron unas balsas con las que se dejaron llevar por la corriente, sorteando peligrosos remolinos y raudales, hasta que finalmente alcanzaron el cabo Gracias a Dios, después de varias semanas de improvisada y peligrosa navegación fluvial. Ahí fueron socorridos por los Miskitos, cuyas costumbres De Lussan anotó mientras esperaba un barco que lo llevaría a Santo Domingo y luego de regreso a Francia.

En su libro De Lussan destaca el arrojo, atrevimiento y valentía de los piratas. Califica como cobarde la resistencia que oponían los españoles pues, según su opinión, preferían escapar sin dar batalla, desertando sus posesiones ante el miedo infundido por la presencia de los piratas. En una de sus páginas se lee un comentario—mas bien cínico—donde expresaba su decepción por el

escaso botín que obtuvieron los piratas, luego de la incursión a pie a Granada: "aunque graciosa y agradable como pareciera a los residentes, Granada no valía ni un penique a hombres que como nosotros, desprovistos de barcos, sin comida y continuamente asediados por innumerables enemigos, teníamos que estar en constante alerta, y donde se hizo todo lo posible para evitar que pudiéramos ganarnos la vida."

Una vez en Francia, Reveneau de Lussan conquistó fama y comodidad, gracias a las ganancias mal habidas en sus correrías y las que después obtuvo con la publicación de su libro, gozando de nuevo del aprecio y la galantería de la sociedad parisina.

IX

Los piratas desembarcan en la Bahía de El Realejo

1685

Piratas franceses merodean por tierras chinandeganas

El 22 [de octubre] nos encontramos aguas afuera de El Realejo, un lugar notable por las altas montañas que lo rodean y en especial por un minero de azufre en las alturas, situado varias leguas a barlovento, que está siempre ardiendo y cuyo humo se ve desde gran distancia.¹ Sin embargo, en la siguiente noche las corrientes nos llevaron 20 millas más adelante. El 24 despachamos cuatro canoas armadas con cien hombres para capturar algunos prisioneros de los que podíamos sacar información y consejo sobre esta costa, la cual no habíamos visitado antes.

Habiendo arrimado a la playa y desembarcado en ella el 25, alcanzamos una hacienda después de tres horas de marcha, donde tomamos de sorpresa a todos los mozos. Aquí nos dijeron que los ingleses habían capturado la ciudad de León y quemado la de El Realejo;² que los habitantes de Segovia, Granada, Sonsonate, San Miguel, San Salvador y Villa Nueva, ciudades cercanas a las anteriores, habían enviado gran número de refuerzos a León; pero que no se atrevieron atacar a los ingleses que permanecieron allí por cinco días enteros. Durante todo ese tiempo se enviaron mensajes a los refuerzos urgiéndolos a pelear. Todo fue en vano, ante la invariable excusa que las fuerzas aún no se habían reunido; en otras palabras: ya eran como seis contra una, pero preferían esperar hasta que el número se duplicara.

El 26 uno de nuestros lugartenientes, natural de Cataluña,

¹ El volcán San Cristóbal.

² Se refiere a la incursión dos meses antes, mencionada en la crónica de Dampier.

desertó y se pasó a las fuerzas españolas. Esto nos impidió para entonces marchar sobre Granada—de la cual hablaré después—pues estábamos seguros que él delataría nuestro plan para atacar la ciudad. Nos embarcamos por tanto en las canoas, el 27, y nos dirigimos al puerto de El Realejo, lugar convenido para encontrarnos con nuestra flota. No era conveniente seguir por la costa a causa del oleaje impelido por los vientos del sur, que levantaba las olas tan altas que aun era imposible toda aproximación. Seis de los nuestros trataron de nadar a tierra firme para llenar con agua unas pocas botellas que tanto necesitábamos, pero no lo lograron. Los españoles nos seguían constantemente a lo largo de la costa, junto a las entradas, y tuvimos tan mala suerte que uno de nuestros hombres murió ahogado.

El primero de noviembre alcanzamos la bahía de El Realejo, donde estaba anclado nuestro barco. La bahía tiene dos canales; de ambos, el oriental es superior porque es bastante estrecho. Este canal, sin embargo, está dominado por dos pequeñas colinas que sirven de hitos. Los españoles esperan erigir un fuerte sobre una de ellas. Un río espléndido, que lleva el nombre de la ciudad, desemboca en la bahía, que está enteramente rodeada por tierra. Circunscritas hay cinco islas, muy adecuadas para carenar barcos. De aquí sólo quedan tres leguas de viaje río arriba para llegar a la ciudad.

Antes de arrimar a ella en nuestras canoas, topamos con tres fuertes retenes contruidos para protegerla, los cuales se encuentran separados por un cuarto de legua sobre las riberas del río. Habían sido parcialmente quemados por los ingleses. A un tiro de mosquete de la ciudad los españoles habían levantado tres buenos muelles, usados para construir navíos. La ciudad en sí yace sobre la ribera del río y se encuentra rodeada por una campiña fértil, regada por una serie de riachuelos. Las iglesias y casas, aunque parcialmente destruidas, fueron en un tiempo espléndidas construcciones.

Este río particular, a propósito, tiene ocho ramales que pasan por varias villas, ingenios de azúcar y campiñas esparcidas

por la vecindad. Muchos de esos terrenos son poseídos por la élite de este pueblo o de las ciudades adyacentes, como León, la cual se encuentra sobre una planicie fértil a unas cuatro leguas de distancia. El día dos capturamos un par de estas fincas para llevar provisiones a los hombres que estaban carenando nuestros navíos.

Con una partida de ciento cincuenta hombres salimos el día seis a capturar los puestos de vigilancia de la ciudad de León. El ocho las tomamos de sorpresa, pero supimos que dos mil hombres se habían juntado y removido de la ciudad todas sus riquezas, escondiéndolas donde no las pudiéramos encontrar. Tuvimos que regresar a los barcos el día nueve.

Al día siguiente navegamos por unas dos leguas de la villa para capturar un gran ingenio de azúcar, al cual llegamos a medianoche; sin embargo no encontramos a nadie, pues cada cual había volado a la ciudad tan pronto como se propagó el rumor que habíamos capturados a los vigías. Cuando dejamos el ingenio y regresábamos a bordo nuestros guardas de avanzada se toparon con una partida de montados. Los nuestros abrieron fuego de inmediato y la ahuyentaron. Capturaron sin embargo al capitán. Después de interrogarlo supimos que estaba enterado de nuestro arribo, pero desconocía qué lengua hablábamos, tomándonos por una compañía de 280 mulatos que había salido antes en nuestra persecución, tan pronto como supieron de nuestro desembarco, la cual estaba supuesta a llegar al ingenio esa misma noche.

Preguntamos al capitán quiénes estaban bajo sus órdenes; nos contestó que era una partida de la caballería de León que guardaba el muelle del ingenio, pero que el gobernador de esta villa, sabedor que nosotros estábamos en la bahía de El Realejo, les había ordenado desalojar el lugar. Por este informe deducimos que nuestros contrincantes mantienen una fuerte guardia cuando no hay peligro, pero que retiran sus tropas cuando el enemigo se aproxima. Esto indicaba el temple de esos hombres. En efecto, si ellos tuvieran nuestra determinación y energía

combinadas habrían salido victoriosos, por ser en número superior, cada vez que nosotros atentáramos en su contra. La seguridad que teníamos descansaba cada vez y siempre en su cobardía tanto como en nuestro atrevimiento.

El día 13 salimos con una partida de 150 hombres para capturar una villa situada a tres leguas de la ciudad de El Realejo llamada Pueblo Viejo.³ Al pasar por aquel puerto lo encontramos absolutamente despoblado, abandonado ante la anatema que los mismos vecinos habían pronunciado con su propia determinación. Semejante ocurrencia parecería fuera de lugar; no obstante es un hecho que cuando los corsarios han atacado un pueblo varias veces, sus curas lo condenan, anatematizan y desertan. Tampoco se toman la molestia de enterrar aquellos que nosotros matamos pues los consideran, por la misma razón, indignos de la sepultura.

En la mañana de 14 llegamos a la ciudad de Pueblo Viejo, cuyos vigías habían sido advertidos, la tarde anterior, de nuestro avance. Encontramos al enemigo atrincherado en la iglesia mayor, con unos 250 soldados armados guardando el templo. Nos concentramos en estos últimos, a los que atacamos, dispersamos e hicimos correr. Aquellos que permanecían en el interior de la iglesia resistieron por media hora. Después escaparon por la puerta trasera de la sacristía que estaba libre. Nos quedamos día y medio en la ciudad, removiendo cuanta provisión pudimos cargar. Los caballos que logramos capturar fueron puestos también en servicio. Hacia el 16 habíamos regresado a bordo.

El día 18 volvimos por una hacienda que está a legua y media de esta ciudad. El dueño, a quien hicimos prisionero, nos advirtió cuando salíamos que seiscientos hombres nos esperaban cerca del camino por el que llegamos; no obstante nosotros ya habíamos seleccionado otro para regresarnos.

El 22 estábamos de nuevo seguros a bordo, con los prisioneros que nos habían prometido provisiones a cambio de libertad.

³ La población actual de El Viejo.

Para hacerlos cumplir, al día siguiente pasamos a uno de ellos por la espada, en el intento de agilizar el canje.

Un oficial español vino a visitarnos el 24, portando una carta del vicario general de la provincia—actuando bajo las órdenes del superior en Costa Rica, según parece—donde nos informaba que una paz de veinte años había sido arreglada entre Francia y España; que estas naciones se habían aliado para hacer guerra a todos los infieles y que, en vista de esta situación, no deberíamos seguir molestándolos. Que si deseábamos regresar a la Mar del Norte ellos nos permitirían retornar en perfecta seguridad, proveyéndonos luego de pasaje a Europa en los galeones de Su Majestad Católica. Enviamos una respuesta adecuada a esta propuesta, no sin ignorar la perfidia de los españoles hacia nosotros. Ellos esperaban persuadirnos, bajo este falso pretexto, que dejáramos nuestra posición, pues sabían por medio de un desertor cuan débiles nos encontrábamos.

El 26 carenamos nuestro barco y al día siguiente bajamos a 30 prisioneros dejándolos en libertad. El 28 estábamos en camino nuevamente, navegando en busca de nuestras dos barcas a las cuales esperábamos juntarnos, y con las que convenimos encontrarnos, en caso de separarnos, en la isla de San Juan.⁴ Cuando salíamos del puerto los españoles colocaron señales encendiendo fuegos a lo largo de la costa para indicar en qué dirección navegábamos.

Hacia el 3 de diciembre nos encontramos cogidos por una fuerte brisa del noreste a más de cien leguas mar adentro. Tocamos tierra el 5 y enviamos tres canoas armadas con 71 hombres a la bahía de Culebra.⁵ en busca de comida por la costa y a traer provisiones al barco pues las que llevábamos habían mermado peligrosamente, aun para aquellos que se quedaron a bordo y que llevarían la nave hasta la isla de San Juan. Los abastos que conseguimos en la bahía de El Realejo eran muy pocos porque

⁴ En la costa de Panamá.

⁵ En la península de Nicoya.

los españoles, viéndonos llegar, se los llevaron tierra adentro y nosotros no nos atrevimos, con nuestros pocos hombres, a aventurarnos al interior en su búsqueda, temiendo una traición adelante.

Desde El Realejo hasta la costa de Panamá se haya un número de pequeños abrigos que deben ser definitivamente conocidos para dar con ellos, pues quedan escondidos entre bosques y una vez dejados atrás es virtualmente imposible encontrar un atracadero a lo largo de la costa. ya que el oleaje es siempre fuerte y alto cada vez que sopla la menor brisa del sureste o del suroeste.

He observado una diferencia fundamental entre este océano y el Mar del Norte.⁶ No obstante la violencia del viento acá, una vez que se aplaca el mar queda calmo como un espejo; mientras que en el último, aunque el mar se haya calmado por varios días, las aguas permanecen agitadas como cuando el viento sopla sobre ellas. También he encontrado acá que los chubascos que vienen a sotavento son mucho más traicioneros que aquellas de barlovento. Por otra parte, en el Mar del Norte un barco es usualmente perturbado sólo por aquellos que se levantan a favor del viento. Estos mares tienen otra diferencia señalada: el Mar del Sur es calmo aguas adentro y agitado cerca de la costa, mientras el Mar del Norte es a menudo violento hacia adentro pero usualmente tranquilo junto a la tierra.

Extracto de
Raveneau de Lussan—Buccaneer of the Spanish Main
 por Marguerite Eyer Wilbur
 The Arthur H. Clark Company, Cleveland, 1930
 traducción y notas por Jaime Incer Barquero

⁶ El mar Caribe, en contraposición del Mar del Sur, el actual Pacífico.

X

Asalto a Granada por retaguardia

1686

*Corsarios franceses e ingleses asaltan Granada
e incursionan en los pueblos vecinos*

El 25 [de marzo] salimos los franceses e ingleses en un solo cuerpo, dejando el navío y nuestras dos barcas al abrigo del Cabo Blanco,¹ punto situado a 20 leguas a barlovento del lugar en donde esperábamos desembarcar. Los que se quedaron fueron ordenados que se mantuvieran en la guarda de las naves, salir seis días después y navegar entonces a lo largo de la costa, anclando junto a la playa donde encontrasen nuestras canoas.

El 7 de abril desembarcamos en costa abierta 345 hombres bajo el comando de un guía experimentado y nos internamos seguros entre los bosques. Después de viajar todo el día y la noche hasta las nueve, a pesar de nuestras precauciones, tuvimos la mala suerte de ser detectados por alguna gente de Granada que andaba pescando en un río a unas 15 leguas de su residencia.² No obstante la prisa con que emprendieron la fuga y la rápida noticia que llevaron a los españoles sobre el avance de los bucaneros, no dispusieron de suficiente tiempo para retirar todas sus posesiones, pues les íbamos pisando los talones. Para suerte nuestra, ellos no tuvieron las tres semanas de aviso que favorecieron a los habitantes de Lesparso,³ que detectaron el gran número de nuestras canoas cuando pasaron por la costa y estaban bien enterados de nuestras intenciones.

¹ Situado en el extremo sur de la península de Nicoya.

² El río Escalante, que desemboca en la bahía de El Astillero, donde según el obispo Morel de Santa Cruz desembarcaron los piratas.

³ Esparza, en Costa Rica.

Cansados por la marcha y sufriendo agudamente por el hambre, nos vimos forzados a parar el día 9 y pasamos esa noche en un gran ingenio de azúcar que estaba en el camino, a sólo cuatro leguas de Granada. Esta propiedad pertenecía a un residente de Santiago,⁴ un hombre al que no pudimos capturar a nuestra llegada porque estábamos muy cansados para perseguirlo.

Continuamos nuestra jornada el día 10 y cuando nos acercábamos a la ciudad divisamos desde una elevación dos barcos que se internaban en el lago de Nicaragua, distante una legua. Después supimos que transportaban todos los tesoros de Granada hasta una isla situada a dos leguas más al oriente.

Por un prisionero capturado en una villa sobre la ruta averiguamos que los habitantes de la ciudad estaban armados y atrincherados y que la ciudad había sido protegida por un fuerte muro cuando el lugarteniente, que desertó de nuestras filas, había dado aviso de nuestro propuesto arribo. También nos dijo que el lugar estaba fortificado con catorce cañones y seis falconetes y por último que seis compañías de caballería habían sido despachadas para atacarnos a retaguardia, tan pronto como nuestra avanzada entrara en la lucha y nosotros detrás de ella.

Semejantes informes que sin duda habrían estremecido de terror el corazón de hombres cualesquiera, pero no el de los bucaneros, no lograron desviarnos en ningún momento de nuestros planes originales; tampoco nos impidieron acercarnos a la ciudad, alrededor de las dos de la tarde de ese mismo día, donde nos tendieron una fuerte emboscada a las puertas. Aquí les dimos fuerte batalla que duró una hora y peleamos con tal denuedo que barrimos al enemigo con la pérdida de sólo un hombre entre los nuestros.

Entonces penetramos en la ciudad, deteniéndonos a la entrada en espera del aviso de una partida exploratoria enviada de antemano para reconocerla, ya que tuvimos vistazo de una fortificación al fondo de la calle por la cual avanzábamos. Poco

⁴ Hoy Jinotepe.

después regresaron algunos con la noticia que el fuerte era cuadrado y que más allá de la calle habían descubierto tres más, que interceptaban otras tantas que corrían paralelas a la fortaleza; que desde este punto ventajoso el enemigo podía vigilar cualquier cosa que corriese por esas avenidas, fácilmente dominadas por cañones y mosquetes.

No nos tomó mucho tiempo decidir cómo actuar, ya que obviamente éramos muy pocos para atacar esos varios puntos. Por esta razón, después de reunir a cuantos habían ido a la inspección y a los que se habían enfrascado en pequeñas escaramuzas, decidimos hacer un solo frente y avanzar por la calle principal por donde habíamos entrado atacándola con mucho éxito. De haber dispersado nuestras fuerzas por todas las calles nos hubiera cercado la caballería sin duda alguna, ya que nos pisaban los talones y se movían atentos a todos nuestros movimientos, decisión que no se atrevían a tomar mientras permaneciéramos juntos.

Dándonos ánimos unos a otros para ofrecer dura pelea avanzamos rápidamente hacia el fuerte. Cuando los hombres que estaban alineados en su defensa nos vieron por primera vez aparecer hicieron llover fuego nutrido sobre nosotros, pero cuando notaron que nos agachábamos en el terreno para dejar pasar las andanadas sobre nuestras cabezas, decidieron hacer el truco del tiempo falso; en otras palabras, esperaban que nos irguiéramos después de disparos falsos para ser blancos del verdadero fuego. Compenetrados de este ardid nos arrastramos pegados a las casas y habiendo ganado una posición más alta en las terrazas de un jardín peleamos a campo abierto por hora y media forzando al enemigo a retirarse y buscar cubierta. Mientras tanto, aquellos de los nuestros que estaban desafortunadamente al pie del muro, actuaron lo mejor que pudieron, abrumando a los enemigos con granadas que lanzaban con tanta insistencia hasta obligarlos a retirarse a la iglesia mayor, desde cuya torre lograron herir a varios de los nuestros.

Tan pronto como nuestros hombres, que estaban en terreno

alto, vieron al enemigo retroceder, nos llamaron para que escaláramos el muro. Una vez hecho ésto vinieron tras de nosotros. Ya asegurado el fuerte, y como resultado la ciudad, el enemigo escapó, habiendo perdido muchos hombres. De nuestra parte, por el contrario, sólo tuvimos cuatro bajas y ocho heridos. De éstos, debo confesar, solamente unos pocos se recobraron.

Una vez en el interior del fuerte encontramos que era suficiente amplio como para albergar a unos seis mil soldados. Estaba rodeado por un muro similar al descrito por nuestro prisionero, perforado por un número de rendijas para facilitar el disparo de los mosquetes. El lado que miraba a la calle lo defendían dos cañones y cuatro falconetes que prevenían cualquiera aproximación en esa dirección. Además existían varios agujeros al pie del muro erizados de estacas filosas, especialmente colocadas para cortar las piernas de quien osara acercarse a corta distancia. Todas estas instalaciones fueron destruidas por nuestras granadas para hacerlas inútiles al enemigo.

Habiendo entonado un Te Deum en la gran catedral, después de haber colocado cuatro vigías en la torre, pusimos guardas en las casas grandes que estaban bien fortificadas y suplidas de armas, reuniendo en estos lugares cuanto armamento y municiones pudimos recoger. Luego buscamos por todas las casas de la ciudad, pero sólo encontramos una pequeña cantidad de mercaderías y provisiones que llevamos a la casa de guarda.

En la tarde siguiente enviamos una partida de 150 hombres en busca de mujeres—para exigir por ellas rescate—y de ciertos valores que según escuchamos estaban escondidos en un ingenio de azúcar, a una legua de la ciudad, pero cuando lo visitamos el lugar había sido limpiado. Presintiendo peligro la partida regresó con las manos vacías.

Ese mismo día enviamos a una de las prisioneras a proponer a los españoles el rescate de la ciudad, pues de lo contrario quemaríamos el lugar. Ellos enviaron en respuesta a un padre o cura para que actuara como intermediario. Este hombre nos informó que los oficiales y vecinos estaban reunidos para discutir el

asunto. Uno de nuestros hombres que ellos capturaron—había caído agotado en el camino y los de nuestra retaguardia no lo vieron—les aseguró, desafortunadamente, que no teníamos la intención de quemar la ciudad, y que mas bien pretendíamos alcanzar el Mar del Norte por la vía del lago, y que esperábamos encontrar en la ciudad algunas provisiones para la jornada, que de otra manera hubiesen desaparecido en las llamas. Actuando en base a la confesión de este hombre los granadinos quedaron claros de cómo replicar a nuestra propuesta de rescate de la ciudad. Esta razón fue la que al final predispuso a algunos de nuestros más impulsivos camaradas para poner fuego al lugar, por puro despecho.

Mientras las ventajas ofrecidas para pasar al Mar del Norte por la vía de este lago habían sido contempladas por nosotros desde hacía un tiempo, no habríamos puesto reparo en ello en ningún momento de haber tenidos canoas disponibles para capturar a los dos barcos que salieron de la ciudad llevándose el tesoro, el cual había sido removido a una de las islas del lago, como dijimos antes. Esto hubiera compensado ampliamente nuestra desilusión por haber fallado en la captura de la flota española en aguas de Panamá, pero el final de las desventuras y tribulaciones que el destino nos deparaba estaban todavía por verse. Tampoco pudimos tener la oportunidad de abandonar esta costa de una vez por todas, encantadora y agradable como podía ser para los residentes locales, pero que no valía ni un meñique para hombres como nosotros, sin barcos, sin comida y asediados constantemente por innumerables enemigos que nos mantuvieron en suspenso e hicieron todo lo posible para impedir que nos ganáramos la vida.

Granada es una gran ciudad espaciosa, situada en un territorio adyacente a la costa bañada por el Mar del Sur. Sus iglesias son magníficas y las casas bien construidas. Tiene cierto número de conventos, de frailes y de monjas. La parroquia se localiza en una esquina de la plaza de armas. En la región adyacente no hay agua, disponiéndose solamente la que provee el lago de

Nicaragua en cuyas riberas se asienta la ciudad. En las orillas del pueblo existen buenos ingenios de azúcar, que mas bien parecen pequeñas villas; entre ellas figuraba la de aquel caballero de Santiago (en cuya casa dormimos en ruta a la ciudad), la cual contiene una iglesia vistosa y ricamente adornada.

Llevando con nosotros un cañón y cuatro falconetes salimos de la ciudad el día 15, seguros de encontrar oposición en la ruta antes de llegar al mar que estaba a unas 20 leguas. Esta sospecha no era infundada; 2,500 españoles estaban agazapados en espera de nosotros a un cuarto de legua de la ciudad, apuntando con sus cañones. No sospechaban, sin embargo, que nosotros cargábamos un tren de guerra y se quedaron pasmados al descubrirlo, de modo que después de hacer dos rondas de cañonazos de donde estaban emboscando, optaron por dejarnos el camino libre. No obstante, aunque muchos de sus hombres estaban regados en el terreno, nos tendieron una emboscada tras otra a lo largo del día en ciertos puntos donde esperábamos pasar. Pero en ningún momento tuvieron más éxito que el logrado en el primer intento.

Capturamos a uno de ellos, por quien supimos que en la casa del Contador de Granada se encontraba un millón y medio de piezas de a ocho en reserva para el rescate de la ciudad, en caso de ser capturada, cantidad que estaba emparedada en tal forma que no era visible. Esta información, sin embargo, no nos sedujo a regresar en busca del oro, principalmente por el peligro que significaba debilitar nuestras fuerzas a la vista del gran número de enemigos que nos acechaban por todos lados.

Esa tarde nos vimos forzados a abandonar los cañones, no sin antes haberlos desajustado, pues los bueyes que los halaban murieron de sed después de andar por varias leguas, bajo intenso sol y sin agua, en medio de nubes de polvo que levantaban hombres y bestias. No obstante, conservamos los falconetes a los que los cargamos en mulas que protestaron vigorosamente en contra del ultraje.

Paramos luego a descansar en una villa muy placentera

llamada Masaya, situada a orillas de una laguna. De aquí a donde estaba el agua la bajada era tan empinada que desde arriba un hombre parecía no mayor que un niño. Los indios nos recibieron con los brazos abiertos pero los españoles que escaparon. A sabiendas de la gran necesidad que teníamos de agua, botaron hasta la última gota que tenían en la villa, tratando de esta manera de forzarnos a bajar al anochecer a buscarla a la laguna, donde ellos nos tenderían una emboscada. Por suerte los indios que salieron a recibirnos se postraron a nuestros pies; nos rogaron que no quemáramos la villa y salvaron la situación ofreciéndonos en cambio suplir todas nuestras necesidades, particularmente de agua, a través de la jornada. Esta sumisión causó que atendiéramos su súplica, la cual cumplimos con más voluntad después que nos hicieron saber, en repetidas ocasiones, que ellos sentían más amistad para con nosotros que hacia los españoles.

Estos indios son una raza miserable a quienes los españoles mantienen oprimidos y subyugados en forma sutil, pues fingen tratarlos amablemente en el esfuerzo de ocultarles tiranías y crueldades, las cuales aquellos no fallan en perdonar con frecuencia. Ultimamente gran número de ellos han sido sacados de las montañas, donde se habían refugiado, para ser sometidos al yugo español. Han sido puestos a trabajar en la construcción de villas y ciudades para el solo beneficio de los españoles. De esta manera son esclavos virtuales, estando dominados por completo y siendo tan bárbaramente tratados que en las batallas son usados como si fueran parapetos. Si hubiéramos estado dispuestos a aceptarlos en nuestro grupo, por cualquier cosa que ofrecieran, pudimos entonces haber amasado con ellos un formidable ejército. No cabe duda que dándoles armas y asistencia habrían ya arrojado el yugo de sus despiadados opresores, a los cuales superan en tres veces el número.

Nos quedamos solamente un día en esta villa para que descansaran nuestros heridos, dos de los cuales murieron aquí de temblores que paralizaron el entero sistema nervioso. Esta enfermedad es tan mortal en este país que cuando ataca a un

hombre herido éste nunca recupera.

Ese mismo día los españoles nos enviaron a otro padre, demandando la libertad de un cura al que habíamos cogido con arma en mano y los bolsillos llenos de balas envenenadas. Pedimos en cambio al hombre que nos habían capturado hacía algún tiempo. Pero como ellos nunca satisficieron tal requerimiento, no nos quedó otra que llevarnos al padre hasta la costa.

El día 17 abandonamos esta villa y pasamos la noche tres millas más allá. Continuamos la marcha al día siguiente; tan pronto como dejamos el bosque y salimos a la llanura descubrimos quinientos hombres esperándonos en terreno alto, comandados por el lugarteniente catalán que había desertado nuestro grupo. Desplegaron una bandera roja en señal de que no nos darían cuartel. Al verla, arriamos bandera blanca y expusimos una roja como la de ellos. Marchamos entonces directo al ataque, sin arrastrar un cañón, a pesar que ellos nos disparaban nutridas descargas por todos lados. Cuando los tuvimos a tiro de pistola lanzamos nuestra vanguardia para forzarlos a retroceder, lo cual logramos a pesar de su extraordinaria osadía.

Les capturamos más de cincuenta caballos cuando escapaban. También dejaron en nuestras manos, de manera cobarde, muchas de sus armas y sus heridos. Se comprobó que estos hombres eran los refuerzos enviados de la ciudad de León para ayudar a Granada en contra nuestra, que regresaban a sus casas.

Después de un descanso de una hora continuamos el camino, pasando la noche en una pequeña villa, en la cual todos los habitantes habían volado. El día 19 dormimos en una hacienda; el 20 lo hicimos en una estancia, donde nos quedamos por varios días para recuperarnos de la dureza del viaje y recoger provisiones para llevarlas a bordo, donde las tales escaseaban en realidad como nosotros asumimos correctamente. Fui con 50 hombres en una partida de avanzada para llevar la noticia de nuestro regreso a aquellos que habían quedado guardando el barco. Hacia el día 26 el resto de los hombres llegaron a la playa, donde después de reembarcamos supimos que cuatro de los

nuestros que habían sido heridos en Pueblo Nuevo [?] habían fallecido, pero de hambre más que por las heridas.

El día 27 nos encontró navegando de nuevo con proa hacia El Realejo, en cuya bahía echamos ancla el 28. Mientras desembarcábamos los vigías de Pueblo Viejo nos descubrieron, lo cual no nos detuvo para llegar hasta allá al medio día. Los españoles habían sido avisados de salvar el pellejo a toda costa, pero como en ese país el calor es excesivo, tanto que es imposible viajar por los caminos en ciertas horas, nos dispusimos a holgazanear en la sombra, o tender nuestros cansados pies sobre la grama de la plaza en lugar de perseguirlos. Sin embargo, capturamos cien prisioneros en el pueblo, principalmente mujeres.

Después de permanecer unos dos días, colectando toda provisión que encontramos en las casas y capturando un centenar de caballos, una partida de los nuestros fue destacada el primero de mayo para trasladar nuestras provisiones a las riberas del río del Realejo, donde esperaban las canoas para llevarlas a nuestros barcos. Mientras tanto fuimos un poco más allá en busca de más provisiones, con la idea de cargar la mayor cantidad posible y no consumirlas tan rápidamente como las capturábamos.

El día 2 descubrimos un ingenio de azúcar del que tomamos seis calderos que acarreamos al día siguiente. Salimos el 4 a capturar una villa situada a dos leguas más allá de El Realejo, llamada Ginandego,⁵ donde unos pocos días antes los habitantes se nos habían atrevido temerariamente, así que fuimos a pagarle la visita. Ellos confiaban su seguridad a una trinchera que protegía la entrada, la cual estaba defendida por doscientos hombres. Habíamos pasado por allí el día primero, al rayar el día, pero el centinela nos descubrió y alertó a los españoles, quienes nos descargaron una andanada suelta, por lo cual decidimos vengar la ofensa de esos fanfarrones reduciendo a cenizas la entera villa.

Por los prisioneros que cogimos supimos que el Corregidor

⁵ Chinandega.

de León, que deseaba deshacerse de nosotros, había girado órdenes a todos sus tenientes de quemar las provisiones tan pronto supieran de nuestro avance. Las órdenes, para nuestra desgracia, habían sido ejecutadas no solamente en esta villa sino por todo el corregimiento, lo que nos puso al borde de la inanición y desató una extraordinaria racha de mala suerte que cayó sobre esta costa mientras estuvimos en la Mar del Sur.

Hacia el mediodía de esa misma fecha más de ochocientos hombres de León fueron observados congregándose en la planicie, preparándose para lanzarnos un ataque. El vigía que estaba de posta en la torre de la villa dió la alarma, haciéndonos salir de las casas donde nos encontrábamos dispersos. Ciento cincuenta de los nuestros, llevando banderas rojas, partieron al encuentro del enemigo, pero como no dió tiempo de ocupar posiciones, puesto que ellos avanzaban corriendo, no quedó otra alternativa que regresar.

Al día seis nos fuimos a embarcar; el siete carenamos nuestros barcos y reparamos las canoas. El nueve celebramos concilio para determinar el curso a seguir, sólo para encontrar que la opinión estaba dividida definitivamente.

Extracto de
Raveneau de Lussan—Buccaneer of the Spanish Main
por Marguerite Eyer Wilbur
The Arthur H. Clark Company, Cleveland, 1930
traducción y notas por Jaime Incer Barquero

XI

La travesía transistmica de los Piratas

1688

*Cruzando el istmo desde el Golfo de Fonseca
hasta el Cabo Gracias a Dios*

El primero de enero alcanzamos la tierra firme. Esa misma tarde se juntó a nuestras fuerzas la partida de avanzada que habíamos enviado en busca de caballos. Sesenta y ocho animales fueron capturados, junto con otros prisioneros que nos informaron de su propia voluntad que no convenía hacer el viaje por Segovia, puesto que los españoles conocían perfectamente nuestro propósito de cruzar el país. Pero habiendo tomado la decisión y como ya no disponíamos de los barcos para cambiar planes, no quedó otra opción mas que la de continuar con el plan original. Mientras tanto los hombres cargaban y metían en sacos toda la plata que esperaban poder acarrear, además de las armas. Aquel que iba sobrecargado con la primera, la pasaba a alguno que la había perdido jugándola, en el entendido que la compartirían una vez alcanzado la Mar del Norte, si Dios nos favorecía.

Yo, personalmente, no iba tan cargado. Aunque mi bolsa era liviana no la era en valores, pues había convertido treinta mil piezas de a ocho en oro, perlas y joyas. Sin embargo, como la mayor parte de estas ganancias fueron obtenidas en juegos, los que habían perdido—que eran unos 17 ó 18—lamentaban su regreso con las manos vacías y conspiraban para matar a los que llevaban más tesoro. Por suerte algunos amigos me previnieron. Esto no alivió mi ansiedad por completo, ya que es muy difícil en tan largo trayecto evitar el asalto sorpresivo de hombres con quienes se viaja junto todo el tiempo, a cuyo lado se come, bebe y duerme por necesidad. Ellos aprovecharían seguramente cualquier oportunidad para ejecutar sus planes durante las inevita-

bles luchas con los españoles, siendo capaces de cargar sobre nosotros en medio del combate. Sus atentados, sin embargo, los llevaron a cabo de otra manera, como se dirá adelante.

El temor que sentía por una traición no disminuyó el buen sentido y presencia de ánimo para unirme al grupo que me pareció más sano, con el cual mi vida podía estar menos expuesta, decisión que después resultó en mi salvación. Opté por distribuir entre varios camaradas lo que poseía, acordando con ellos me retornasen cierta cantidad convenida, una vez alcanzada (la isla de) Santo Domingo. De este modo me quitaba la ansiedad de estar continuamente alerta y me sentía menos expuesto al ataque de los que tratasen de conspirar en mi contra. Al dividir mis pertenencias entre varios socios les sería necesario dejar fuera de combate a muchos hombres para poder conseguirlos. Ciertamente tuve que pagar caro por esta precaución, pero no tanto como por la garantía que obtuve contra la muerte.

El retorno de la Mar del Sur a la Mar del Norte, atravesando el continente, se llevó a cabo por una ruta diferente a la que originalmente habíamos tomado. Partimos en la mañana del 2 de enero, después de haber dicho nuestras oraciones y hundido las canoas para evitar que cayesen en manos enemigas. Esa noche dormimos a unas cuatro leguas de la costa. El 3 a mediodía paramos en un hato para conseguir algo de comida. El día 4 vivaqueamos en una meseta entre elevadas montañas.¹ Durante todo este tiempo los españoles se enteraron de nuestra partida, a pesar de las precauciones tomadas, apresurándose para seguirnos el rastro. El día 5 dormimos en un hato, propiedad del teniente de Choluteca. En las rondas de este sitio el enemigo trató por primera vez de interceptarnos el camino.

Cuando paramos el 6 en otro hato, en busca de comida, encontramos sobre una cama del aposento la siguiente carta que nos dirigían—Nos encanta que hayan elegido nuestra provincia para pasar por ella en vuestro regreso a su tierra—sin embargo

¹ Cerca de San Marcos de Colón.

sentimos que no vayan más cargados con plata, pero si necesitan mulas para llevar lo que tienen se las enviaremos. Esperamos tener al general Francois Grognet pronto y dejamos a vosotros imaginar lo que los soldados harán con él.”

Por esta carta era obvio pensar que el enemigo desconocía sobre la muerte de Grognet, creyéndole en comando de nuestras fuerzas. La información se basaba únicamente en noticias que habían llegado a sus oídos, difundidas por los tres hombres que desertaron, pasándose a los españoles, cuando el capitán falló en la captura de las minas de oro de Tegucigalpa.

El día 7 descubrimos un destartelado parapeto que había sido levantado para emboscarnos. Esa noche dormimos en un hato. Los españoles trataban de aniquilarnos en toda forma posible, quemando los graneros a lo largo de la ruta. Cuando cruzábamos por las sabanas, donde el pasto estaba muy seco, nos pasaban a barlovento para prenderles fuego. Esto nos causaba grave inconveniencia, pues aun los caballos quedaban ciegos por el humo. A menudo era forzado esperar hasta que el fuego se extinguiera, lo cual retardaba el avance. Era exactamente lo que los españoles intentaban, dando tiempo a sus hombres para excavar trincheras—de las que tendré oportunidad de hablar adelante—a través del camino, sin que nos diésemos cuenta. Remover las barricadas de troncos nos causaba mayor problema aún. En consecuencia, sin conocer sus intenciones, asumimos que colocaban dichos obstáculos sólo para fastidiarnos, porque no podían hacernos nada peor o, hablando francamente, porque eran unos cobardes.

El 8 pasamos por una floreciente plantación de azúcar. Para suerte tomamos un prisionero que nos reveló lo que se tramaba, de modo que nos separamos. Veinte hombres nos quedamos emboscando en la casa-hacienda, después de haber puesto fuego a otra vivienda cercana para obligar a los españoles acudir a extinguirlo, haciéndoles creer que habíamos partido. En efecto vinieron, pero en la impaciencia nos descubrimos antes de tiempo, y ellos escaparon. En nuestra partida herimos y captu-

ramos un hombre. Por él supimos que todas las tropas disponibles estaban siendo reunidas para cortar nuestra retirada y que pronto enfrentaríamos a un grupo de trescientos soldados procedentes de Tegucigalpa. Abandonando al español herido, nos integramos al cuerpo principal que iba adelante y estaba esperándonos.

Al poco tiempo pasamos por una villa grande,² donde encontramos a los trescientos hombres que nos habían seguido constantemente, ofreciéndonos serenata de día y de noche con sus clarines. Esto resultó ser demasiado, tal como la música en el palacio encantado de Psiquis, ejecutada por seres invisibles, porque estábamos escondidos en un lugar tan cubierto de pinos que era imposible observarlos. Al caer la noche paramos a descansar a un cuarto de legua de la villa, sobre una pequeña eminencia, según acostumbrábamos acampar en alturas, en vez de sabanas, por el temor de ser rodeados.

En la mañana del 9 levantamos campo, después de reforzar nuestra avanzada con cuarenta hombres más, con la instrucción de disparar descargas en el bosque para repeler a los españoles en el evento de que cayésemos en una emboscada. Como a las diez pasamos por un lugar donde el bosque era tan espeso que apenas veíamos unos pocos pasos adelante. Aquí, sin poder descubrir al enemigo, cesamos de disparar. De pronto vimos de cerca lo que esperábamos de los españoles: acostados a ambos lados del camino nos dispararon tan precipitadamente que sólo la mitad de los guardas de avanzada tuvieron tiempo de responder al fuego. Mataron a dos de los nuestros, que sacamos del camino para esconder nuestras bajas al enemigo. De ahí fuimos en busca de comida a una villa³ que estaba en la ruta y pasamos la noche media legua más adelante.

Nos encontramos con otra emboscada el día 10, pero envolvimos al enemigo obligándolo a abandonar los caballos a nues-

² Somoto.

³ Totogalpa.

tro provecho. De aquí fuimos por comida a otra villa⁴ y descansamos en su vecindad durante la noche.

El día 11, cuando nos aproximábamos a Segovia,⁵ caímos en otra emboscada a media legua de la ciudad. Obligamos al enemigo a retirarse ante nuestro fuego; pronto estuvimos en la villa deseosos de pelear valientemente, pues pensábamos que si los españoles ponían resistencia la tendrían que hacer tras considerable esfuerzo. Sin embargo, nos desilusionaron, porque se limitaron a disparar unos cuantos tiros de mosquete, escudándose entre los pinos que salpican las colinas de los alrededores, donde corrieron a esconderse. Aquí no se encontró comida pues quemaron todas las provisiones.

Como la suerte nos seguía acompañando cogimos un prisionero que nos condujo al tan buscado río⁶ que estaba a unas veinte leguas, porque los que nos servían de guías no conocían el camino en adelante.

La ciudad está localizada en un hoyo, rodeada por montañas que parecen enclaustrarla; las iglesias mal construidas, pero la plaza era grande y bonita, así como las viviendas de los ciudadanos.

La región se encuentra a unas cuarenta leguas de la Mar del Sur, siendo el camino de acá hasta el punto de nuestra partida difícil de transitar pues corre por un país de altivas montañas y sobre cumbres llenas de peligro; los valles interpuestos eran tan pocos que por cada legua de planicie había seis de montaña. En ciertos momentos el paso de los montes era de un frío penetrante y la neblina nos arropaba tan espesa que apenas adivinábamos cuando amanecía. Esto, sin embargo, duraba sólo hasta las diez de la mañana, cuando la niebla desaparecía por completo y el calor que seguía al frío se volvía muy intenso, especialmente en las planicies donde no llega el aire fresco de las montañas.

⁴ Posiblemente Mozonte.

⁵ Hoy Ciudad Antigua.

⁶ El río Coco o Segovia.

Estábamos, por lo tanto, expuestos a cambios tan radicales a lo largo de la ruta, de día como de noche, que nos incomodaban seriamente. Sin embargo, la esperanza de alcanzar nuestro país nos hizo soportar con paciencia toda dificultad y sirvió como alas para llevarnos en nuestro derrotero.

Dejamos la ciudad el día 12. Subimos más montañas, donde fue bastante el trabajo de limpiar el camino de los obstáculos que nos tendían los españoles como barricadas. Dormimos esa noche en un hato, bajo los disparos que continuamente hacían llover sobre el campamento.

Una hora antes de la salida del sol, en el día 13, escalamos un montículo que parecía ventajoso para otear. Desde lo alto tuvimos vista hacia la ladera de una montaña, de la cual sólo nos separaba un angosto cañón. Ahí estaban unos mil doscientos o trescientos caballos, que al principio confundimos con vacas. Nuestros espíritus revivieron notoriamente al anticipar un buen festín para el día siguiente. Para comprobar la situación fue enviada una partida exploratoria compuesta por cuarenta hombres. Una vez de regreso nos informaron que lo que habíamos tomado por ganado eran caballos ensillados; que encontraron en el lugar tres trincheras separadas entre sí por un tiro de pistola, estando una sobre la otra a media ladera. Su posición descartaba por completo el camino que esperábamos transitar al día siguiente. Dominaba un guindo que corría paralelo al cañón, donde seríamos forzados a descender pues no existía otro camino ni tampoco otra manera para poder llegar a la costa del mar. También encontraron a un hombre que al descubrirlos los amenazó con un filoso machete que blandía.

Estas desagradables noticias cayeron como balde de agua fría sobre nuestros espíritus, en especial la información de los animales que suponíamos vacas y que habían restrañado tan agudamente el apetito. Sin embargo, no había tiempo para lamentaciones; era necesario buscar una solución para salir de la encrucijada puesto que los españoles, que se habían juntado de todas las provincias, estaban preparados a lanzar un ataque

masivo sobre nuestro pequeño grupo. El éxito de ellos estaba ciertamente asegurado, a menos que encontráramos una alternativa. Para muchos, en efecto, hubiera sido imposible delinear otra solución. Lo era también para nosotros—debo confesarlo—acostumbrados al éxito en toda aventura. Tal como he dicho, aun hombres de nuestra estampa no podrían romper la barrera defendida por diez mil hombres sin ser completamente aniquilados, tanto por razones de estrategia como por el tamaño de las fuerzas españolas que defendían el punto, a juzgar por el número de caballos.

Aun en el caso que nuestros hombres lograsen alcanzar la costa, sería imposible que bestias y carga pudiesen atravesar territorio tan abrupto porque, salvo por esta ruta, todo el territorio alrededor era densa floresta, desprovista de caminos o senderos, extremadamente rocosa en ciertos lugares y sembrada de troncos de árboles. Asumiendo como posible el escape, a pesar de los obstáculos, era preciso vencer primero a los españoles como una necesidad inevitable para poder continuar en paz nuestro camino.

Todas estas consideraciones fueron tomadas en cuenta; era fútil señalar las dificultades, en sí tan evidentes, si no se diseñaba un medio para superarlas o establecía un plan que fuera válido. Hice ver a mis compañeros que sólo cabía una solución: tratar de cruzar los precipicios, bosque, montaña y peñascos, no obstante lo inaccesible que parecían, intentando atacar al enemigo por retaguardia y aprovechar la ventaja de sorprenderlos desde lo alto. Expresé mi voluntad de arriesgar incluso mi vida en esta acción si ellos estaban dispuestos a secundarla.

Para que nuestros inválidos, prisioneros, caballos y equipaje no quedasen indefensos, a la merced de los trescientos hombres que nos venían pisando los talones a lo largo de la jornada, acampando por la noche a tiro de pistola de nuestra posición, convenimos en dejarles una guarnición de veinticuatro hombres con instrucciones para su seguridad - de las que hablaré luego - siendo una fuerza adecuada para batirse con un número

cuatro veces mayor de españoles.

Después de deliberar por algún tiempo sobre la situación y considerar estas razones, difíciles como eran, habiéndolas encontrado como las más factibles y practicables ante la circunstancia y - debo añadir - la única salida que nos quedaba abierta, resolvimos separarnos y poner manos a la obra.

Escasamente habíamos formulado el plan y reconocido cuidadosamente la elevación donde nos encontrábamos, así como la topografía de la montaña al frente donde estaban las trincheras españolas, cuando descubrimos un camino—el cual asumimos nos habían cortado—que salía de la más alta de ellas y continuaba hacia la derecha describiendo curvas por la ladera de la montaña. Esto era sin embargo todo lo que se podía distinguir, porque los árboles filtraban la luz de la tarde en tal forma que no era posible captar sino vistas ocasionales de su trayecto.

No habíamos tomado decisión de avanzar a la derecha o a la izquierda, o intentar el ataque a las trincheras por detrás, hasta que este camino la resolvió, pues era obvio que si lo tomábamos nos llevaría directo al enemigo. No obstante, para evitar decisiones precipitadas sobre una cuestión en la que teníamos tanto que arriesgar, mientras había luz, destacamos veinte hombres a un lugar encima de nuestro campo con el objeto de escoltar a un vigía, que en varios encuentros había demostrado ingenio y capacidad. Su misión era determinar qué puntos podían ser remontados fácilmente en la oscuridad de la noche para llegar al camino y lanzar un ataque sorpresivo sobre la retaguardia del enemigo apenas amaneciese.

Tan pronto como estuvieron de vuelta y reportaron sus observaciones nos preparamos para salir. Apilamos el equipaje para proteger a los enfermos y dejamos una guardia de ochenta hombres al cuidado de los prisioneros. Para convencer a los trescientos españoles que nos seguían continuamente, así como a los que esperaban en las trincheras, de que no abandonábamos el campo, dejamos órdenes al hombre en comando para que disparase al centinela en cada ronda y diera la voz de alerta

en las horas usuales. Le dijimos que si Dios nos favorecía le enviaríamos un mensajero dándole aviso y que si al cabo de una hora no escuchase más fuego, o viese que nadie regresaba, que tratasen de salvarse lo mejor que pudieran.

Habiendo terminado con estos arreglos dijimos nuestras oraciones calladamente para evitar que los españoles nos oyese ya que, como dije, apenas nos separaba un valle. Al mismo tiempo, doscientos de nosotros salimos al anochecer, bajo la luz de la luna. Al cabo de una hora escuchamos a los españoles que también estaban rezando por ahí cerca; luego lanzaron al aire unos seiscientos tiros de mosquete para intimidarnos. También hacían disparos durante las letanías, uno después de cada Ora Pro Nobis.

Continuamos nuestra ruta y pasamos toda la noche subiendo y bajando por un octavo de legua por un territorio compuesto, como mencioné, de rocas, bosques, montañas y hondos precipicios. Nos ayudamos con manos y rodillas que resultaron a menudo más útiles que las piernas, ya que era absolutamente imposible avanzar en posición erguida.

Al rayar el alba del día 14, después de haber dejado a nuestras espaldas el sitio más peligroso y alcanzado una posición elevada en la montaña, trepábamos en perfecto silencio dejando las trincheras españolas a la izquierda. Divisamos una patrulla sin ser percibidos, gracias a la neblina que como mencioné atrás no ralea antes de las diez de la mañana. Cuando la niebla se hubo levantado fuimos directamente al sitio por donde la patrulla había pasado y descubrimos que era el camino que esperábamos utilizar para llevar a cabo el asalto. Deteniéndonos acá por media hora para tomar aliento, y aprovechando la tenue luz del amanecer, marchamos por el camino en la dirección donde escuchábamos los rezos matutinos de los españoles.

Unos pocos pasos más adelante, desafortunadamente, topamos con un par de centinelas. Nos vimos forzados a disparar, lo que puso en sobre aviso a los españoles que nunca esperaron nuestro ataque por la trinchera más alta, confiados mas bien

que lo hiciésemos por la más baja. Unos quinientos que estaban en guardia, al verse acometidos y sin protección externa, quedaron tan confundidos que cayendo sobre ellos los cercamos, logrando escapar únicamente bajo el amparo de la niebla.

Esta inesperada situación descontroló sus planes y cambió tan drásticamente sus tácticas que aquellos que estaban en las otras dos trincheras corrieron a la más baja para acantonarse en posición de defensa. Los combatimos por una hora, parapetados en la primera trinchera que habíamos ganado, la cual estaba en lugar envidiable por su localización en lo alto de la montaña. Pero como los españoles no cedían terreno, pensamos que nuestros disparos no llegaban hasta donde ellos se encontraban. Impedidos de verlos a causa de la niebla y disparando locamente sólo a quienes abandonaban su posición, decidimos ahorrar parque y lanzarnos vigorosamente hacia la línea de fuego luchando con ardor y decisión.

Los españoles no retrocedieron, hasta que nos vieron frente a frente, justo cuando la neblina se había disipado. Su sorpresa fue tan grande que abandonaron la trinchera y escaparon hacia el camino que pasaba abajo. Esto les resultó en un gran impedimento, ya que el trayecto estaba sembrado de obstáculos y árboles que ellos mismos habían derribado, tanto para tener mejor vista de nuestra aproximación como para evitar que nos infiltrásemos en su campo. De modo que todas las medidas que tomaron en contra nuestra fueron en cambio contraproducentes para sus hombres, a tal extremo que desde las líneas capturadas les veíamos tan distintamente que hacíamos blanco en ellos. Luego los seguimos por corto tiempo, dándoles batalla sin cuartel. Finalmente, cansados de perseguirlos y hacerlos papilla, regresamos a las trincheras que estaban siendo asediadas por los quinientos hombres que primeramente ahuyentamos. Trataban de expulsar a los que habían quedado resguardándolas. Sin embargo, los obligamos a seguir por el mismo camino tomado por los otros españoles. Perseguirlos resultaba muy fatigoso, porque a lo áspero y quebrado del terreno se sumaba la difícil-

tad de remontar los árboles cortados para barricar y bloquear todos los pequeños senderos en la vecindad.

Nos dimos cuenta que estos españoles pretendían darnos tan poco cuartel, si la ocasión los favorecía, que aunque nosotros les capturásemos a alguien no intentarían rescatarlo. No obstante, a algunos dimos oportunidad, a pesar de sus amenazas, sin que hicieran el menor esfuerzo para aprovecharla. Esto no es para sorprenderse, pues nosotros tenemos la creencia—comprobada en muchas ocasiones—que los españoles, ya sea por orgullo o innata arrogancia, o por las órdenes que les dan sus comandantes antes de la batalla, no deben de esperar perdón de hombres como nosotros por quienes han jurado mostrar ninguna clemencia. Movidos, sin embargo, por la compasión de ver tanta sangre tiñendo las aguas del arroyo al fondo del guindo, perdonamos al resto y nos volvimos a las trincheras, habiendo tenido solamente una baja y dos heridos en toda la escaramuza.⁷

Los españoles entre otros, perdieron a su general, un viejo caudillo, que planificó las trincheras y hubiera tenido éxito ciertamente de haber nosotros atacado por donde él nos esperaba. No obstante, supimos que otro venerable capitán le advertía que vigilara la retaguardia, pero como parecía tan improbable que nosotros pudiéramos llegar hasta ella, el comandante replicó que tendríamos que ser hombres o diablos. Si éramos hombres, nos tomaría al menos ocho días alcanzar esa posición; si demonios, no importaba que precaución podía tomarse, pues seguramente la capturaríamos. De todos modos, haciendo eco a la sugerencia del oficial, destacó una patrulla a la retaguardia y colocó dos centinelas, que fueron aquellos que topamos.

Buscando por este general encontramos en sus bolsas varias cartas que le escribiera el gobernador de la provincia, indicando en detalle el número de hombres que le enviaba. Entre las cartas

⁷ La fallida emboscada tuvo lugar en la cañada del río Gualí, sobre el camino entre Susucayán y Quitalí.

estaba una del general de Costa Rica donde se leía lo siguiente:

“Carta del General de la Provincia de Costa Rica, escrita al Comandante-en-Jefe del Acantonamiento, fechada el 6 de Enero, 1688.

–Hice una sabia elección cuando le ofrecí el cargo para una empresa que nos daría reputación, si Ud. tiene la ventaja que me ha hecho creer. Le habría enviado cinco mil hombres si no me hubiese advertido que sólo mil quinientos le bastaban. Estoy seguro que un hombre de su vasta experiencia tomará todas las precauciones, especialmente al tratar con hombres con los que hay que ser duros.

–De lo que me han dicho de sus barricadas, parece inevitable que esos hombres serán aniquilados, con la ayuda de Dios. Le aconsejo coloque dos mil adentro y doscientos cerca del río por donde el enemigo espera llegar al Mar del Norte, para prevenir que alguno escape por las montañas. Don Rodrigo Sarmado, el nuevo gobernador de Tegucigalpa, encabezará trescientos hombres para rodearlos tan pronto como los ataquen y donde su equipaje sin duda se encontrará. Haga sus planes cuidadosamente, pues esos demonios hacen trucos a los que no estamos acostumbrados. Tan pronto como los tengan al alcance de tiro de pistola haga que sus hombres disparen en veintena para conservar sus fuerzas y cuando los ablanden griten para asustarlos y atáquenlos con sus espadas, mientras Don Rodrigo los ataca por la retaguardia. Espero que Dios favorecerá nuestros planes, hechos solamente para restablecer su gloria, y destruya a estos nuevos Turcos. Inspire a sus hombres coraje, déjelos que se benefician con su ejemplo. El cielo los recompensará y si tiene éxito tendrán oro y plata en abundancia pues estos ladrones van cargados de tesoros.”

Habiendo cantado el Te Deum en el campo de batalla, para agradecer a Dios por esta victoria, destacamos sesenta de los nuestros para llevar al resto la noticia del triunfo que al Altísimo le plugo concedernos. Los encontramos listos a caer sobre los otros trescientos españoles de que hablamos, los que tan

pronto supieron de la lucha en las trincheras y habiendo visto a los pocos que quedaron en nuestro campo, estaban fácilmente convencidos que el ataque se realizaba en nuestra desventaja. Creyendo como imposible que escalásemos la montaña, y seguramente dándonos por muertos, en lugar de correr al campo de batalla donde nos hubieran limpiado con la fuerza que tenían, fueron tan cobardes que lo único que hicieron fue enviar a uno de sus oficiales como negociador a donde estaba el resto guardando nuestro equipaje. Los nuestros lo entretuvieron en espera de noticias, antes de entrar en negociaciones. De este modo quedó comprobada mi idea que ochenta de nuestros hombres serían suficientes para vencerlos, o mas bien que la cobardía del enemigo era un hecho demostrado.

Por ellos supimos que tan pronto como iniciamos la lucha estos trescientos españoles habían avanzado cautelosamente hasta alcanzar una elevación que dominaba el campo, donde se detuvieron y luego enviaron al oficial con la siguiente demanda:

“Vengo a hablarles en nombre de mi general, para decirles que él no duda de sus amplias fuerzas y que son hombres de coraje, como lo han demostrado por donde en nuestra tierra han pasado. Sin embargo, deben darse cuenta que fuerzas superiores los podrían abrumar. Deben saber que mil hombres están atrincherados, con los que tienen que pelear, además de trescientos que ven ahora y doscientos cerca del río, a donde se dirigen en espera de cualquiera que logre escapar de la lucha. Si quieren ser prisioneros de guerra en manos de mi general, un hombre de gran reputación, seamos amigos y se les permitirá pasar a sus tierras. En relación con los hombres que los nuestros han capturado, el capellán ha perdido su perdón, después de rezar en honor del santísimo sacramento y de la virgen gloriosa, el cual fue prometido.”

Nuestros hombres, después de oírle hablar de esa manera quedaron alarmados, temiendo que el mensaje fuera verdad; pero descubriendo que nos acercábamos en la distancia, aún antes que hablásemos con ellos, recobraron el ánimo y le dieron la

siguiente respuesta, propia de quienes ya no tenían que temer:

"Aunque tuvieran suficientes hombres como para aniquilar los dos tercios de nuestras fuerzas, todavía tendrían que enfrentarse a más, y cuando quede únicamente un hombre, él continuará dándoles batalla. Cuando desembarcamos después de dejar la Mar del Sur, tomamos la determinación de cruzar, o morir en el intento, y aunque los españoles fueran tantos como el pasto de la sabana no nos infunden temor, pues nosotros los tenemos por cobardes. Pasaremos, a pesar de vosotros y continuaremos por nuestro camino no obstante las amenazas."

A nuestro arribo el oficial dejó el campo y montando su caballo se alejó. Observando que calzábamos las botas y montábamos en los caballos de sus compañeros, estremeció los hombros de sorpresa y se apuró para llevar la noticia a su gente. Tan pronto como se retiró—cuando estaba a menos de un disparo de mosquete—partimos a toda prisa para evitar que nos siguieran. Se nos hizo una descarga a la que respondimos con pistolas y machetes. Triste para ellos, porque no estaban montados; muchos fueron heridos, indicando que Dios aún continuaba favoreciéndonos en esta última batalla. Sin embargo, decidimos dejar que el resto escapara quedándonos solamente con los caballos. Una vez que destruimos su armamento fuimos en busca de nuestro equipaje y del resto de la gente que estaba acantonada en las trincheras. En esta batalla, como en las otras, tuvimos un hombre muerto y dos heridos.

Después de interrogar a ciertos prisioneros averiguamos que encontraríamos una trinchera más, seis leguas adelante. Temimos por tanto que los fugitivos pudiesen interceptar el camino de nuevo. En efecto, vimos desde la cumbre de las montañas un humo espeso, como señal para reunir a la gente que se había escondido por más de ocho días ante el temor de nuestra aproximación. Reconociendo el propósito, pasamos a descansar a unas diez leguas adelante, con la idea de levantar una barricada sobre el camino en un punto que era el único lugar por donde podían pasar, ya que las laderas en los alrededores eran más

pendientes que las que dejamos atrás. Para nuestra ventaja, les habíamos lisiado novecientos caballos, haciendo imposible la persecución. Tomamos el resto de las bestias para transportarnos al río en cuya búsqueda andábamos. Los animales fueron luego sacrificados y convertidos en carne salada para llevarla durante el viaje por el río.

El día 15 pasamos por la última trinchera, que no estaba terminada, sin encontrar la menor resistencia. Aparentemente había sido abandonada ante el terror infundido por nuestras últimas victorias. Descansamos en un hato, cuatro millas más adelante. El 16 paramos en otro situado a unas seis millas más allá. Finalmente, al día siguiente, después de dieciséis días de jornada, alcanzamos nuestro destino: el río de Segovia.

No perdimos tiempo; al instante nos internamos en el bosque junto a la ribera, cada cual cortando árboles a más no poder para construir los pipantes con los que bajaríamos por la corriente. Estos son, como cualquiera puede imaginar, una clase de botes propios para llevarnos río abajo con seguridad; pero en realidad son más simples. Lo que llamamos pipantes son cuatro o cinco troncos de una clase de árbol llamado mapou cuya madera flota con facilidad.* Después de quitarle la corteza los juntamos y atamos usando como cuerda una especie de bejuco que crece silvestre en estos bosques y que se adhiere tenazmente a los árboles como la hiedra, trepando hasta las ramas superiores. Una vez armado el pipante puede soportar el peso de dos o tres hombres, según sea su resistencia, y queda listo para navegar.

La mejor forma de navegar es erguido; aún así los pipantes se hunden dos o tres pies bajo el agua. Más adelante se indicará cómo nuestra aprensión estaba bien fundada. Fueron contruidos con capacidad para sólo dos pasajeros, de modo que pudieran pasar entre los raudales más incómodos - algunas de cuyas rocas ya teníamos a la vista - los cuales se incrementarían antes

* Posiblemente el árbol de balsa (*Ochroma lagopus*).

de alcanzar el mar.

Cuando la maravillosa flota estuvo lista, la arrastramos hasta la corriente. Llevaba cada cual largas pértigas para evitar quedásemos encallados entre las rocas más grandes, hacia donde temíamos nos podía conducir la fuerza de la corriente, situación que tuvimos que enfrentar en repetidas ocasiones.

Este río tiene sus cabeceras en las montañas de Segovia y desemboca en el Mar del Norte, en Cabo Gracias a Dios. Desliza su curso con terrible rapidez sobre un número infinito de rocas de tamaño prodigioso, pasando en medio de increíbles precipicios, por lo menos un centenar, que se encuentran de vez en cuando. Muchos de esos pasos no pueden ser recordados sin inspirar horror, pues son especialmente temidos, aun por los más intrépidos, cuando se escucha el ruido del agua despeñándose desde lo alto hacia insondables remolinos. Con todo, la situación era tan impositiva que solamente éstos que han pasado por tales riesgos pueden tener una idea adecuada de los peligros que entraña. Habiendo sido uno de ellos, recordaré hasta el fin de mis días los riesgos que tuve que pasar. En realidad, es imposible presentar un cuadro por acucioso que sea que pueda realmente mostrar su verdadero horror.

Fue por este río peligroso por donde descendimos; nos lanzamos a la merced de los raudales, montados sobre esas veloces balsas que normalmente, como dije antes, se sumergían dos o tres pies bajo la corriente, con el resultado que el agua nos llegaba invariablemente hasta la cintura. Esto, sin embargo, era una bobada comparada con la velocidad con que a menudo fuimos llevados, no obstante nuestro peso, hacia los remolinos de aguas espumosas. Nos estrellamos en ciertas ocasiones contra leños flotantes, a los cuales nos aferrábamos con la vana esperanza de salir a flote, situación que resultó para algunos verdaderamente engañosa.

No obstante la presencia de las cascadas, por pura buena suerte encontramos, tanto en la parte superior como en la inferior, una gran poza de agua tranquila que nos permitía buscar la

ribera, halar los pipantes y descargarlos. Luego, tomando el equipaje, mojado como estaba, lo cargábamos saltando de roca en roca hasta alcanzar el pie de la cascada. Entonces uno de nosotros regresaba; ponía el pipante de nuevo en el agua, dejando que la corriente lo arrastrara hasta donde estaba esperándolo el otro compañero. Sin embargo, si el que estaba abajo fallaba en agarrarlo cuando el pipante caía a la poza, la corriente se lo llevaba y se perdía. La pareja era forzada entonces a buscar un árbol y construir uno nuevo.

Cuando partimos nos advirtieron que procurásemos mantenernos juntos mientras bajábamos por el río, para asistirnos mutuamente en caso de accidente. Sin embargo, al final de tres días me di cuenta a qué peligros nuestros hombres estaban expuestos, (para entonces ya habíamos perdido varios pipantes), y me opuse al plan de continuar juntos. Señalé que no encontraríamos aquí españoles; no existía más peligro que el azar de descender por el río. Aconsejé mas bien dar a cada pipante un espacio de maniobra, de modo que el que iba adelante tuviera tiempo de despejar el campo al que le seguía, en caso que el primero fuera arrastrado por la impetuosidad de la corriente sobre las numerosas piedras que abundan regadas por todo el curso del río. Ya se habían producido colisiones de considerable daño en las cuales todos estuvimos en peligro de perecer.

Después me percaté—como también les sucedió a varios de nuestros hombres que habían pasado por similar experiencia—que esta precaución no fue en vano, especialmente cuando el pipante en que viajábamos se quedó entrampado en un cuello. Me vi obligado a salir del apuro cogido de un leño, mi compañero de otro, confiados a la merced de la corriente. Plugo a Dios llevarnos, como en efecto El lo hizo, donde la corriente era menos veloz, permitiéndonos alcanzar la ribera. No hubiera sido posible hacer esto si los otros pipantes nos hubiesen seguido muy de cerca. También aconsejé a los que llevaban la delantera colocar una pequeña bandera en el extremo de una larga vara, junto a los pasos más peligrosos. No se trataba de anunciar a los que

venían detrás de la proximidad de una cascada—que podía ser escuchada casi a una legua de distancia—sino para señalar con el banderín los mejores sitios donde desembarcar. Puestos en práctica estos métodos se logró salvar la vida a muchos de nuestros hombres, aunque algunos perecieron ahogados a pesar de todas las precauciones.

El número de árboles de plátanos que se encuentran en las riberas del río fue virtualmente la única cosa que previno que no muriéramos de hambre. Con las armas continuamente mojadas y la pólvora totalmente consumida nos era imposible ir de cacería, a pesar de las excelentes piezas que teníamos alrededor. Toda la carne de caballo que habíamos salado tuvimos que botarla en el río después del segundo día, porque no se pudo mantener bajo el agua sin que se perdiese. Los plátanos crecían porque los indios los cultivaban a lo largo de las riberas; también las inundaciones dejaban las cepas sobre las márgenes, donde se secaban, echaban raíces y así se multiplicaban.

A los pocos días de haber comenzado nuestro descenso por el río, encontramos las chozas de una tribu de indios llamados Albacuinan.⁹ Los perseguimos para quitarles comida. Muchos más viven tierra adentro de la ribera opuesta a donde estaban éstos, los cuales ni pelean ni comercian con sus congéneres que viven al otro lado del río.

En este lugar, los miembros de nuestra partida que habían perdido su dinero jugándolo, llevaron a cabo su cruel confabulación. Aquí me di cuenta que los avisos dados anteriormente no eran rumores infundados; porque estos malvados, habiendo tomado la delantera, se escondieron detrás de las piedras, cerca de la ribera por donde íbamos a pasar. Como cada uno de nosotros trataba de salvarse en la mejor forma posible, y por las razones expuestas descendíamos el río en parejas tan separadas unas de otras y tan indefensas, les dábamos tiempo para escoger a sus víctimas.

⁹ Nombre antiguo de los Sumus del río Coco.

Cinco ingleses, que ellos sabían eran los que cargaban con más tesoro, fueron asesinados y robados. Mi compañero y yo encontramos los cadáveres sobre la ribera y, francamente confieso, tal espectáculo me hubiera hecho temblar hasta las botas de haber llevado las pertenencias conmigo. Agradecí a Dios desde el fondo de mi corazón por haberme dado la idea de distribuir el botín entre los otros compañeros, especialmente cuando me di cuenta que yo era el siguiente hombre en pasar por ese lugar después de los ingleses. Aquí inevitablemente hubiera tenido que enfrentar los mismos riesgos. Ninguno de nuestra tripulación se dió cuenta de esta masacre, hasta que nos juntamos todos en la parte baja del río, cuando les relaté lo que había presenciado. Esto no sólo fue enteramente confirmado por la ausencia de los hombres asesinados, sino también por la de los culpables, que no se atrevieron a seguir con nosotros y a los cuales nunca volvimos a ver, ni saber de ellos.

El 20 de Febrero descubrimos que el río se había hecho más grande y espacioso que antes; desde allí ya no encontramos más raudales. Sin embargo nuestro avance se volvió más lento por el gran número de troncos flotantes y cañas de bambú arrastrados por las inundaciones, obstáculos que volteaban nuestras miserables balsas a menudo; pero como la velocidad de la corriente era un tanto más moderada, en esa localidad pocos se ahogaron.

Finalmente, después de haber descendido unas pocas leguas más, el río creció más bello, la corriente se volvió más sosegada y no volvimos a ver trazas de troncos ni rocas, aunque quedaban más de 60 leguas hasta el mar. Después de haber superado los horribles riesgos y peligros, donde la perspectiva de la muerte fue omnipresente, nuestro valor renació y el espíritu se levantó por el resto del viaje. Los que iban adelante esperaron hasta reunirse con los que venían detrás para descansar y continuar juntos rumbo al mar. Nos dividimos en grupos de cuarenta para fabricar canoas de mapou, utilizando la madera de los árboles que crecían en abundancia a lo largo de las riberas del río.

El uno de Marzo, el primer grupo de ciento veinte hombres, trabajando a la máxima velocidad, terminó cuatro canoas. Habiendo llevado agua a bordo nos embarcamos, sin esperar a los restantes ciento cuarenta que todavía estaban excavando botes. Tan grande era nuestro deseo de salir de las dudas—sobre si era hacia la Mar del Norte el rumbo que llevábamos—que resolvimos avanzar sin esperar a los otros. Después de seguir la corriente casi por instinto temíamos ir a parar a la Mar del Sur, porque ya no creíamos que la fortuna nos favorecería tanto, conduciéndonos al mar que nos llevaría a nuestra patria, tan largo tiempo añorada.

Los ingleses no se tomaron la molestia de fabricar canoas y avanzaron en sus pipantes para alcanzar la costa antes que nosotros. Allí encontraron surto un barco inglés procedente de Jamaica. Trataron de conseguir un salvoconducto del gobernador de la isla, porque no estaban autorizados para dirigirse a ella; pero el barco no los llevaba por menos de seis mil libras esterlinas, pagadas en anticipo. Esa gente realmente no estaba en condición de arriesgar esa suma, puesto que la mayoría de ellos, así como muchos de los nuestros, perdieron el dinero cuando sus pipantes se voltearon en el río. Se quedaron por tanto a vivir entre los indios de Moustique,¹⁰ que habitaban varias leguas a sotavento de la boca del río. Estos los han aceptado por las bisuterías que les han hecho llegar desde la isla de Jamaica.

Como el barco no estuvo disponible para los ingleses, ellos, muy diplomáticamente, solicitaron nuestro consejo con la esperanza que en reconocimiento a esta deferencia pudiéramos obtener permiso del gobernador de Santo Domingo para que los aceptase en esta isla. Recibimos sus noticias por dos indios de Moustique que nos enviaron con una embarcación, para encontrarnos a cuarenta leguas aguas arriba del río. Nos pidieron embarcar en ella únicamente cuarenta hombres, no tanto por el tamaño del bote sino por la poca provisión que llevaba. Sin

¹⁰ De la Mosquitia.

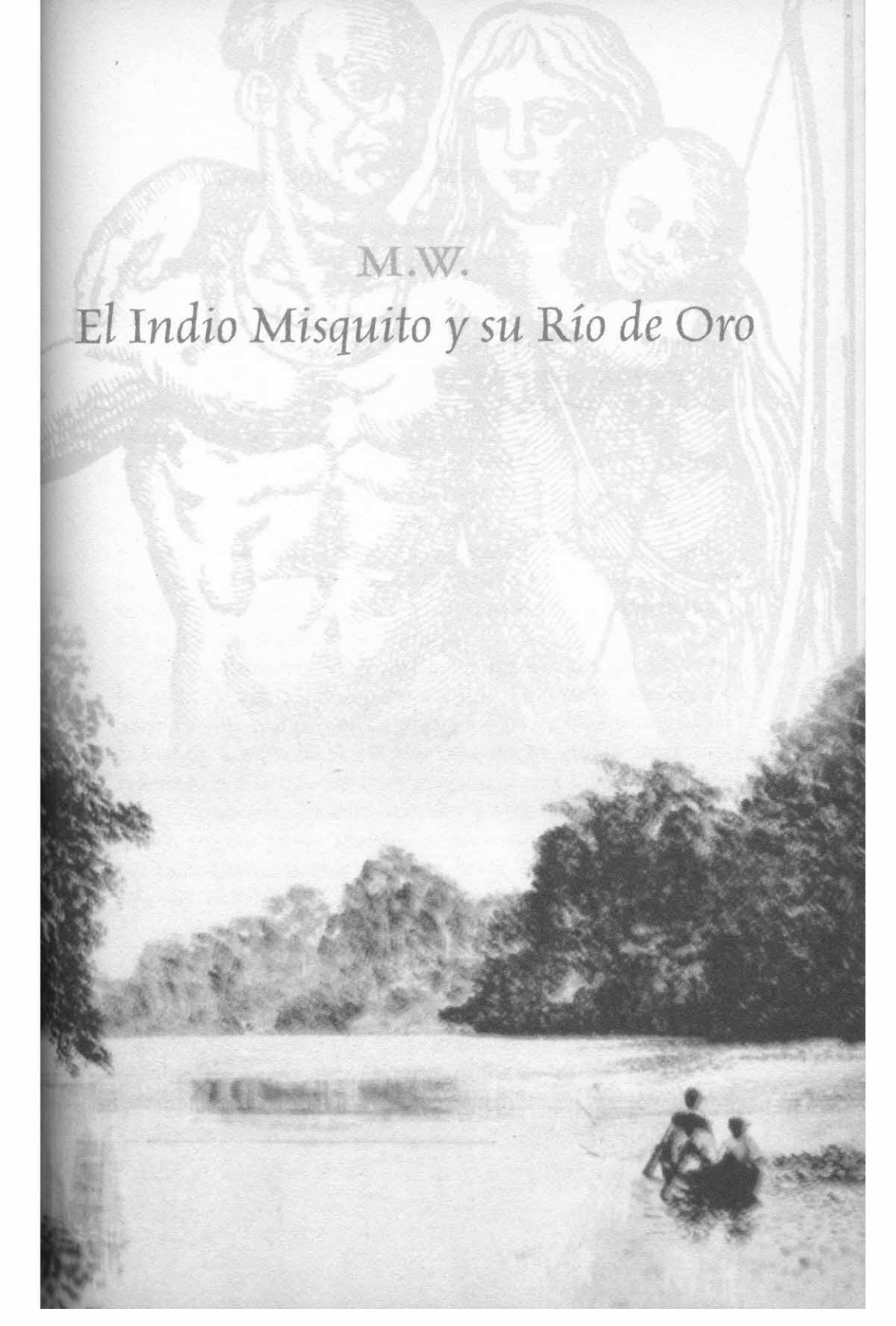
embargo, ciento veinte hombres de nuestra partida lo abordaron, cada cual insistiendo ser uno de los cuarenta escogidos.

Este río, que estábamos por dejar, aparece indicado en varios mapas españoles como si fluyera por ochenta leguas en línea recta antes de vaciarse en la Mar del Norte, pero de acuerdo con nuestras estimaciones habíamos navegado más de trescientas, generalmente hacia el sureste, para alcanzar el mar.

El 9 (de Marzo) llegamos a la boca del río, en el cabo Gracias a Dios, y salimos al mar que reconocimos—para nuestro regocijo—ser la Mar del Norte. Aquí nos vimos obligados a esperar un barco inglés que iba a las islas de Perlas, que se encuentran a doce leguas al este del cabo. Nos quedamos hasta el 14 con los mulatos que viven en el lugar, quienes nos aprovisionaron durante varios días con todo pescado que lograban coger con el arpón.

Extracto de
Raveneau de Lussan—Buccaneer of the Spanish Main
por Marguerite Eyer Wilbur
The Arthur H. Clark Company, Cleveland, 1930
traducción y notas por Jaime Incer Barquero

Texto original
Journal du Voyage fait a la Mer du Sud,
avec les filibustiers de l'Amerique
Paris, 1698



M.W.

El Indio Misquito y su Río de Oro



COMENTARIO A LA CRÓNICA DE M.W.

Existe una vieja crónica inglesa sobre la Costa Caribe de Nicaragua que data de finales del siglo xvii, la cual describe un viaje por el curso superior del río Coco—llamado Wanks o Wangki por los Miskitos—y presenta un recuento de los pocos asentamientos familiares que entonces existían corriente arriba. Por el carácter exploratorio de este viaje descriptivo e informativo, la crónica bien puede ser considerada como la primera geografía de la Costa Atlántica de Nicaragua.

Su autor no quiso legarnos su nombre, salvo las iniciales M.W., de ahí la sospecha que se trataba de algún pirata que había encontrado residencia entre los Miskitos. Por aquella época la piratería había sido proscrita y castigada por la misma Inglaterra, alarmada por los excesos de los bucaneros que en pasados tiempos obtenían concesiones, o mas bien patentes de corso, autorizadas por su gobernador en Jamaica.

En su narración M.W. ubica las fuentes del río Coco en las montañas de Segovia y sugiere que tomó parte del viaje río abajo cuando una partida de piratas ingleses y franceses pasó de la Mar del Sur (Pacífico) a la Mar del Norte (Caribe), obviamente refiriéndose a la travesía transistmica realizada—diez años antes de que apareciera su escrito—por otro pirata: Raveneau de Lussan.

En ese tiempo los Miskitos estaban poblando las vecindades del cabo Gracias a Dios, en cuya bahía, llamada originalmente Sitawala, se habían asentado sus antecesores en tiempos pretéritos. Según M.W., otras comunidades menores se extendían por el sur hasta Sandy Bay y hacia el oeste hasta el cabo Camerón en la presente costa de Honduras. Los Miskitos del Cabo había sido visitados con anterioridad por diversos piratas como Esquemeling, Dampier, De Lussan, y más tempranamente por corsarios franceses y holandeses, entre ellos Abraham Blauvelt—del que se derivó el nombre de Bluefields—y el capitán Wright quien al frente de 150 bucaneros fue el primer pirata, según se tiene noticia, que subió

por el río Coco auxiliado por los Miskitos para asaltar el pueblo de Segovia, hoy Ciudad Antigua, en 1654 según unos, o en 1665 de acuerdo con el obispo misionero Morel de Santa Cruz.

M.W. se internó en el río Coco atraído por unas lentejuelas doradas que las aguas arrastraban y que él creyó eran auríferas. En realidad se trataba de micas exfoliadas de erosionadas rocas de granito, que flotan y son arrastradas por el río desde sus fuentes en las montañas de Nueva Segovia. Los "güiriseros" de hoy en día las llaman "margasas" y descartan por ser de ningún valor.

M.W. nos ofrece primeramente una descripción del litoral caribe cuya costa, desde el cabo Camerón hasta el río Bragmans (Wawa), formaba parte del país o "reino" miskito. El territorio adyacente estaba sembrado de lagunas, más allá de las cuales se extendía una despoblada sabana de pinos de suelo muy estéril. Al sur del Bragmans se extendía el territorio de los alboawinneys (Albagüinas), nombre que entonces daban los Miskitos a los indios Sumus, sus enemigos naturales, a los que consideraban como gente muy salvaje.

Los Miskitos formaban en aquel entonces pequeños grupos familiares o clanes, al mando de un jefe que por lo general había adoptado el nombre de algún pirata inglés o francés, como William, Le Rouch, Labrín, Gaugh, Patrick, Glover, etc. Sin embargo, todos reconocían la supremacía del Rey Jeremy, mulato de unos 60 años de no muy agraciado aspecto, de mirada penetrante y voz "como de oso." Su padre—Oldman Primero—fue llevado por los ingleses a la corte de Londres, donde le entregaron un sombrero de encaje por corona y un nombramiento que consistía en un—irrisorio papel escrito—en que se le pedía ayudase a cuanto inglés pasase por sus playas proveyéndole de pescado, plátanos y carne de tortuga.

Dicho sea al respecto lo que el historiador Hubert Bancroft refiere no sin cierta ironía: Jeremy fue coronado en Jamaica y antes de concluir la ceremonia el asustado monarca comió a encaramarse en una palmera, de donde fue invitado a descender para poder

continuar con el protocolo de la entronización.

El “palacio” de Jeremy era un viejo rancho techado con palmas, abierto en los costados y sostenido por horcones. La corte real la componían los miembros de su familia: sus dos viejas esposas, tres hijas patizambas de color de nuez moscada y un joven fomido que se decía sukia o hechicero. Contaba también con unos cincuenta sirvientes, entre hombres, mujeres y niños, además de unos cuantos indios salvajes considerados como sus esclavos. El reinado de Jeremy abarcó de 1687 a 1719.

En su desembocadura el río Wanks, o río Dorado según M.W, existía una pequeña isla arenosa muy visitada en la época seca por los nativos para pescar, oficio que ejercían con un pequeño arpón o lanza, con tal destreza arrojada que acertaban el tiro únicamente guiados por la onda que en el agua producía el pez cuando nadaba a dos o tres pies de profundidad.

Al sur del Cabo se abría la extensa laguna de Guana (Bismuna), cuyas orillas estaban deshabitadas a causa de la abundancia de mosquitos. Más allá se encontraba Sandy Bay, importante comunidad miskita compuesta por una docena de ranchos que albergaban a unas cuatrocientas personas. Sus principales líderes adoptaron los nombres de algunos piratas que vivieron en esa localidad, ya que los miskitos solían entonces no tener nombres, ni siquiera en su propia lengua, según señala M.W.

Otras pequeñas comunidades se extendían hacia el sur, entre las cuales vivían algunos ingleses, de esos aventureros que protegidos por los Miskitos se quedaron a vivir con ellos después de la incursión del capitán Wright, incluyendo un prófugo de la lejana isla San Kit (San Cristóbal) que escapó de la justicia en una canoa, arribando a la costa impulsada por los vientos a través de 300 leguas de mar abierto.

Al sur de los Miskitos habitaban los Albagüinas, quienes no obstante habitar en tierra adentro, solían bajar a las playas durante el verano para recoger sal. Para tal efecto sumergían rápida y repetidamente un tizón encendido en el agua de mar, cuyas gotas

evaporadas por el calor dejaban un residuo salino que los indios luego raspaban. De esta manera tan primitiva lograban obtener una libra de sal gris al cabo de media hora.

Subiendo por el río Wanks M.W. visitó varios asentamientos situados sucesivamente aguas arriba. Estaban habitados por pequeños grupos familiares al mando de un jefe o "capitán," algunos de los cuales eran mulatos, mezcla de Miskitos con negros africanos procedentes de Guinea, luego que un barco con cargamento de esclavos naufragó frente a esta costa alrededor de 1640. Es interesante saber que de alguna manera los negros, a pesar de su desventurada procedencia, una vez alcanzada la tierra firme, se impusieron a los indígenas y que en los lugares donde se mezclaron lograron ejercer cierta supremacía sobre estos últimos.

En las orillas del río crecían grandes árboles, arbustos y carrizales, tan densos que sólo permitían el avance tierra adentro a punta de machete. También existían grandes espacios abiertos, verdaderos pantanos igualmente intransitables durante la época lluviosa. Mas allá se abría la extensa y ondulante sabana con muchos pinos esparcidos, donde la tierra era "tan árida y tostada por el sol, que no admite la siembra de árboles frutales, ni de maíz." Era el dominio de los venados, de iguanas y garrobos, acechados por algunas fieras que se alimentaban de los animales que encontraban en este lugar su único hábitat.

La serenidad del río se quebraba tierra adentro, al inicio de los raudales, donde el territorio de los Miskitos encontraba su frontera interior, pues más allá vivían los alboawinneys y los oldwaves (¿Woolwas?), sus encarnizados enemigos, a tal extremo que según M.W. "todos los veranos los Miskitos invaden esta región y se les llevan sus mujeres y niños para hacerlos esclavos, y matan o hacen huir a los hombres y las viejas." A manera de revancha, cuando aquéllos aprisionaban a los Miskitos, los mataban y asaban su carne, que consideraban como exquisito bocado, confirmando de esta manera "que la venganza es dulce."

En otra parte de su narración M.W. se refiere a las costumbres de los Miskitos. El haber morado entre ellos le permitió conocer con más detalles la forma de vida de los indígenas, siendo su descripción más completa que las narraciones de los otros piratas escritores que visitaron el cabo Gracias a Dios antes que él, pero de manera más efímera.

En efecto, el autor describe la importancia de los sukias o brujos entre la comunidad y la forma como ejercen curaciones canturreando junto al enfermo, aplicándole hierbas o succionando la herida o contusión en la parte afectada. Estos hechiceros ejercían gran influencia sobre la población supersticiosa a través de sus consejos y ritos. Durante las ceremonias el sukia entra en trance, pronuncia palabras ininteligibles e invoca en medio de su alucinación al wallafoe—gualasá, el demonio—antes de adelantar algún veredicto o predicción ante la crédula audiencia. Esta se reunía con el propósito de celebrar una orgía donde liban copiosamente el mushelaw—mishla—una bebida embriagante, producto de la fermentación de bananos cocidos, piñas o coyoles en agua recogida en la concha de una tortuga.

Aparentaban los Miskitos no tener religión, si bien creían en el más allá y aunque invocaban a gualasá no creían en el infierno.

También se refiere M.W. a las costumbres matrimoniales de los indios, las habitaciones comunales, sus vestimentas ceremoniales y a los taparrabos comunes, hechos de algodón o de la corteza del tuno. Los Miskitos eran fuertes y de buena textura; expertos cazadores y pescadores, utilizando sus pipantes que son canoas de madera alargadas excavadas de un solo tronco.

M.W. termina la descripción del "reino" de los Miskitos, observando la riqueza natural del ambiente donde viven, incluyendo sus producciones y frutas. Llama la atención el uso del banano ya introducido en su territorio en tan temprana época. Entre otras plantas mencionadas se encontraba la safadilla, el mammo y el monelo, (léase jocote, mamey y vainilla). Entre la fauna abundaban los venados, perseguidos por pumas y panteras. Los tigres

eran muy temidos por su fortaleza, capaces de matar a una danta y arrastrarla por muchas millas en el interior de la sabana. También se refirió a la fauna avícola, tanto la que habitaba en los bosques, como los quawmoes y corafoes—pavas y pavones—como la que poblaba los ríos y lagunas, donde abundaba gran variedad de peces, no sin dejar de mencionar al manatí, cuya corpulencia y hábitos llamaba la atención a cuanto europeo pasaba por esas costas y saboreaba su carne.

XII

Descripción familiar del Reino Misquito en América

1699

*Verdadera Relación de las extraña Costumbres, Modos
de Vivir, Supersticiones, Religión, Borracheras, Guerras,
Casamientos, Entierros, etc. de esa Gente Pagana; junto
con una Descripción de los Productos de su País*

El país o reino Misquito se extiende a lo largo de la costa más oriental de Honduras, sobre el Istmo de Sur América o Peruana. Su longitud de norte a sur, medida sobre la costa es de unas 285 millas, aunque no en línea recta, sino así: del Cabo Camarón (su parte más septentrional) al Cabo Gracias a Dios hay 40 leguas en dirección SE-E.; del último cabo mencionado a Sandy-bay, 18 leguas S.; de allí a un río grande llamado Brangmans,¹ 18 leguas SW-SSW; luego continúa por 19 leguas hacia el SW-S., donde otra nación de indios salvajes reclama el comienzo de su territorio y viven en perenne enemistad con los indios Mosquitos.

Estos indígenas son burdos y negligentes en su forma de vida, tanto como aquéllos pero, considerando que han tenido cierto comercio modesto con los ingleses, se ufanan de ser una clase notable de gente, prefiriendo que los nombren Mosquitos, para distinguirlos de sus vecinos a los que consideran como salvajes y llaman Alboawinney (Albagüinas).²

Pero antes de distraer la atención del lector sobre las maneras y costumbres muy extrañas de ambas tribus, lo llevaré a través

¹ El río Wawa, al sur de Puerto Cabezas.

² En lengua miskita significa peroyativamente "gente esclava" y se aplicaba a todos los grupos Sumus o Mayangnas.

de cada riachuelo y rincón de las partes habitadas de ese país, para ofrecerle una visión general, como si él mismo hubiese viajado ahí a propósito.

Como a tres leguas al oeste del Cabo Camarón se encuentra una cadena de elevadas montañas que se dirigen rumbo SW-S., por más de 80 leguas, hacia un pueblo español del interior llamado Segovia,³ que un capitán inglés de nombre Wright saqueó hace muchos años durante una travesía desde la Mar del Sur, según me dijeron algunos miembros de su compañía, que desde entonces viven entre los indios Mosquitos. Estas montañas están despobladas, salvo por las bestias salvajes; se sospecha que tiene minas de oro, debido a ciertas partículas doradas o lentejuelas que sus riachuelos arrastran en varios lugares, de las que trataré más extensamente cuando hable del gran río de Cabo Gracias a Dios, que discurre por la vertiente sur de esas montañas.⁴

Al oeste del Cabo Camarón la costa es escabrosa en su mayor parte y el territorio montañoso se acerca al mar hasta llegar a la bahía de Truxilla (Trujillo), donde los españoles se han establecido y producen gran cantidad de zarzaparrilla y otras drogas, cocos, cera de abejas, etc. Los veleros de Jamaica, así como los de Francia y Holanda, realizan contrabandos, ya que les quedan en el camino a la bahía de Honduras.

Tierra adentro, entre las montañas cerca de Truxilla y la cabecera de un río llamado Potucke (Patuka) (que baja de las referidas montañas y desemboca entre el Cabo Camarón y el de Gracias a Dios), cuya boca es llamada por los ingleses Brewes Bougue o Boccho (laguna Brus, o Boca), habitan dos distintas naciones de indígenas, que viven en las riberas de los riachuelos que bajan de dichas montañas.⁵ Estos indígenas se mantienen de la caza y pesca y son enemigos mortales de los Mosquitos. Sin embargo, no tienen comercio ni relación con ningún europeo,

³ La actual Ciudad Antigua.

⁴ Se refiere al río Coco, llamado por los españoles Segovia y Wanks por los Miskitos.

⁵ Se trata de los Payas y los Sumu-Tawakas.

salvo un grupo pequeño que, más por temor que voluntad, hacen trueque con unos pocos españoles que viven en las cabeceras del río.⁶ Dos de éstos son unos frailes que vinieron de Guatemala para convertir a la gente al cristianismo y bautizar a sus hijos;⁷ pero, según las quejas de los indios, parece que estos religiosos cobraban muy caro por sus labores espirituales, despojando a los indios de todos los productos beneficiados del país, tales como vainilla, pita, miel, cera y cocos, sin contar con la servidumbre que les imponían. Los indígenas aborrecen por naturaleza todo trabajo, menos si no les beneficia, salvo el de cazar, pescar, etc.

Fue por esta razón que los Mosquitos mataron a más de cincuenta españoles hace unos 60 años, entre ellos varios frailes que vivían con ellos: unos en Cabo Gracias a Dios, otros en la bahía de Guana (laguna Wani o Bismuna) situada a cuatro leguas más al sur, y al resto por el mencionado río Brangmans.⁸

Recorrido a lo largo de la costa

Los Mosquitos viven a lo largo de la costa, muy junto al mar, desde el Cabo Camarón hasta el de Gracias a Dios, o en las riberas de algunas lagunas litorales. Para ser más exacto en la información diré los nombres, si es que tienen, de todos aquellos jefes que viven en este país, tanto como pueda, incluyendo el número de sus respectivas tribus o familias: partiendo del Cabo Camarón, el primero es uno que habla un poco de inglés y se auto nombra Capitán Mr. William; tiene 30 familiares que habitan en

⁶ Las cabeceras del Patuka, formadas por la confluencia del Guayambre y el Guayape se localizan en el valle de Olancho, en ese tiempo colonizado por los españoles.

⁷ Posiblemente se refería a los franciscanos enviados por fray Fernando Espino a la conquista del Xicaque. (Ver *Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua*. Crónicas de Jaime Incer Barquero. Colección Cultural de Centro América. Serie Cronistas No. 6. Managua, Nicaragua, 2002)

⁸ En 1623 los Albagüinas mataron a Cristóbal Martínez y a otros dos franciscanos que misionaban cerca del Cabo Gracias a Dios, según las crónicas de fray Francisco Vázquez. Bien pudieran ser los mismos frailes mencionados por M.W., quien escribió su narración a finales de ese siglo. (Ver el capítulo X "Nicaragua: Viajes, Rutas y Encuentros" de Jaime Incer. Libro Libre, San José de Costa Rica, 1990)

una laguna situada a unas ocho leguas a barlovento de dicho cabo (Ebo). A la misma distancia, pero más hacia el SE viven otros 50, la mayoría Mulatos, mezcla de indios y negros.⁹

En Brewes Bougue y más adelante hasta el Cabo Gracias a Dios, cerca de la costa, existen muchas familias dispersas de Mulatos y algunos indios, especialmente cerca de Black River (río Tinto), que dista no más de cuatro leguas del cabo mencionado.¹⁰ En las riberas de este río viven más de 100 personas y muchas más al lado de una gran laguna cercana (Caratasca) que conecta con aquél por un caño escondido, donde las canoas pasan debajo de un toldo de árboles. Los principales capitanes de estos indios se llaman así mismos Le Rouch, Bremmin, Old Brewer y Gaugh. Este último es el más estimado por la gente ya que, según lo nombran, es un Succhea (sukia), es decir un curandero invocador.

Pero dejando este tema para más adelante, me propongo ahora recorrer la costa de norte a sur y luego viajar aguas arriba del gran río Wanks (Coco), o Río de Oro, así llamado por las relucientes lentejuelas amarillas que brillan sobre ambas riberas y que el río arrastra entre la corriente. Continuaré luego visitando a la gente en sus casas y hablaré de sus maneras, orgías, conjuros y otras cosas.

El Cabo Gracias a Dios se encuentra a 15° 10' de latitud norte, a la mitad de la costa. Está formado por una pequeña isla cubierta de árboles, vecina a otra isleta llamada Sandy Key que dista un tiro de mosquete en dirección sur. Esta última conforma el extremo más oriental de la Costa Mosquitia.¹¹

Estas islas están también separadas por un tiro de las riberas de ambos lados y se encuentran atravesadas en la propia desembocadura del río Wanks, o Río de Oro, del cual se ha hablado mucho en Europa en los últimos tiempos. Ingleses y franceses han perdido su tiempo, buscando oro en el río infructuosamente

⁹ Los africanos eran esclavos que naufragaron en esas costas alrededor de 1640.

¹⁰ Aquí el autor confundió la desembocadura del Tinto con la del Patuka, mas próxima a Caratasca.

¹¹ Sandy Key es la actualmente llamada isla de San Pío.

y en sus alrededores. Daré la más exacta referencia posible de esa materia reluciente, pues la descubrí a todo lo largo de 330 millas de corriente a partir de la boca o entrada del río.

En el Cabo no residen los indígenas en forma permanente, pero en el verano acuden en gran número a Sandy Key donde viven de la pesca por uno o dos meses. La necesidad los ha dotado de extraordinaria destreza en eso de capturar presas. Usan sólo una pequeña lanza o arpón que arrojan por 20 ó 30 yardas a un solo pez. No lo ven en el agua, salvo por una pequeña ondulación que llaman el rastro del pez. Por ella adivinan a qué profundidad nada debajo de la superficie, que puede ser de dos o tres pies. En este ejercicio rara vez pierden la presa.

Este grandioso río desagua en el mar por dos ramales: el uno pasa a no más de un tiro de pistola al norte de la isla y tiene por lo general cuatro o cinco pies de agua, debido a una barra de arena que los vientos alisios, llamados brisa del mar, empujan contra la costa; el otro, al sur de Sandy Key, es más del doble de ancho y dos veces más profunda el agua sobre la barra.

Cuatro leguas al sur del cabo esta la entrada de una gran laguna que se extiende por 10 leguas tierra adentro en dirección SO, y aún más allá hacia el oeste. La salida al mar, (hoy llamada Door Bila), es algo estrecha pero navegable por pequeñas embarcaciones; haría un puerto muy conveniente si cualquier europeo fundara ahí un establecimiento algún día. Los indígenas llaman a esta laguna Guana Sound (laguna Wani, actual Bismuna). Toda esta parte de la costa, desde el cabo anterior hasta Sandy Bay, situada a unas 18 leguas hacia el sur, está despoblada debido al gran número de insectos llamados, en otras parte de América, mosquitos por este lugar donde tanto abundan. Hace algunos años, unos cuantos franceses se asentaron en las orillas de esta laguna, pero fueron expulsados al poco tiempo por esos fastidiosos insectos y por la falta de alimentos.¹²

¹² En otras versiones se dice lo contrario: que los insectos dieron nombre a la Costa Mosquitia, (y a los indios que vivían en ella), como es más lógico suponer.

En la parte norte de Sandy Bay habita otra familia de indios, bajo el mando del Capitán Jacob. Viven a la orilla de un río llamado Boccho-Stinko (Sanawala) que corre al mar dando salida a una gran laguna (Páhara) que mide 13 leguas de norte a sur, y cuyas riberas apenas distan del mar una o dos millas caminadas.

En medio de Sandy Bay vive con su familia un capitán indígena, de nombre Pickaree, muy estimado entre los vecinos por su valor y éxito en las guerras contra los indios salvajes que llaman Alboawinneys. Este individuo tiene vigías en la costa para no dejarse sorprender por los españoles, o los piratas, aunque estos últimos, según creo, son bienvenidos por los indios.

A unas tres leguas de la costa, tierra adentro de Sandy Bay más allá de la laguna, se encuentra el poblado principal de esta gente: unas doce casas dispersas con 400 personas entre todas ellas y los alrededores. Está ubicado dentro de una vasta y desolada planicie, que ellos llaman la Sabana, sobre la cual daré más detalles al referirme al gran río Wanks que la limita por el norte. Las capitanes más famosos del poblado son Franck, Kitt, Morgan, Antonio, Labrin, etc., quienes han sido últimamente nominados así por algunos piratas ingleses y franceses que arriaron a esta costa por necesidad. Estos son objeto de la atención de los nativos quienes de otra manera no se distinguirían por ningún nombre, al menos en su propia lengua.

El rey mosco

Tres leguas más al oeste, en la sabana, al lado de un río corto y placentero que desemboca en la laguna y llaman los ingleses King's River (Slim Awala), se encuentra el palacio del viejo rey Jeremy, que en verdad no es sino una vieja casa de palma, como las demás, abierta por todos los lados. Se apoya sobre unos postes separados por 16 pies entre sí, con los aleros que caen hasta unos cuatro pies del suelo. El techo es muy encumbrado, cubierto de hojas tan mal colocadas que se mantienen resacas durante el verano.

La corte o familia está formada principalmente por el mismo rey, dos esposas viejas y enfermas, un hijo y tres hijas, dos de las cuales son muy hermosas, salvo por el color de la piel y el andar patizambo. El príncipe—que se considera sukia—es un tipo fomido, de unos 30 años; tiene dos esposas, una concubina y tres niños. Hay además unos 50 entre hombres, mujeres y niños, a los que hay que añadir unos pocos indios salvajes que son esclavos.

Este viejo rey, como lo llaman, se considera como súbdito del monarca de Inglaterra y habla algo de inglés, que aprendió en Jamaica cuando el duque de Albermarle fue gobernador de la isla, a quien visitó proporcionándole mucha diversión.¹³ Me dijo que su padre Oldman, Rey de los Misquitos, fue llevado a Inglaterra poco después de la conquista de Jamaica (en 1655) y recibió de su rey hermano una corona y un encargo que el actual Old Jeremy todavía guarda en lugar seguro. Consiste en un sombrero de encaje y un ridículo documento donde se le ordenaba—dar socorro bondadosamente a todo náufrago inglés que zozobre por ahí, con el compromiso de suministrarle plátanos, pescado y tortuga—Y en verdad, los Misquitos son extremadamente corteses con todos los ingleses que se consideran como tales, aunque algunos jamaquinos han abusado de ellos muchas veces.

Este rey mosquito parece tener unos 60 años; su piel es de color café oscuro con algo de amarillo, de hombros caídos que rebajan su estatura a menos de seis pies. Tiene una mirada torva y sostenida; los ojos grandes, penetrantes, muy hundidos en los pómulos y una boca redonda y muy ancha. El pelo negro cuelga hasta los hombros y su aspecto es algo terrible, con una voz gruñona como de oso. Sus miembros son muy largos y tersos, la piel gruesa y roñosa. Camina como lo hacen la mayoría de los indios patizambos. Los forasteros siempre le encuentran en buena disposición y solícito a prestar servicio, como yo lo comprobé cuando llegué a su casa después de un largo esfuerzo.

¹³ Se cuenta de él que se encaramó en un cocotero durante una fiesta protocolaria que le ofreció el duque.

Inglese asentados en la costa

A unas 40 leguas (mas bien 4) al sur de esta localidad, pero sobre la costa, está un lugar llamado Dorca (Dakura), donde viven otros 50 indios y cuyo jefe es llamado Annaby (Anfbal). Cinco leguas más adelante viven dos o tres familias, en las riberas de un río llamado Housey (Hueso, o Likus), y dos o tres más entre éste y el río Bragmanns (Wawa), cerca del cual se han establecido por muchos años tres ingleses con doce familias de indios vecinos de la Sabana.

Estos ingleses viven como socios. El más viejo es un hombre de Bristol de unos 103 años de edad según su propia cuenta y lo llaman viejo Nicholas. Hace 62 años mató a un hombre en St. Christopher (en las Antillas Menores); para salvarse de la horca escapó por el mar en una pequeña canoa, resignado a viajar a donde los vientos los llevaran. Tuvo la suerte de arrimar a esta costa, que dista más de 300 leguas de St. Kits, donde fue amistosamente recibido por los indios, y se quedó con ellos desde entonces. Es todavía capaz de caminar 20 ó 30 millas cuando va de cacería, en este país cálido, y regresar a casa cargando un venado en sus espaldas, como si fuera un muchacho de 20 años de edad, lo cual dice mucho de la salubridad del país y hace honor a la simplicidad de sus alimentos.

Los otros dos, Thomas Arkens y John Thomas fueron parte de la tripulación del Capitán Wright, quien con 150 bucaneros franceses e ingleses saquearon Segovia, una ciudad española en el interior, hace 24 años, cuando caminaron desde la Mar del Sur hasta el río Wanks.¹⁴ Ambos prefirieron quedarse aquí antes que regresar a casa y aventurar a ser juzgados por piratería. Ahora tienen 40 indios salvajes como esclavos y prostitutas que los atienden y llevan desde entonces una vida de ocio y disipación.

¹⁴ A juzgar por el año en que se produjo (1675), esta incursión parece anteceder a otra que, siguiendo los mismos pasos, fuera descrita como acontecida en 1688 (Ver la Crónica de De Lussan en este mismo libro).

Hacia el sur y oeste de estos ingleses habitan no más de 20 familias de Misquitos en total, los cuales viven en continuo temor y peligro por sus vecinos, los Albaowinneys. En el verano van a la costa para elaborar sal, la cual obtienen de la siguiente manera: hacen una gran hoguera cerca del mar; cuando los tizones están ardiendo los toman separadamente y sumergen el extremo enrojecido en el agua marina, retirándolo de inmediato, no tan rápido ni tan despacio, pues en el primer caso las gotas de agua salada que quedan hirviendo sobre la brasa se consumirían por el mucho calor, ya que el tizón no estaría lo suficiente templado; y en el segundo quedaría totalmente apagado y sin calor suficiente para convertir las gotas en costras de sal. Tan pronto se producen éstas se raspan con las manos sobre una hoja. Luego vuelven a colocar la punta del tizón al fuego para sacar una nueva muestra y así sucesivamente hasta que en media hora obtienen aproximadamente una libra de sal gris.

Un poco más al sur de donde viven estos indios está otro río llamado Carpenters (Carpintero) donde los españoles tienen grandes plantaciones de cacao¹⁵ que los Misquitos van con frecuencia a robar, cayendo sobre ellos en la noche y matando a cuantos españoles se opongan. Capturan además a muchos de sus indios, de los cuales matan a los hombres pero reservan a las mujeres y niños para venderlos a los jamaquinos, de la misma forma que comercian con cacao, vainilla, carey, espermaceti, plata, esclavos y cualquier otra cosa que obtengan en sus rapiñas, que para ellos es en guerra justa.

Esta práctica la apadrinó el capitán Coxsen en época pasada, cuando marchó hacia la Mar del Sur con el capitán Sharp y su tripulación, atravesando la región del Darién con el objeto de robar a los españoles. Ambos obtuvieron una pretendida autorización de Diego, rey del Darién, (a quien conozco bien como un pobre ignorante, desnudo y analfabeto), y le dieron un bastón negro con empuñadura de plata, como solían hacer los españoles

¹⁵ Se refiere mas bien al río de Matina en Costa Rica.

cuando enviaban regalos, como símbolo de mando, a los indios que deseaban revestir de autoridad sobre los demás, pero sin mayor poder. Este Coxsen, hace muchos años, estimuló a estos indios para que realizaran asaltos, pese al temperamento pacífico de éstos. Estableció con ellos un comercio duradero, basado en rapiñas, utilizando un velero de su propiedad, hasta 1698, cuando murió entre los indios.

Otros dos veleros procedentes de Jamaica comercian con esta gente desde hace algunos años. A veces un pirata arriba a la costa y es reconocido como hombre honorable por los indios, a menos que sea un prófugo de la justicia, en cuyo caso lo entregan a las autoridades, tal como sucedió últimamente con el capitán Banister, entregado al capitán Sprag, quien vino por él en una fragata.

Remontando el río Coco o Wangki

Para no desviarme demasiado del principal objetivo y marco de esta narración, regresaré al gran río de Cabo Gracias a Dios, o el gran Río de Oro mencionado en Inglaterra últimamente, del cual se han atribuido algunos descubrimientos, a gran costo y para nada, río que los indios llaman Wanks. Descrita la costa de norte a sur, los llevaré aguas arriba por este río al interior del país y luego entretendré con la verdadera narración de las costumbres y productos de esta tierra.

La entrada o boca de este gran río mide unas 150 brazas de anchura, por tres o cuatro de profundidad. El curso continúa con poco desnivel por cien leguas aguas arriba y luego se torna más angosto y menos profundo en algunos lugares, donde el río está obstaculizado por grandes rocas. Tiene sus cabeceras en algunas montañas del lado de la Mar del Sur y luego corre a través de una gran planicie hacia el país Misquito. Mide por lo menos unas 600 millas, que se reducen a 300 en línea recta.

Dos leguas arriba de la desembocadura, sobre la ribera izquierda yendo aguas arriba, se encuentra el puerto de estos

indios, donde manda un tal Capitán Kit, mulato. Tiene varios indios a su disposición, que son vigías para la seguridad del río ante cualquier sorpresa. En la ribera opuesta, sobre una pantanosa sabana, vive un tal Garret, negro oriundo de Guinea, (quien escapó de un barco que ençalló por aquí hace unos 60 años), con varios mulatos y otras gentes de sangre mezclada, todos los cuales reconocen a Kit como jefe.

Desde este punto las riberas del río están despobladas, hasta llegar 20 leguas más arriba a la casa de un Patrick, mulato, hermano de Kit, en un lugar donde el río tiene muchas curvas, que se pueden contar no menos de 30 vueltas, tantas como de aquí a la desembocadura.¹⁶

La tierra a ambos lados del río, entre la desembocadura y la casa de Patrick, está cubierta con grandes árboles y muchos arbustos, así por cañas bravas y zarzas que se extienden por muchas millas. Se levantan los breñales en forma tan intrincada que es imposible penetrarlos, a menos que los viajeros lleven largos cuchillos o machetes para abrirse paso en ciertos trechos, tal como lo hice a menudo cuando en compañía de los indios íbamos a cazar jabalíes. Las ciénagas y lodazales no dejan de faltar por estos lados y la mejor forma de caminar es hacerlo casi desnudo para evitar el impedimento de cañas y zarzas que se aferran a la ropa a medida que uno pasa. En la estación lluviosa estos terrenos están sujetos a inundaciones frecuentes; en ese tiempo las bestias salvajes se retiran a las partes más altas, aunque muchas son sorprendidas por las aguas en ascenso y perecen.

Por todo el curso del río, sobre las riberas arenosas, y en especial en los remolinos de las vueltas, se encuentra un número infinito de pequeñas partículas brillantes que parecen de metal, (a las que llamo lentejuelas por su lustre y delicadeza), dando la impresión a los ojos que son de oro pulido en su mejor lustre y color cuando están dentro del agua, pero una vez afuera se tornan más pálidas. Son tan delgadas y livianas que el agua las arrastra

¹⁶ En el sector comprendido entre Kum y Waspán.

y mezcla de aquí para allá en tal profusión que al sacar agua en un guacal éste contiene muchas lentejuelas. Estas se asientan en el fondo cuando el agua se aquieta, pero como el río está en movimiento, allí se mantienen en perpetua agitación.

A dos leguas de la casa de Patrick, pasando los bosques ribeños, da comienzo la Gran Sabana, llanura desolada con pocos y dispersos árboles resinosos y pinos. Esta planicie se extiende hacia el sur, paralela a la costa, a cierta distancia de la línea litoral, pero en algunas partes llega muy cerca de ella. Se prolonga más aún hacia el poniente alcanzando, según los indios, la vertiente de la Mar del Sur, [?] la cual se encuentra a unas 150 leguas en línea recta. La Sabana está despoblada por lo general, salvo en sus bordes junto a las riberas de los grandes ríos que la cruzan. El terreno es tan estéril y calcinado por el sol que no permite ninguna plantación de frutas o maíz.¹⁷

En la Sabana existe una raza mezclada de tigres, leopardos, [?] etc., y algunos leones cazan y se aparejan en ella, alimentándose de los venados que pastan en sus orillas. La grama está llena de escorpiones y algunas pocas lagartijas. No existen otras criaturas que frecuenten estos desolados parajes, salvo un pajarraco con pico de loro, (tan grande como un ganso con todo y plumas),¹⁸ que al anochecer viene a dormir entre los pinares para escapar de la rapacidad de los monos. Estos acostumbran cazar algunos pájaros que pasan la noche en el bosque ribeño, donde las aves suelen alimentarse durante el día.

Sobre la ribera antes mencionada, donde da comienzo la Sabana, se encuentra un pequeño caserío indígena con unas siete chozas. Allí viven los vecinos de Patrick, o mas bien sus familiares, pues son todos del mismo grupo y están bajo su jurisdicción. Entre ellos hay 52 hombres capaces de portar armas, algunos son indios y otros mulatos oscuros. Sus jefes son el viejo Glover, padre

¹⁷ El suelo de la sabana misquita es de arena cuarzosa donde sólo medran los pinos, cierto pasto áspero y pobres arbustos.

¹⁸ Posiblemente se refiere al pavón (*Crax rubra*).

de Patrick, su hermano Peter que es un sukia, Febrin, Rowland, y Greenville, que por pura vanidad fueron así bautizados por algunos piratas, a los que encontraron de casualidad, y a quienes ellos siempre les piden un nombre. Creen que una misma persona no puede dar su propio nombre a dos indígenas. En el verano dejan la Sabana y se van a la casa de Patrick junto al río, lugar que ellos llaman Ackwhi Wanks, o sea Wanks inferior.

A unas 18 ó 20 leguas aguas arriba hacia el suroeste está otro lugar llamado Wanks superior, donde la propia sabana toca a la ribera sur del río.¹⁹ Allí reside el hermano del rey, quien vive tan remota y oscuramente que nunca se ha encontrado con alguien que le dé nombre. Tiene unos ocho hombres, además de mujeres y niños, uno de ellos llamado Ben. Un poco antes de nuestra visita había perdido a su esposa, una esclava Alboawinney, y tomó a su cuñada, que era viuda, en su lugar.

Este era el grupo indígena más oriental, subiendo por el río, salvo quizás uno más, de casi el mismo número, también sin nombres, que en ciertas ocasiones viven un poco más arriba, pero que con frecuencia bajaban al lugar de Patrick. Al igual que el resto solían ir de un lado a otro en persecución de los animales de caza.

La razón por la cual he destacado los nombres de estas gentes, que han sido últimamente bautizadas con alguno, con la población, número de casas, etc., que pareciera algo más tedioso que pertinente, es porque creo pueden ser de gran utilidad para aquellos que pudieran ocasionalmente, por alguna razón, encontrarlos en este país, y así obtener la asistencia de los mismos. En efecto, por esta vía se puede tener acceso seguro y privado a la vertiente de la Mar del Sur si se remonta el río. Antes que la paz se estableciera con los españoles que habitan de ese lado del trópico, varios piratas ingleses y franceses hicieron esta ruta después de haber conferido muchos daños a los españoles.²⁰ Dos de esos bucaneros han sido mis acompañantes en este viaje.

¹⁹ Donde actualmente es Leimus.

²⁰ Obvia referencia a los piratas que hicieron la travesía transistmica, según la describe Lussan. (ver crónica anterior en este libro).

En el dominio de las cabezas chatas

Unas 45 leguas aguas arriba del Wanks, al suroeste de la casa del hermano del rey, confluye un tributario grande y bello, que entra por la ribera sur y que tiene sus cabeceras en la Gran Sabana mencionada.²¹ Las orillas de este afluente están pobladas por otra tribu de indios, de cabezas chatas (Sumus). Muchos de ellos se mostraban sorprendidos ante el cutis de los europeos, quizá porque su tez es como la de los otros indios y, al igual que ellos, andan desnudos. Se diferencian únicamente por la cabeza que en la infancia, tan pronto como nacen, aplastan bajo presión con una piedra y una tablita fabricada para tal propósito.²²

Esta gente quedaba altamente aterrorizada ante el disparo de una escopeta, de cuyo cañón—según creen—sale un espíritu malo. Cuelgan alrededor del cuello unas pocas conchas y los dientes de sus cautivos, suspendidos en una cuerda a modo de collar, con algunos tantos abalorios que compran a los Mosquitos. Con éstos tienen comercio en cierta época del año, haciendo trueques en forma civilizada. Para eso se juntan en números iguales en una isleta del gran río, situada entre ambos territorios; pero cuando termina la feria y el intercambio se acaba, son capaces de robarse y matarse entre sí, tanto como puedan. Esto lo hacen mediante incursiones sorpresivas al territorio enemigo. Al año siguiente vuelven a juntarse amigablemente para proseguir en su comercio civilizado.

El gran río continúa, al remontarlo por todo este sector, casi tan ancho y profundo como lo es aguas abajo, salvo que en ciertos lugares se ve interrumpido por rocas sobresalientes que dan origen a pequeños saltos. Las lentejuelas doradas son muy abundantes por todo el cauce; se incrementan río arriba en número

²¹ La distancia expresada apunta al río Waspuk, cuyas fuentes están mas bien en una región montañosa y boscosa.

²² Los Miskitos apodaban a los Sumos: Lal-tanta (cabeza aplastada) por esta antigua costumbre.

y tamaño, lo cual demuestra que se quiebran al ser arrastradas por la corriente. Se las descubre en todos los remolinos junto a las riberas, al fondo de los recodos, donde se depositan en pequeños montones, que parecen como si la arena estuviese cubierta por placas de oro moldeadas y curiosamente bruñidas, como puestas a propósito, tal como las observé diariamente en los pasados agosto y septiembre de 1699.

El suelo junto a ambas riberas es, de aquí en adelante, un poco más seco que el de río abajo. Está cubierto de espesos bosques que se extienden por varias millas a uno y otro lado del río, aunque en la parte norte existen parches lodosos, ciénagas y marjales, de modo que nadie habita en esa orilla.

Unas 20 leguas más arriba, más allá del último afluente habitado por los indios de cabeza chata, se presentan grandes saltos orientados de SO a Sur.²³ Muchas rocas se levantan a ambos lados del río, obligando a la corriente a circular entre ellas o encima en forma muy tortuosa y peligrosa para los pasajeros en bote. No existe esperanza de salvación, aun nadando, en caso que la canoa se volcara en época de lluvias, que son frecuentes por aquí, debido a la violencia de las aguas que forma remolinos, marmitas, vórtices y cosas parecidas. Las rocas están sembradas ahí donde el nivel del río presenta su mayor pendiente, por un trecho de dos leguas, y en algunos lugares es más peligroso que en otros. La multitud de estas cascadas que dejan caer el agua como en gradas hace que el viajero las estime pequeñas y de caída suave, lo cual ha tentado algunos para ir en pos de su destrucción cuando intentaron pasarlas en bote.

En estos saltos el río es un poco más angosto que aguas abajo; el terreno en ambos lados muy rocoso, pero aún así se encuentra cubierto de árboles.

Hacia el NO y Oeste de este lugar se observan montañas muy altas, que se yerguen más allá de las nubes, como en la isla de Madeira. La cumbre de la más cercana parece distar de 5 a 6

²³ La región de los raudales da comienzo arriba de Awasbila.

leguas en línea recta, la cual empieza a levantarse de la base de los raudales; más atrás, cuando el cielo está limpio, se ve otra cumbre que parece estar situada, según propia estimación, a unas 10 ó 12 leguas.²⁴

Otros pobladores del alto Wanks

En el terreno plano arriba de estos saltos el bosque es más ralo junto al río, que corre hacia la mencionada Sabana. Sus riberas están habitadas por una populosa nación de indios que los Misquitos llaman Alboawinneys y Oldwaves (Albagüinas y Ulwas), reservando el primer nombre para todos sus enemigos indígenas. Durante el verano esta gente es asaltada con frecuencia por los Misquitos, quienes les raptan esposas jóvenes y niños para esclavizarlos, matando o ahuyentando a los hombres y a las viejas. Pero muchas veces éstos les cobran a los Misquitos con la misma moneda. Ninguna de las tribus rivales acostumbra pelear a la clara del día, a campo raso como lo hacen los europeos, sino que se asaltan al filo de la noche, que es la forma de sorpresa con que actúan todos los Indios Americanos que he conocido.

He oído a muchos de estos esclavos Oldwaw confesar ante los Misquitos que cuando sus paisanos capturan enemigos no perdonan a nadie, salvo a las jóvenes a quienes toman como mujeres, quedándose cada uno con cuantas pueda mantener, (como lo hacen los Misquitos); que a los hombres y niños capturados los amarran y los ponen a la barbacoa, (que es una parrilla de varas a manera de asador de hierro), haciendo buen fuego debajo; que con ayuda del sol cenital quedan pronto guisados los cuerpos, listos para comerlos. Este festín lo estiman como el mejor, diciendo que "la venganza es dulce;" pero antes de cocinar a los prisioneros les extraen, aún estando vivos, las uñas de manos y pies y arrancan los dientes a pedradas, los cuales penden en ristras alrededor del cuello para lucirlos como

²⁴ Son los llamados Montes de Colón que separan el río Coco del Patuca.

honrosos trofeos a su bravura.

Hacia el flanco NO de las altas montañas mencionadas, a unas 10 leguas de las cascadas del río Wanks, se encuentran las cabeceras del río Potucke (Patuka), en cuyas márgenes existen asentamientos españoles, como antes mencioné. He sabido también que algunas pocas lentejuelas son acarreadas por sus aguas, como si las minas estuviesen en esas grandes montañas que el río drena.

Lo que puedo referir de la longitud de este gran río Wanks, (pues no pasé más arriba de los raudales), lo supe de los indios y por boca de algunos piratas ingleses que por ahí andan metidos para escapar de la justicia. Estos eran de la tripulación de los capitanes Wright y Lane cuando vinieron del lado de la Mar del Sur, donde robaron a los españoles y cruzaron el territorio con la ayuda de los guías indígenas que les tomaron. En el camino hacia el río llegaron al pueblo español de Segovia al que saquearon; luego, en un día de viaje rumbo el este, alcanzaron un riachuelo²⁵ por donde bajaron en canoas por unas 50 millas a través de planicies secas hasta arribar al gran río Wanks, a unas 50 leguas arriba de los grandes raudales. Dos de las canoas delanteras se estrellaron contra las peñas al aventurarse sobre los rápidos, pereciendo quince hombres por el impacto, o ahogados; el resto se salvó trepando sobre las rocas. Los otros bajaron las canoas con ayuda de bejucos y mecates, hasta que pasaron los raudales.

Un sukia cristiano

Uno de los indios que el capitán Wright capturó en Segovia vive actualmente con el hermano del rey misquito, en Wanks arriba. Ha ganado la estimación de esa gente haciéndose pasar por sukia, lo cual hizo—según me confesó—para mejorar su condición, cuando el capitán lo dejó como esclavo entre los indios infieles. El

²⁵ El río Jicaró.

se dice cristiano y puede rezar el Pater Noster y Ave María muy claramente, oraciones que aprendió a repetir de los españoles, aunque no entiende ni jota de las mismas. Asimismo nombra muchos santos, a los que invoca con palabras inventadas que emplea en sus cantos y encantamientos frente a los enfermos.

La manera cómo este “doctor” manipula a los pacientes es la siguiente: cuando algún amigo del enfermo viene donde el sukia de inmediato le informa que el fulano no puede comer bien y que siente el peligro de—caer dormido—o sea morir, por lo cual pide la opinión del doctor sobre la sospecha de muerte. Este siempre responde proféticamente sí o no, antes de ir a examinar al paciente. Al anochecer, una vez puesto el sol, va en busca del enfermo y sentándose en el suelo como un sastre, acuesta sobre el regazo al enfermo con las piernas juntas, cubriéndose ambos con un paño hecho de corteza, a manera de capa. Luego comienza a cantar una extraña e incompresible tonada sobre el enfermo, hasta quedar sin aliento. Si el paciente no mejora, el doctor continúa el tratamiento cada noche “absorbiéndole el sufrimiento,” hasta que el enfermo recupera o muere. El doctor “succiona” con la boca el suero de la sangre a través de la piel del paciente, si éste tiene fiebre, y le manda por dieta carne de tortuga verde como la mejor terapia. Esto, por lo general, provoca el apetito del enfermo—que está muy flaco—haciéndole comer continuamente, aún más que cuando estaba sano, lo cual se considera como el más vigoroso tratamiento para resistir a la muerte.

Este curandero me decía que más allá de aquellas montañas, hacia el oeste, había otra más alta y de cumbre apuntada, que difícilmente se distinguía—el cerro Ucapina—salvo bajo condiciones de tiempo excepcionales y a gran distancia de su base; pero opinaba que las brillantes lentejuelas no procedían de allí, ni de las montañas antes mencionadas, sino de otra cresta [Jalapa y Dipilto] situadas más al sur, en cuyas laderas vivían unos indios salvajes [Xicaques], algunos de los cuales mantenían comercio con los españoles, sin que nadie de éstos habitara entre los indios.

Las fuentes auríferas del Wanks

En esas montañas tenía sus fuentes el río Wanks, que corre entre grandes sabanas rumbo a los raudales, o quizás en un riachuelo que baja por Segovia al encuentro de la corriente principal. Fue en el Wanks donde los capitanes Wright y Lane coleccionaron cierta cantidad de lentejuelas, que llevaron a Jamaica, o a otro lugar, para ser examinadas.

Por la opinión de este indio deduje su intención de prevenir cualquier descubrimiento adicional, ya que habiendo servido de piloto al capitán Long sufrió de muchas fatigas en el viaje; se mostraba además temeroso de volver a cruzar los raudales peligrosos y exponerse a las emboscadas de los Alboawinneys y Oldwaves del territorio vecino. También comprobó que las armas inglesas de poco servirían para defenderse pues la lluvia mojaba la pólvora.

Sin embargo, contrario a lo sostenido por el indio, el más probable, si no cierto, origen o placer de estas partículas doradas deber estar en algunas montañas cercanas a la Mar del Norte, que los grandes ríos arrastran el Cabo Camarón, porque ciertos riachuelos cerca del dicho cabo llevan partículas en pequeñas cantidades. Otras son acarreadas por el río Patuka, que baja también de esas mismas montañas y cuyas fuentes no están lejos de los raudales del Wanks. Este río trae lentejuelas desde aguas arriba de los rápidos y sus contornos, que también descienden de las referidas montañas en tal abundancia que pasan más allá de toda cuenta. Las lentejuelas son por lo general registradas como residuos o escamas de las paredes de las Minas Reales y proceden—por los indicios—de la mina más grande de oro de la que se tiene noticia, no obstante que los plateros no tuvieron explicación para este material escamoso cuando lo estudiaron en Jamaica y, últimamente, en Londres.

Desde estos raudales hasta la desembocadura el río presenta unas 230 vueltas en el lapso de 321 millas, corriendo rumbo SW, W, NE y E, aunque en línea recta no hay más de 50 leguas.

Costumbres de los Miskitos

Habiendo atravesado todo el país Mosquito, e ido un poco más allá, conviene ahora referirnos a las viviendas, que aunque no muy interesantes, algunas son altas como un establo de paja inglés, salvo que abiertas por todos los lados, sin paredes y con algunos postes separados entre sí, que sirven para soportar el techo. Este lo forma una armazón de cañas cubierta con hojas amarradas con bejucos. Durante la estación lluviosa el agua se cuela fácilmente y necesitan de continuas refacciones.

Las lluvias son aquí extremadamente frías, especialmente en la noche, el aire muy caliente en el verano, salvo en las planicies y litoral donde soplan constantes brisas que las hacen muy placenteras.

Las reglas de honestidad moral y natural son las leyes con que se rigen estas gentes, sin que tengan necesidad de cortes de justicia ni juzgados. Viven pacíficamente en familias y reconocen como suyos a todos aquellos indios que hablan una misma lengua, como si fueran la misma gente o amigos. Allí todos son iguales, pues ni el rey ni los capitanes tienen más poder que el necesario, salvo en los tiempos cuando se organizan expediciones contra los Albagüinas. En tales circunstancias se someten y obedecen las órdenes de su rey o capitanes. Por ninguna razón pagan impuestos, rentas, o sirven por obligación, ya que el país entero es considerado propiedad común, excepto las propias viviendas y pequeñas parcelas. Todos deben de cazar y pescar por igual, si quieren sobrevivir, a menos que estén enfermos.

Andan por lo general completamente desnudos, hombres y mujeres, salvo que cuelgan de la cintura un taparrabo de algodón que llaman Purproy, hilado y tejido a mano por las mujeres. Extraen también la corteza de un árbol, que llaman Tuno, usándola como ropa.²⁶

La piel de todos estos indios es amarilla oscura o parda, el

²⁶ Árbol de la familia del caucho, especie de Ficus.

cabello lacio y negro, salvo los mulatos de pelo negro y ensortijado. Estos son de color más similar al de los negros, de cuya mezcla con los indios se originaron; lo cual aconteció hace 50 años cuando un barco mercante de Guinea, habiendo perdido el rumbo, navegó a la deriva hasta encallar frente a la costa.

La mayoría de los indios son de mediana estatura, los miembros fuertes en armonía con el cuerpo. En ninguno de ellos observé la menor deformidad en brazos, piernas, cara o cuerpo, ni supe de tal caso; tampoco he oído que se sorprendan de ver a un europeo patituerto, creyendo se trata de una deformación artificialmente provocada, tal como hacen los Albagüinas con la cabeza de sus infantes.

Esta gente lleva una vida de mucho ocio; no se incomodan por nada, salvo por la cacería, ir a pescar en sus dories, que son botes excavados de un solo tronco, o en repararlos. Salen a pescar o cazar en la mañana; todo lo que cogen traen al hogar para que sus mujeres lo preparen. Comen de esta vianda quizás por dos días, con algunas frutas, tiempo durante el cual los hombres no trabajan, sino que se acuestan en sus hamacas de las cuales no se levantan a menos que haya algún asunto de estado importante que atender, tal como celebrar una orgía, consultar con el sukia, invadir a los Albagüinas, ir a robar a los españoles, o ser sorprendidos por cualquiera de ambos enemigos.

Borracheras y bebidas embriagantes

Las borracheras, celebraciones que entre ellos son de vital importancia, se llevan a cabo de la siguiente manera: El que domina al grupo, o el primero en planear cualquier andanza, ya sea para invadir a los indios vecinos, robar a los españoles, o emprender cualquier otra acción parecida, tiene siempre el honor de convidar a los otros a su propia casa, incluyendo al viejo rey Jeremy y quizás a un centenar de vecinos, sin dejar afuera a los sukias, uno de los cuales es el hijo del propio rey.

El anfitrión que es el dueño de la casa se aprovisiona con

dos o tres días de anticipación con una buena reserva de frutas, como plátanos, bananos, cocos, coyoles, piñas y alguna miel silvestre, para preparar las bebidas, todo lo cual mantiene en el tabanco sobre hojas frescas cortadas para el caso. Es la obligación de las mujeres, a continuación, elaborar las bebidas y servir las prestamente a todos los invitados al ágape; también ofrecen las mismas frutas majadas junto con la carne.

Llaman a la chicha de plátano Mushelaw (misla) y la elaboran de la siguiente manera: asan o hierven plátanos o bananos maduros, o ambos juntos, (los cuales son estimados como frutas deliciosas en este país, no tanto en las islas de los ingleses), y con los dedos los majan en un cuesco casi lleno de agua.²⁷ La bebida que resulta es a veces tan fuerte que los emborracha.

También muelen el fruto del coyol en una piedra, o lo machacan en un mortero de madera; lo ponen en el cuesco con agua, quitando las semillas y la cáscara con los dedos. Consideran este licor como nutritivo y engordante; adquiere delicioso sabor al calor del día. Es de la misma clase de fruto de donde sacan el aceite de palma que se vende en las boticas de Londres.²⁸

Las piñas, (para los europeos la fruta más deliciosa del mundo), las ponen asar en las brasas, luego las majan en el mortero de madera mezclándola con agua en grandes calabazas de cinco o seis galones de capacidad, por falta de barriles, donde se fermenta y sabe a cerveza suave. Después de tres o cuatro días el líquido se aclara y está listo para ser ingerido. Sabe entonces a vino de Las Canarias con una variedad de sabores y aromas muy semejantes a los de la misma fruta. Deja al tomarla un refrescante sabor en el paladar; sin embargo es muy fuerte y demasiado embriagante si se toma en demasía, de modo que los indios la prueban con más pausa para poder mantener la compostura por más tiempo.

El coco o maíz indio [?] lo muelen entre dos piedras, mezclan

²⁷ Ensalivan la masa para fermentarla.

²⁸ A esta bebida la llaman achioc, según el relato de Esquemeling.

con agua y le añaden plátano y miel para endulzar antes de tomarlo.

En la mañana, antes que el festín comience, los hombres se visten y adornan lo mejor que pueden de acuerdo a sus costumbres. Atan hilos de algodón con plumas en el tobillo, pantorrilla y muñecas como ligas y ciñen a la cintura tunos y purproys a manera de fajones. Algunos cuelgan del pecho, en largos collares, bambas españolas y reales de plata que martillan hasta dejarlos planos y delgados—que es el único uso que dan a las monedas—y llevan a las espaldas un tubo hecho del hueso peroné, adornado con plumas. Pintarrajean casi todo el cuerpo de negro con hollín de pino, o al menos la cara, y se embadurnan con trementina obtenida del mismo árbol. De la barbilla cuelgan una placa de latón, o una concha, mediante un gancho de carey que atraviesa el labio inferior. Lucen además un cañita con agujeros que perfora el tabique nasal y una concha que pende de cada oreja.

Las mujeres lucen una pieza de corteza en torno a la cintura que cae hasta la mitad de los muslos. Pintan cara, pelo y cuerpo en rojo con ciertas bayas y durante el curso del festín preparan y sirven la bebida, atendiendo a los hombres sin hablarles ni interrumpirles.

Creencias y supersticiones

Los invitados entran sin saludarse, aunque no se hayan visto anteriormente en muchos meses. Van directo a la casa y se sientan en el suelo sobre pastos o cañas colocadas con tal fin y piden de inmediato algo de licor. Una vez saboreado, comienzan a hablar entre sí refiriendo sus aventuras hasta sentirse estimulados por la bebida. Luego, con el permiso de los sukias, cada uno mezcla su perorata con canciones tontas de su propia inspiración, (cuya letra no tiene significado en su lengua ni en las otras), tratando de llamar a Wallasoe (gualasá), que es el diablo, quien no obstante las invocaciones los hace esperar por lo menos dos días antes de aparecer. La visión del demonio está reservada únicamente a los

sukias, a quienes dicen que besa, no obstante que ellos están siempre sentados en medio de la concurrencia.

De mi parte, creo que todo es puro engaño, pues estando presente en una de esas bebederas en la casa de Patrick en el río Wanks, en septiembre de 1699, los sukias me dijeron que Wallasoe venía hacia sus brazos. Me senté junto a ellos, en medio de la gente, y no lo pude ver, pero sí a los embusteros que hablaban incoherencias y, cayendo en agitado trance y agonía, espumaban por la boca. La gente alrededor los miraba con admiración, cantando con ellos y como esperando algún grandioso evento, pero yo no pude ver ninguna señal de Wallasoe, más que en las ilusiones de estos pobres desgraciados.

Cuando estos "doctores" quedan completamente exhaustos, según dicen, Wallasoe se ha marchado; entonces dejan de cantarle, se refrescan con más tragos y declaran su oráculo ante la impaciente audiencia. Esta se mantiene en ascuas hasta escuchar sobre el éxito que va a lograr en sus empresas o cuántos días andarán fuera, o qué cosa les acontecerá. De la predicción de los sukias dependerá que inicien o suspendan sus planificadas expediciones, viajes, etc.

He sabido, sin embargo, que los sukias han predicho varios acontecimientos dignos de admiración entre los menos esperados y otras veces han errado, aunque siempre encuentran una excusa. ¿Y por qué no, si estos "doctores" pueden hacer trucos como los magos de Moorfields, o como los hacen el resto de esa notable gavilla? ¿Acaso no poseen una buena dosis de confianza en sí mismos y la habilidad de especular y hablar ambigüedades entre verdades y mentiras?

La mayoría de ellos creen en la inmortalidad del alma, que cuando duermen o mueren el espíritu se marcha a otro lugar o mundo, aunque dicen no conocer qué clase de lugar les espera; sin embargo sostienen que se encontrarán allá con los ingleses, pero no con los españoles ni los albagüinas, que deben de vivir en país aparte en el otro mundo para que no haya guerras ni pleitos. No fabrican ídolos, tampoco tienen ritos ni ceremonias supersti-

ciosas del todo, más bien se ríen de las idolatrías de los españoles que algunos de ellos han presenciado, y como no comprenden nada de religión, las consideran ridículas y absurdas.

Poseen la noción que el sol los asiste en el paso al otro mundo y creen que el astro va allí por la noche para ver a los que ya han muerto, pues no entienden la forma de la Tierra. Tienen mucha voluntad para aceptar cualquier cosa de religión y agradecen que se les hable de ella, salvo que no creen en la existencia del infierno, o de un lugar para el castigo futuro, a menos que esto signifique caer en manos de los españoles. Recelan sin embargo del que llamamos Dios Todopoderoso, a quien consideran como el gran rey del otro mundo; afirman positivamente que El sería incapaz de castigar a un pobre indio por ninguna causa, ya que ellos no le hacen daño. Si uno les lleva la contraria, le preguntan ¿Por qué tiene que ser así? y, sin esperar ninguna réplica, quedan mirando como si uno fuera un tonto, un malévolo o alguien que trata de tomarles el pelo.

Muerte y matrimonio

Cuando mueren los entierran en sus casas, en el mismo lugar donde uno reposaba en vida, con todas sus hachas, arpones, lanzas, misla y otras cosas necesarias; pero si el difunto deja una escopeta, más de algún amigo lo conserva pues con pólvora humedecida sería inservible para el viaje al más allá. Cortan en pedazos la canoa o dorie, para ponerla en la tumba con el resto de las pertenencias del difunto. Si el que fallece no deja hijos, hermanos o padres, los primos u otros parientes cortan y destruyen su plantación, para evitar que cualquier "vivo" le "robe al muerto."

La viuda o las hijas crecidas o casaderas de un difunto muestran su dolor, por la partida del esposo o padre, llorando o quejándose juntas por tres días y sin probar comida, (a menos que la roben por la noche); al final del duelo dicen al resto de la familia que ahora no tienen a nadie que cace y pesque por ellas para poder sustentarse y que sienten tanto al desaparecido que

irán al bosque y se colgarán de la primera rama que encuentren para irse con él también. Las condolidas mujeres esperan por lo general que algunos hombres de la familia las detengan y hagan desistir del suicidio, ofreciéndose a tomarlas por esposas, lo cual sucede con frecuencia y la oferta es felizmente aceptada; porque de lo contrario, las inconsolables se van al bosque, donde nunca más se las vuelve a ver, salvo colgadas de algún árbol. Yo presencié uno de esos casos, que sucedió a una que era esposa de Peter, el sukia, cuando supo que su padre había muerto, en el momento en que su marido no estaba para consolarla y detenerla. Esto es lo que se espera de una mujer casada, así como de las que viven aparejadas.

Ellos no tienen prisa por buscar matrimonio y amarrase indisolublemente, sino que hacen varias pruebas de modo que ninguno entre ambos interesados se sienta engañado. El hombre dispone de tiempo suficiente para comprobar el afecto de la mujer y ésta para conocer cuán efectivo puede él cumplir su obligación para con ella y sus niños, si es que procrean. Cuando un joven encuentra una muchacha a quien desea y la convence, sin que medie entre ellos más cortejo que él expresando su intención, se la lleva a casa como compañera de tálamo—sin pedir consentimiento a los padres de ella—donde la mantiene por un año o dos y quizás tienen un hijo. Una vez que la encuentra buena, obediente, esmerada como cocinera y en criar a los hijos que desean tener, y si ningún otro hombre se la quita, o ella consiente irse con otro pretendiente, el joven oficializa su relación y para asegurarla se dirige a su futuro suegro u otro pariente, llevándole algún regalo suyo. Si logra obtener el consentimiento se hace un pequeño festín por parte del novio y los padres de la novia y el matrimonio queda irrevocablemente consumado.

Después de efectuada la ceremonia no hay reclamos, tampoco la mujer así casada reprime o achaca falta al marido si éste decide tomar otra esposa o amante, lo cual se hace con frecuencia, siempre que el hombre pueda mantener a ambas. El adulterio no tiene entre ellos sentido de culpabilidad, sino que cada

uno cree que ya ha tenido suficiente. Si el hombre se ausenta por mucho tiempo, cualquier otro que mantenga a la esposa durante la ausencia puede perfectamente usar de ella, sin que existan después recriminaciones entre ambos cónyuges.

Los frutos de la tierra misquita

El interior del país Misquito es muy árido, como se dijo antes, pero en los bosques cerca de los ríos y alrededor de las grandes lagunas se encuentran muchas clases de frutas, animales salvajes y aves en abundancia, que son suficientes para satisfacer la alimentación de los nativos. Estos no tienen por tanto necesidad de criar animales domésticos, salvo uno que otro cerdo y unas gallinas que mantienen más por entretenimiento que por otra cosa, temas con los cuales quiero entretener la curiosidad de los lectores. Voy primero con las frutas:

Los plátanos y los bananos—que son una clase de plátanos pequeños—se encuentran en abundancia, en pequeñas plantaciones, en parches sombríos de la selva, cerca de la vega de los ríos y a buena distancia de sus viviendas, plantaciones donde corren a esconderse cuando llega el enemigo al lugar que habitan. Este tipo de fruta es tan bien conocido por los europeos que no vale la pena describirlo.

También abunda la piña—que es bien conocida—el mamey que es muy dulce y puede reemplazar al plátano como bastimento de viaje; es más grande que el puño de un hombre con una gran semilla en medio y crece en un árbol mediano como el manzano

El árbol de safadilla²⁹ carga unas frutas tan grandes como las endrinas, de color amarillento, muy placenteras al paladar y de extraordinaria virtud; es una buena fruta para ser traída a Europa y se la encuentra en el bosque con frecuencia. También

²⁹ zapotillo o níspero, (*Achras sapota*).

lo es una clase de ciruelo placentero, que crece muy grande y despide el más delicioso aroma, el que puede ser sentido hasta media milla del árbol. Los sahínos vigilan la caída de las frutas, que los alimenta y engorda.³⁰

En este país no hay caída de hojas; todas las plantas y árboles crecen, florecen, dan fruto, se marchitan y mueren por igual en todas las estaciones del año, pero durante los tiempos fríos de lluvia los frutos no maduran tan rápido.

Existe un árbol que crece grande y prolífico junto a los ríos, con las ramas dobladas sobre la corriente y hasta llega a crecer en el agua. El fruto cuelga como una vaina corta y al abrirse presenta tres o cuatro semillas negras del tamaño de la avellana. Estas traen adherida una cierta pulpa blanca, que se chupa antes de botar la semilla, y tan delicada que se deshace en la boca. Basta una poca cantidad de ella para satisfacer al más hambriento por largo rato, la cual es estimada por lo saludable y apetitosa.³¹

También tienen una fruta que crece en un árbol pequeño defendido con muchas espinas, como agujas. Los frutos cuelgan en racimos como las uvas, pero son tan grandes como nueces, de un color negro azulado, con una gran semilla en el centro. Los ingleses las llaman albóndigas por su parecido a éstas.³²

El gran trigo indio, o maíz, se siembra poco, sólo para hacer chicha, así también el cacao que florece aquí muy bien, pero la pereza de los indios no permite que se planten muchos árboles de éstos, porque prefieren robar el colectado por los españoles, que tienen grandes plantaciones de cacao en el río Carpintero, a no muchas leguas de distancia.³³

He visto la caña de azúcar sembrada en la plantación del viejo rey Jeremy, más grande que la que se da en Jamaica, pero

³⁰ Se refiere al jocote jobo, (*Spondias mombin*).

³¹ Obviamente se trata de la guava, (*Inga sp.*).

³² Se trata del coyol, (*Acrocomia vinifera*).

³³ Ver la nota 15.

como los indios no saben cómo sacarle azúcar o ron la descartan. Altos pijibayes y palmitos se encuentran en abundancia. Los cogollos superiores del tallo pueden cocerse y producen una buena carne vegetal, especialmente en el último, que saben a espárragos en mantecados.

Tienen árboles que producen buen tinte morado y amarillo y sin lugar a dudas se explotarían suficientes palos de Campeche en sus lagunas si hubiese alguien que realice los cortes.

El papayo es un árbol que produce una fruta dulce, como melón en su forma y sabor; también abunda el pimentón silvestre.

Cocos, icacos y enormes uvas que crecen en grandes árboles, con una gran semilla por dentro, y que no se parece a la uva vinífera (aunque igualmente) suben y bajan por los árboles cerca del agua.

La vainilla, cuya fruta cuelga como la vaina de los frijoles franceses, crece en las riberas de Black River (Río Tinto) y algo en el Wanks. Despide un delicioso aroma cuando está seca y es mejor para el chocolate. Existe también el henequén, mata muy parecida a la Siempre Viva pero la hoja excede a la de ésta en dos yardas.

Plantan en abundancia la batata, el ñame que parece nabo y la yuca dulce. La raíz de la última parece al ojo como la que se siembra en las colonias inglesas, donde el jugo es más venenoso. Por eso los ingleses hacen su pan después de haberla exprimido y secado bien; pero la de aquí es completamente inocua y se come de varias maneras.

La fauna de la Mosquitia

Toda la carne que come esta gente, (que ponen a cocer en ollas de barro o en barbacoa, es decir asada entre sol y el fuego), la consiguen de la caza, mediante la cual obtienen bastante cantidad para ellos, aunque si unos cuantos extranjeros se quedarán con los indios por un tiempo pronto les resulta escasa.

Ellos tienen una clase pequeña de ciervo, como el gamo de Inglaterra, con cuernos cortos, el cual habita en el interior de los

bosques, cerca de la Sabana.³⁴ Es muy perseguido por dos tipos de león: el primero es grande y negro, (pantera) el segundo rojizo y pequeño (puma), ninguno de los cuales ataca al hombre, así como también por leopardos [?] y tigres (jaguar), que también son de dos tipos: el más grande siembra terror entre los indios, quienes cazan juntos por temor de encontrarse con él, mientras que el otro escapa después de haberles comido alguno de los perros.

Dicen que el tigre tiene irrefrenable fuerza y furia y que en muchas ocasiones ha arrastrado una danta, que es de tamaño más grande, por 40 millas, desde el interior del bosque hasta la Sabana, antes de comérsela. Esta criatura ruge continuamente cuando anda de cacería, rugido que se oye a gran distancia, de modo que los indios disponen de tiempo para alcanzar algún río, o buscar un refugio, antes que la fiera los alcance, no obstante que el animal se mueve muy rápido y tiene buen olfato.

La vaca de monte (danta) llamada Tilba por los nativos es del tamaño de un ternero inglés de un año de edad, con una trompa de elefante, sin cuernos. Durante el día se esconde en los pantanos para escapar de los tigres, y por la noche nada en los ríos en busca de comida. Su carne es muy buena, pero la bestia es escasa y difícil de encontrar.

Quedan muy pocos mandriles y gran multitud de monos de cola larga, cuya carne es muy apreciada por los indios; tienen el sabor y parecido a la del carnero muflón.

Los jabalíes y sahínos abundan en grandes manadas; son dos tipos de cerdos salvajes nativos que tienen el ombligo en el lomo³⁵ los primeros son casi dos veces más grandes que los segundos y de mejor carne, la de los sahínos menos apetitosa. Cuando una fiera se encuentra con ellos, inmediatamente se juntan para formar un círculo, con las cabezas enfrentando al enemigo, mostrando los agudos colmillos.

³⁴ Es el venado puco, o garno rojo, (*Mazama americana*).

³⁵ Mas bien una glándula almizclada, cuyo olor mantiene junta a la manada.

Los agutíes (guatusas) y las pacas (guardatinajas) son tan abundantes como los grandes felinos que los capturan. La carne sabe a cervato, especialmente en las ancas que son carnosas y rechonchas, aunque magras como en el anterior.

Los zorros son también abundantes y al igual que las nutrias se alimentan de peces; tienen buena carne y blanca.³⁶

Cocodrilos y lagartos,³⁷ que son criaturas anfibias, son numerosos en el país, acechando tanto en los bosques como en el agua. Se asemejan tanto que parecen ser de la misma especie, aunque comúnmente se dice que los caimanes tienen los dos dientes delanteros más largos que los correspondientes al cocodrilo y que las piedras almizcladas son en cierto modo más olorosas en aquél, que también es de mejor carne, pero yo no pude percibir la diferencia aunque he comido las de ambos.

Estas criaturas no son tan feroces en estos países, como comúnmente afirman los hombres, mujeres y niños que diariamente nadan y se bañan en los ríos infestados por los saurios, pero si se lanza al agua un cuerpo muerto, éstos lo devoran con preferencia.

Otra criatura, que los ingleses llaman guana (iguana) se encuentra en abundancia; es anfibia, se entierra en la tierra, trepa a los árboles, se zambulle en el agua. Es como una culebra gruesa, con cuatro patas armadas en el extremo con cinco largas garras como dedos. El cuerpo es de varios colores brillantes, escamoso como de serpiente y presenta en toda la longitud del dorso y de su larga cola una cresta de largas papilas planas. Es casi del tamaño de un gato y reputada como de buena carne, que sabe a conejo tierno, aunque es algo flaca debajo de la piel; se la considera muy buena para combatir la tisis.

Algunas partes de este país está bien surtido de aves; el río Wanks es frecuentemente visitado por muchas suertes de patos,

³⁶ Posiblemente se refiere al zorro acuático, (*Chironectes panamensis*), un marsupial que vive en los ríos donde pesca.

³⁷ Mejor dicho lagartos (*Crocodylus acutus*) y caimanes o cuajipales (*Cayman fuscus*).

como el Muscovy³⁸ y en la época de los vientos del norte por grandes bandadas de especies más pequeñas, que en ese tiempo buscan amparo en las lagunas.

Una gran ave, (no pude distinguir si águila o buitre), es el gran terror de los monos, pues tan pronto como estos la ven descender dejan las ramas altas y se dirigen a los arbustos en el terreno, donde se exponen a la rapacidad de las bestias que de otra forma no los podrían coger.³⁹

Loras y lapas, de las más grandes y gloriosamente pintadas, constituyen las aves más comunes del país, con los pequeños chocoyos que vuelan en bandadas como los gorrones, pero su sabor es a almizcle.

Una clase de ave granda ronda por los platanares, que los nativos llaman quawmoes y los ingleses curasoes (pavones o pajuiles); son una clase de pavo nativo con una bonita corona de plumas en la cabeza y muy bien recibidos por el viajero hambriento, quien puede disparar a todos los que encuentre, uno tras otro. Son tan tímidos que en algunas partes difícilmente se ponen en fuga, donde pueden ser encontrados en grupos de diez o doce; constituyen excelente carne, lo mismo que una clase más pequeña que vive en esos mismos lugares y que es como las gallinas de Guinea.⁴⁰

También abundan las palomas monteras, que descenden sobre las copas de los árboles o en las rocas, y una clase de paloma gorda que anda generalmente por el terreno. Junto al mar se hallan muchos pelícanos y flamings; este último tiene forma entre ganso y garza, se alimenta de caracoles y pueden distinguirse a larga distancia como una llama de fuego.

Los bosques están bien poblados con una gran variedad de otras aves, de bellos colores y que tiene buen sabor, que sería

³⁸ El llamado Pato Real (*Cairina moschata*), que es casi cosmopolita.

³⁹ Se trata del águila arpía o come-mono, (*Harpia harpyja*), la rapaz más grande de las selvas centroamericanas.

⁴⁰ Posiblemente la perdiz, (*Tinamus major*).

tedioso describir, más si desconozco sus nombres.

Los ríos, las lagunas y sobre todo las aguas marinas están muy suplidos con peces de toda clase. En los ríos de agua dulce hay una cierta clase de tortuga, llamada cushwaw (cuscuás o jicotea), que es de buena carne y se encuentra en pocas partes de América. En la costa abundan tres grandes tortugas marinas: la pico de halcón (carey), cabeza de troza (caguama) y la tortuga verde. La última es de mejor carne, la segunda por su aceite o grasa y la primera por su concha, pero como estas son bien conocidas por los ingleses no requieren de descripción adicional.

Sábalos y robalos pueblan las aguas marinas y los ríos; el primero es un curioso pez de gran tamaño, casi como salmón; el otro se parece a una carpa, con el hocico apuntado; ambos de muy buena carne. También tienen grandes cardúmenes de lisas, plateados, bagres, cavallas, tiburones, pargos, gruñones, algunas focas, rayas, mantas y otros peces de punzón, pero más grandes.

Pero el mejor pez que tienen es el manatí, o vaca marina, que puede elevar la parte posterior. La mayoría de los viajeros que he encontrado en estas partes le consideran como el mejor pescado, si no la mejor carne del mundo. Se le ve algunas veces extraviado en las lagunas del país, aunque no en abundancia debido a la codicia de los indios que no tienen inconveniente en capturarlo cuando se presenta la ocasión. El color y tono de este pez [?] son semejantes a los de la foca, pero con escaso pelo; se parece a una vaca sin cuernos y presenta dos aletas en lugar de patas, con las cuales se arrastra para pastar fuera del agua. Sus huesos no son como los de los pescados grandes, sino como de buey. La carne es muy blanca, de sabor placentero y tan saludable que comúnmente se dice que limpia la sangre, a cualquiera que la pruebe por cierto tiempo, de infecciones tales como viruelas, escorbuto, venéreas, y que muchos tripulantes han experimentado la virtud de recuperar la salud cuando se alimentan de él.

Estos peces son muy grandes; he visto algunos que pesan quinientas o seiscientas libras y sabido de otros que llegan a las mil, de pura carne. Proporcionan al pescador no poco entreteni-

miento en la captura, porque después de haber sido alcanzados en el costado por un dardo o arpón, que lleva atado un largo cordel con su flotador, se mantienen activos por cierto tiempo, sin abandonar los bajíos, lo cual da oportunidad a los indios para rematarlos desde sus botes, arrojándoles más lanzas y flechas, antes que lo atrapen. En varias ocasiones voltean las canoas en el forcejeo.

Delfines, peces voladores, marsopas, bonitos, focas y otros parecidos se mantienen a cierta distancia de la costa y son tan frecuentes en estas costas como en otras partes, por lo tanto los dejamos aquí.

Tomado de
M.W: The Mosquito Indian and his Golden River
A collection of Voyages and Travels VOL. VI
Londres, 1704-1746
traducción y notas por Jaime Incer Barquero



JOHN COCKBURN

*Viaje por tierra
desde el Golfo de Honduras
hasta el gran Mar del Sur*

COMENTARIO A LA CRÓNICA DE JOHN COCKBURN

La aventura del inglés John Cockburn tuvo lugar en 1731, cuando el barco donde servía como marinero fue atacado por un barco de bandera española y la tripulación abandonada a su suerte en la costa caribe de Honduras. Con algunos compañeros de infortunio se vió obligado a recorrer el camino a pie, desde Honduras hasta Panamá, pasando en el trayecto por El Salvador, Nicaragua, y Costa Rica. Al llegar a Panamá encontró un barco en el cual regresó a Inglaterra.

Poco tiempo después Cockburn publicó en Londres una corta narración a la que tituló *A Journey over Land from the Gulf of Honduras to the Great South-Sea*, ("Viaje por tierra desde el Golfo de Honduras hasta el gran Mar del Sur"), título que en ediciones posteriores se cambió a *The Unfortunate Englishmen*, ("Los Ingleses Desafortunados").

A manera de subtítulo el libro explica que se trata de una narración fiel de los sufrimientos y aventuras de John Cockburn y otros cinco marineros ingleses, ofreciendo a los lectores el relato de importantes descubrimientos realizados en partes casi desconocidas de América, incluyendo los modos y costumbres de los varios indios que habitaban en el trayecto de 2,400 millas; en particular sobre su conducta hacia los españoles e ingleses.

Se trataba, en efecto, del primer libro en cien años—después de la obra de Thomas Gage—dedicado a describir un viaje a través de los pueblos de América Central, colonizados por los españoles, efectuado por un observador de la nación inglesa.

La narración fue escrita en aceptable estilo y con bastante imparcialidad. Se refiere a las vicisitudes a lo largo de una ruta que en realidad no medía más de 1,700 kilómetros, es decir la mitad de la distancia supuesta por Cockburn. No obstante ser un observador de paso, el autor presentó algunos aspectos de los pueblos y gentes que encontró en su peregrinación, si bien no es muy acertado en la descripción de los sitios. Con frecuencia cita locali-

dades hoy difíciles de ubicar y escritas en un español tan pobre que delata su escasa habilidad para chapurrear el idioma.

A diferencia de otros viajeros ingleses—hispanóforos—Cockburn no aprovechó su relato para recalcar el atraso de los pueblos visitados. De aquella gente sencilla mas bien recibió refugio y alimento, con sus cinco compañeros de viaje, cuando acicateados por el hambre recorrieron en andrajos los caminos del istmo.

La aventura -o mejor, la desventura- tuvo su inicio cuando Cockburn se embarcó en Jamaica como tripulante, sin identificar su misión o destino. Es de sospechar que abordó uno de esos barcos que se dedicaban al contrabando en la costa de Honduras, en aquel entonces un floreciente negocio para los colonos ingleses radicados en la Costa Mosquitia. El barco fue asaltado y su tripulación abandonada en la costa norte de Honduras.

En abril de 1731 salió Cockburn y sus compañeros de Puerto Caballos—hoy Puerto Cortés—con rumbo al sur. Caminaron por las montañas de Honduras sin que fueran hostigados por las autoridades españolas, salvo el alcalde de San Pedro de Sula que los retuvo presos. Algunos de los prisioneros, entre ellos Cockburn, lograron escapar. Los fugitivos anduvieron perdidos por serranías y valles durante varios días, pero no les fue difícil encontrar refugio y alimento entre los ranchos indígenas. Llegaron a San Miguel —en El Salvador—donde las autoridades les brindaron apoyo y extendieron permiso para embarcarse en el golfo de Fonseca con destino a Nicaragua.

La compañía de Cockburn atravesó el golfo en dos canoas remadas por indígenas hasta desembarcar en el Estero Real. Hambrientos como estaban fueron mendigando a lo largo del camino hasta llegar al pueblo de El Viejo, donde fueron socorridos con unos zapotes y un guacal de chocolate. En ese tiempo la región estaba padeciendo de hambruna a causa de una peste de “tabardillo” o sarampión que había llevado a la tumba a la mayor parte de los indígenas que cultivaban el campo, cuyas tierras además estaban secas por lo árido de la estación.

También fallaron los caminantes ingleses en encontrar un barco en El Realejo que los llevase a Panamá, lugar éste donde existía una agencia de comercio inglés autorizada por España, antes que estallase la guerra de 1739 entre ambas potencias. En el astillero de El Realejo se construían naves de cedro para suplir la demanda de Acapulco y Perú. Mantuvieron la esperanza de alcanzar la costa de Nicoya donde, según fueron informados, arribaban de vez en cuando barcos de Panamá para cargar sebo y cecina.

Pasaron una noche por Chinandega, "una villa india completamente despoblada de criatura alguna," debido a la peste imperante. Al menos fueron socorridos con algunas tortillas y plátanos que les hicieron recobrar fuerzas para reanudar el camino. Llegaron a León, entonces "una ciudad grande y poblada, con una gran iglesia y un hermoso convento lleno de devotos." Los frailes se negaron a recibir a los viajeros porque eran protestantes. Un caballero de ascendencia irlandesa, sin embargo, les brindó alojamiento y consiguió con el alcalde salvoconductos, puesto que sin tales documentos no les sería permitido viajar por el país.

Continuaron en su éxodo rumbo a Granada. No obstante el hambre que lo acicateaba Cockburn mantuvo un ojo abierto ante el exótico paisaje de la región: "pasamos por varias villas que se levantan muy apretujadas sobre una bella y nivelada planicie, fácil de caminar y deliciosa a la vista, presentando aquí y allá rodales de bosques y huertos entre terrenos ondulados de interesantes perspectivas." Los viajeros alcanzaron las riberas del lago de Managua, que equivocadamente Cockburn supuso ser el de Nicaragua, tal era su desconocimiento de la tierra que recorría junto con sus harapientos compañeros. A su paso por la villa indígena de Managua fueron conducidos ante unos frailes que los sometieron a un interrogatorio político y religioso, pero al enterarse de sus desventuras les brindaron hospedaje, monedas y—según confiesa el autor—la mejor comida que disfrutaron desde que iniciaron la marcha.

Una vez en Granada los ingleses se presentaron ante el alcalde

en demanda de socorro. Este los acomodó en la prisión, pues no tenía mejor hospedaje que ofrecerles, otorgándoles dos reales por cabeza para el sustento. El tesorero de la ciudad les ofreció trabajo en un barco de su propiedad que comerciaba en la Mar del Sur; les brindó además su casa, donde al menos pudieron reposar sin tener que dormir en el duro suelo de la cárcel.

Cockburn describe a Granada como una población grande, con tres iglesias y varios conventos. El cacao circulaba por moneda. Lanchas planas hacían cabotaje entre la ciudad y Portobelo, pero los viajeros no lograron obtener el permiso de las autoridades locales para navegar por la ruta del lago. Una prohibición real procuraba evitar que los extranjeros conocieran el estado de las defensas en el río San Juan y de la navegación que los españoles realizaban por sus aguas.

La estación lluviosa se inició cuando los ingleses dejaron Granada. Vadearon a continuación las ciénagas que encontraron en el camino, hasta llegar a las feraces tierras de Rivas cultivadas con cacaotales, platanares y árboles frutales. El cacao crecía "en grandes cápsulas parecidas a melones," algunas de las cuales contenía de 70 a 80 semillas de excelente calidad.

En uno de los pueblos los viajeros fueron obsequiados con tan suculento almuerzo que pronto quedaron sedados bajo sus efectos. Uno de los ingleses soñolientos creyó percibir a un viejo, cuya cara le pareció conocida. Al despertar, en efecto, le fue presentado un anciano de pocas palabras que en verdad resultó ser un conocido piloto inglés que se había extraviado mucho tiempo atrás y daba por desaparecido en Inglaterra.

En el pueblo del Valle de Nicaragua—pocos años antes rebautizado como Rivas—el alcalde los recibió y aprovisionó para el viaje hasta Nicoya. Fueron obsequiados con "puros," descritos como "hojas enrolladas en tal forma que sirven como pipas y tabaco," de uso común en el país entre los caballeros y las damas por igual. Dejaron el pueblo atrás sin mayor incidente que haber sido atacados por un furioso carnero cuando reposaban en hamacas, Cock-

bum resultó con una costilla quebrada a consecuencia de la embestida del malicioso cornúpeto.

Entre Rivas y Nicoya el territorio estaba entonces deshabitado, era montañoso y frecuentado por fieras. Acampaban en la noche encendiendo hogueras, si es que no las apagaban las tormentas. La caída de los rayos, el desplome de los árboles y el aullar de las fieras eran para espantar al más valiente. Por varios días caminaron entre bosques y sabanas, sin guía ni brújula, consumiendo su ración de chocolate rivense como bebida y lastre, tratando de conservar las energías necesarias y soportar la fatiga de tan áspero camino.

Al final arribaron a Nicoya y aunque ahí permanecieron por varias semanas reponiéndose de la extenuante marcha, no encontraron barco que los llevase a Panamá, salvo una canoa donde los viajeros tomaron pasaje y enfilaron vela hacia la costa de Chiriquí. El viaje por agua fue peligroso al punto de arriesgar seriamente la vida de los tripulantes, tanto que los ingleses se sintieron en un momento dado como "los hombres más desgraciados del mundo." Lograron sobrevivir gracias a la asistencia de los indios Buri-cas que habitaban por aquella tormentosa costa.

Una vez en Chiriquí, Cockburn fue testigo de un asalto que hicieron al pueblo ciertos indios salvajes. Saquearon casas, escalaron y quemaron vivo a un fraile en medio de danzas y borracheras. "Los españoles los llaman Zancudos o Mosquitos debido a su pequeño tamaño, pues en realidad son la gente más menuda que haya visto, no pasando de cuatro pies y algunas pulgadas de estatura, pero aunque bajitos son bien proporcionados."

El aspecto físico y los adornos con que Cockburn describe a los invasores no parecen corresponder a los rasgos corporales ni a la ornamentación que usaban los Misquitos en el siglo XVIII. Probablemente se trataba de indios Terebes, que vivían cerca de Bocas del Toro, los que siguiendo el ejemplo de los Misquitos ofrecieron resistencia a la penetración de los españoles en su territorio.

De Chiriquí continuaron los ingleses a pie rumbo a Panamá.

Pasaron a Portobelo donde tomaron un velero que los condujo a Jamaica a principios de 1732, poniendo fin a su larga travesía y calvario.

La narración de John Cockburn, en resumidas cuentas, conserva el valor de ser una de las pocas y más interesantes impresiones sobre la vida colonial en América Central, gracias a la curiosidad de un viajero extraño de aquellas tierras, no obstante la cuota de sufrimientos que tuvo que padecer a lo largo de su desventurado trayecto.

El libro tuvo buen éxito en Inglaterra, a juzgar por las siete ediciones que aparecieron entre 1735 y 1817. Del resto de su vida nada se supo y su identidad, a juicio de uno de sus críticos, sigue siendo la de "un oscuro marinero."

XIII

Viaje de cinco desafortunados ingleses por Nicaragua y Nicoya

1731

En el Golfo de Fonseca o Amapala hay muchas islas, algunas de cinco, seis o siete millas de largo que producen abundantes cocos y plátanos. Para obtenerlos desembarcamos en una de ellas en el segundo día de nuestra salida mientras los indios fueron a bucear perlas. Cuando regresaron hicimos un gran festín con nuestros plátanos y las ostras que trajeron, las cuales son deliciosas y tienen mejor gusto que cualquiera de las otras que yo había antes saboreado. Mientras estuvimos en la isla asamos una buena cantidad de plátanos, además de tomar con nosotros suficiente cantidad de agua dulce, para el viaje, pues teníamos todavía cuarenta leguas por delante. Esas islas están tan infestadas de animales salvajes que nadie se queda en ellas después de la puesta del sol.

Durante el paso por el Golfo tuvimos abundante lluvia y sufrimos una terrible borrasca, de modo que a menudo era difícil mantener las canoas encima del agua. Cada uno de los indios llevaba un cuero para protegerse de la lluvia, pero nosotros tuvimos que soportar la furia de los elementos. En el cuarto día, después de pasar por muchas islas, nosotros, (es decir Anister y yo), que viajábamos en canoa y habíamos adelantado a los otros, llegamos al otro lado del Golfo y entramos a una laguna llena de manglares que dificultaban el paso.¹ Después de haber penetrado por unas 20 millas encontramos un rancho que se levantaba cerca del agua; allí atracamos no con poco regocijo al sentir

¹ Se refiere al delta del Estero Real.

nuestros pies puestos de nuevo en la costa, ya que el tiempo había sido muy riguroso y nosotros estuvimos expuestos a él. El rancho estaba deshabitado a causa de la epidemia que campeaba en el lugar.² Cuando los indios desembarcan, se refugian ahí solamente por un día mientras reúnen sus pertenencias y esperan por las mulas que los llevarán tierra adentro.

Banister y yo, no deseando quedar allí en espera del arribo de nuestros compañeros, pedimos a los indios nos llevaran a una población donde pudiésemos esperar por los otros. Por lo tanto nos condujeron a un pueblo donde arribamos a la puesta del sol; pero en ese lugar no obtuvimos alimento por ningún precio, no obstante que podíamos pagar por él si se hubiera conseguido. No se veía varón en el pueblo y cualquier mujer que encontrábamos parecía el retrato del hambre; y bien que lo podía ser, pues no tenían nada salvo unos sapotes verdes que cocían para sustentarse, alimento difícil de comer para cualquier criatura. Esta carestía nos obligó a descartar la idea de quedar allí esperando a nuestros compañeros, y seguimos adelante.³

Cerca del medio día siguiente llegamos al antiguo Pueblo Vaco,⁴ donde habían una iglesia y varias casas, aunque se veía poca gente. Al fin sorprendimos a una señora en una de las casas, muy bien vestida, a quien recurrimos de caridad. Al momento preparó chocolate, brindándonos bastante de la bebida, que para entonces la aceptamos más que si hubiera sido oro. Mientras le refería parte de la historia a esta señora, que era una mestie,⁵ llegó el marido, que era de su misma raza mezclada; es decir, entre español, indio y mulato, gozando de la misma estima como cualquier español verdadero. Cuando este caballero escuchó parte de nuestra historia, y supo que estábamos em-

² Durante esos años una serie de epidemias letales, entre ellas el tabardillo o sarampión, azolaba los pueblos de Centroamérica.

³ El pueblo visitado era posiblemente Tonalá.

⁴ El Viejo.

⁵ Mestiza.

peñados en llegar al Mar del Sur, nos informó que había un pueblo llamado Realejo o Rialejo, a dos días de camino, donde arribaban barcos de Panamá de vez en cuando y tendríamos buena oportunidad de conseguir pasaje para ese lugar. Entonces manifesté a los anfitriones que sólo deseábamos quedarnos hasta que nos alcanzaran nuestros compañeros de viaje, a quienes habíamos dejado en una canoa en el golfo de Fonseca; pero como no insistieron en que nos quedáramos tuvimos que marchar a Realejo.

A la puesta del sol alcanzamos una villa de indios, totalmente despoblada, lo que nos obligó a no buscar alojamiento en ella sino a continuar el camino.⁶ No habíamos andado las dos millas cuando encontramos algunos indios que iban a la villa cargando plátanos. Les preguntamos sobre la ruta a Realejo. Nos replicaron que nadie viajaba de noche y por lo tanto nos persuadieron a regresar a la villa. Caminando con ellos supimos que se había desatado una peste en estos lugares, que había barrido principalmente con los hombres, que las mujeres y niños sobrevivientes no podían cazar en los bosques y montañas, tal como lo hacían los varones, razón por la cual se estaban muriendo de hambre.

Entonces imaginamos que la causa por la cual no fuimos informados sobre la gran carestía de alimentos, que se padecía en estos lugares, era el temor de la gente que nosotros nos aprovecharíamos de su debilidad, situación que los alarmaba aún más al escuchar que estábamos esperando el arribo de otros compañeros. De ser así, eran injustos en sus pensamientos, ya que no era nuestra intención causar daño, aunque quisiéramos, menos a esta gente que a pesar de sus grandes dificultades nos habían socorrido y aliviado. Ellos creían que si alguna vez caían en manos inglesas, pagaríamos su generosidad con muestras de mucho rigor y crueldad. Estas ideas, por las que era difícil convencerles que nos diesen hospedaje, deben haberlas adquirido

⁶ Posiblemente Chinandega.

de los negros fugitivos que de vez en cuando escapan de nuestras islas en las Indias Occidentales; o más probable y generalmente de los españoles, que son hábiles en levantar la aversión de esta gente en contra de aquella de nuestra nación.

Pero regresando a la narración, entregamos a los pobres indios dos reales por dos plátanos y una pata de gallina. Al día siguiente fuimos a Realejo y, de acuerdo a la costumbre, recorrimos el pueblo buscando comida, pero no conseguimos nada. Vimos a unas pocas mujeres; una de ellas era una negra a la que preguntamos si nos podía dar algo de comer. Nos dijo que había maíz, aunque caro, muy poco por un real, pero si lo comprábamos haría algunas tortillas y nos alojaría en su casa. Aceptamos y dimos el dinero para que dispusiera de él a su conveniencia. Mientras permanecemos allí, unos dos días, llegaron los compañeros de viaje que habían quedado atrás. Se quejaban gravemente de estar muriéndose de hambre, pues no habían probado bocado en los últimos cuatro días. Los confortamos invitándoles a las tortillas, que comieron con gran desesperación.

En este lugar vimos dos barcos montados en los astilleros; les faltaba la entabladura y la cubierta. Los indios estaban ocupados en doblar cortezas de árboles, curvas por naturaleza, de la misma manera como nosotros forjamos las planchas en el fuego. Estos barcos, destinados a Perú y Acapulco, estaban contruidos con cedro y capacidad de 300 toneles. La armazón del piso, costados y parte superior era de una sola pieza. No pudimos encontrar aquí ningún barco que colmara nuestra esperanza.

Un español me informó de un lugar llamado Nicoya, donde existía mayor posibilidad de tomar una lancha que llegaba de Panamá para cargar sebo y tasajo. Nos sugirió visitar al santo cura del lugar y pidiéramos su ayuda. Fuimos a buscarlo y le expusimos nuestra necesidad, la cual fue satisfecha con el obsequio de un plátano por cabeza. Regresamos donde la anfitriona negra, que se portó como nuestra mejor amiga; nos había preparado un almuerzo caliente. Nos indicó ir directamente a León,

una ciudad grande, con Gobernador español, situada a dos días de camino, pues no podíamos quedar en el puerto por más tiempo sin morir de inanición. Aceptamos su consejo y en la mañana siguiente tomamos el camino para León.

A mediodía arribamos a un pueblo indio⁷ donde, según nos informaron, vivía un fraile, hombre de bien, a quien recurrimos por socorro. Resultó muy caritativo y dio a cada uno un real. Decidimos no parar y continuar; a la caída del sol llegamos a otra villa⁸ donde intentamos conseguir algo de comida, pero no lo logramos; sin embargo obtuvimos alojamiento en un lugar para pasar la noche.

Al día siguiente a mediodía entramos a la ciudad de León. Nuestra primera acción fue preguntar por el Gobernador, ante quien debíamos presentarnos antes que a nadie. Nos dijeron que estaba fuera del pueblo. León es una población grande y populosa, con una gran iglesia y un buen convento de muchos devotos. Un día visitamos el convento en demanda de caridad. Los padres nos preguntaron si éramos cristianos; cuando les dijimos que sí, quisieron saber quiénes nos habían bautizado. Les respondí que los clérigos de la iglesia de Inglaterra. Entonces-nos dijeron-no son cristianos, porque ellos no tienen el poder de bautizar, ya que se casan y tienen hijos. Cuando me estaban sermoneando vino una mujer negra y nos dijo que su patrón Don Enmanuel deseaba hablar con nosotros.

Fuimos de inmediato con la mujer a la casa. Don Enmanuel hizo muchas preguntas de las que la buena índole y curiosidad sugerían, a las que respondí lo mejor que pude. Cuando supo que habíamos entregado nuestros pases al alcalde de Conchagua, antes de cruzar el gran golfo, y que no los teníamos ahora, nos dijo que deberíamos obtenerlos, pues no podíamos viajar sin ellos. Lamentaba que su padre, quien estilizaba a los ingleses aunque nacido en Irlanda y era secretario, tesorero y confi-

⁷ Posiblemente Chichigalpa.

⁸ Posottega.

dente del Gobernador, no se encontrara en el pueblo en esta crítica coyuntura; de lo contrario hubiera extendido los pases de inmediato. Sin embargo prometió llevarnos al día siguiente ante el Alcalde Mayor o Vice-Gobernador para tratar de conseguirlos. Nos acompañó, de acuerdo con su promesa, y obtuvo los permisos. Sugirió luego que fuésemos a Granada donde se construían barcos que iban a Porto-bello,⁹ consejo de nuestro buen amigo que resolvimos seguir. Este caballero nos trató con extraordinaria gentileza y hospitalidad durante los tres días que estuvimos en León, pasados los cuales nos despedimos y marchamos a Granada.

Salimos de León en la mañana y por la tarde llegamos a una villa india¹⁰ donde mostramos los pases al Alcalde del lugar, pero como no sabía leer le informé que el Gobernador había ordenado a todos los alcaldes por donde pasaríamos proveernos de alimentos. No obstante la orden, él nos dio a entender que no estaba en su poder cumplirla porque los habitantes del lugar tenían poco o nada para sí mismos y que era de esperar que la misma queja escucharíamos en los otros lugares. En efecto, tuvimos realmente similares disculpas por los siguientes dieciocho días por donde anduvimos luego de abandonar esta villa. Como si fuera poco, la mayor miseria del lugar consistía en que el agua estaba tan escasa como el alimento, tanto que siempre que encontramos una charca en el camino, o la huella de la pata de una bestia donde había alguna humedad almacenada, sin importar color u olor, nunca fallamos en echarnos al suelo y beberla, y puedo decirlo con satisfacción. Nuestra sola comida en ese tiempo fueron unas pobres bayas secas, que nos cayeron de maravillas siempre que las encontramos.¹¹

Pasamos por varias villas que se levantaban muy juntas sobre una bella planicie muy nivelada, fácil de caminar y deleitosa

⁹ Portobelo en la costa caribe de Panamá.

¹⁰ Posiblemente Nagarote.

¹¹ Tigüilotes, *Cordia dentata*, probablemente.

a la vista, presentando aquí y all rodales de árboles y huertos entre terrenos ondulados de interesantes perspectivas. Después de buen recorrido llegamos a una montaña a la que remontamos, desde cuya cresta pudimos ver el gran lago de Nicaragua.¹²

Una vez descendida la montaña arribamos a una villa india,¹³ donde encontramos a tres caballeros que pertenecían a una orden monástica; enviaron por nosotros para examinarnos estrictamente acerca de nuestro país y religión, pero estuvieron más interesados en saber sobre nuestro estado y gobierno, a cuyas preguntas respondí como pude. Estos caballeros iban de paso entre Granada y León; nos ofrecieron la mejor comida que tuvimos por mucho tiempo, donaron un real a cada uno, además de darnos albergue por esa noche.

En la mañana siguiente alcanzamos el lago de Nicaragua¹⁴ y teniéndolo a un lado pasamos por varias villas hasta que al final arribamos a la ciudad de Granada. Fuimos directos donde el Alcalde Mayor, quien es siempre un español; le mostramos nuestros pases. Nos entregó dos reales por cabeza y dijo que podía alojarnos en la prisión mientras estuviéramos en la ciudad, pero no en calidad de prisioneros confinados ya que tendríamos libertad cada día para ir por la población a nuestro antojo, de modo que aquel hospedaje no constituyó una gran mortificación para nosotros.

Granada es muy grande y contiene tres iglesias, con varios conventos pertenecientes a varias órdenes religiosas. Al conocer de la existencia de numerosos clérigos pensamos que era apropiado buscar su asistencia; algunos nos la brindaron, otros no. Encontramos que en este pueblo el cacao pasaba por moneda; setenta almendras equivalían a un real de plata.

Un caballero, que es el Tesorero Real en estas partes, vino un

¹² De acuerdo con el itinerario, remontaron la sierra de Mateare de cuya cresta divisaron el lago de Managua y no el de Nicaragua como Cockburn asume.

¹³ Obviamente Managua.

¹⁴ Mas bien el de Managua.

día a la prisión para hacernos algunas preguntas sobre nuestras desgracias. Una vez que se las referí, nos invitó a pasar diariamente por su casa para darnos alguna ayuda; por el momento nos proveyó de un gran colchón, pues hasta entonces dormíamos sobre el duro suelo. Este caballero tenía un barco que comerciaba con la Mar del Sur; ofreció que si nos quedábamos nos emplearía en él, pero le respondí que la determinación era de regresar a nuestro país, si fuera posible, de lo contrario nos gustaría entrar en su servicio.

Como en este puerto construían lanchas de fondo plano, que iban a Porto-bello por la vía del Lago de Nicaragua, fuimos donde el capitán de una de ellas a tratar de conseguir pasaje. Nos dijo que si obteníamos un pase que nos permitiera viajar por el Castillo de San Juan, que se encuentra en una isla en la estrechura del lago a unas 50 leguas de distancia,¹⁵ no solamente nos daría cupo sino también pagaría nuestro trabajo. Este Castillo de San Juan domina todos los barcos que suben rumbo al lago a través de un canal tan estrecho, lleno de barras y bajíos, que es imposible para cualquier nave evitarlos sin pasar junto al Castillo, por lo cual era necesario obtener el permiso.

Como en ese tiempo el gobernador del Castillo estaba en Granada, y de él dependía exclusivamente conceder el pase, a él recurrimos con la petición. Le informamos de todos nuestros infortunios y la incapacidad en que estábamos para seguirlos soportando. También expusimos que si él no otorgaba el favor, de sus manos y poder, nos veríamos obligados a viajar por muchos centenares de leguas fuera de curso y remontar las Montañas de Nicaragua, cosa impracticable para los que andábamos a pie; en concreto le señalamos, según nos indicaron, que teníamos por delante la parte del país más difícil de caminar y en la peor estación del año, que es la época de las lluvias.

La respuesta fue que tenía instrucciones del Rey de España de no permitir que ningún inglés subiera hacia el lago o bajara

¹⁵ Se refería a la fortaleza de La Inmaculada, levantada frente al raudal principal del río San Juan.

de él; por lo tanto no podía satisfacer nuestra petición. Esta negativa cortante nos desanimó por completo. Era nuestro caso, como es natural, el de aquellas personas desesperadas cuando ven que se desvanecen las ilusiones que abrigaban. No nos resignábamos ante la idea de no poder viajar por el lago de Nicaragua, pensando cuan fácil hubiera sido, con pase en mano, llegar a nuestro destino.

Caminando de acá para allá en actitud pensativa encontramos por casualidad una compañía de indios entre los cuales andaba un paisano nuestro con aspecto de muerto de hambre. Le preguntamos cuánto tiempo había permanecido en este país; nos dijo que casi cinco años, que había andado de un lado a otro buscando cómo salir de él pero que aún le faltaba mucho qué recorrer para lograrlo. Se llamaba Robert Barnwell y era oriundo de West-Chester. Según parece, había sido asaltado del mismo modo que nosotros y abandonado en la costa con otros compañeros, los que ahora estaban muertos, quedando él como único sobreviviente para lamentar su duro infortunio. Nos informó que había probado por todos los medios imaginables regresar a Inglaterra, pero que todos sus intentos habían resultado inútiles, de modo que ya no le quedaban más esperanzas de abandonar el país. Su último intento al respecto fue persuadir al capitán de uno de los barcos que circulaban entre Granada y Porto-bello para que lo llevase por el lago de Nicaragua, pero cuando arrió al Castillo de San Juan fue descubierto y devuelto, porque los españoles decían que una vez que los ingleses descubrieran la naturaleza del lago pronto se adueñarían de esta parte del país.

El lago de Nicaragua vierte sus aguas en la Mar del Norte y, aunque es de muy poca profundidad, mide 15 leguas en su parte más ancha, pero cerca del Castillo la anchura no llega a la milla, según nos informó Barnwell. Una vez escuchada su historia le referimos la nuestra y manifestamos que a partir de la última desilusión habíamos convenido (con la ayuda de Dios) marcharnos a Nicoya; que si él nos acompañaba podríamos intentarlo juntos. Se mostró muy complacido con la propuesta, pero como

estaba débil y enfermo temía no poder hacer la jornada. No obstante lo confortamos diciéndole que podía quedarse acá hasta que recuperase las fuerzas, pues nosotros estábamos también obligados a esperar por nuestro carpintero. Este trabajaba en un barco en construcción, al precio de dos pesos españoles por día. Estuvo empleado ocho días y recibió su jornal, con el cual compró un vestido que, en realidad, no valía más que dos chelines de esterlina, pues en estas partes todo tipo de ropaje es excesivamente caro.

Estando aquí sucedió un accidente en la prisión donde nos alojábamos, que pudo haber sido fatal para nosotros si no hubiésemos tomado alguna precaución. Sucedió así: cinco mulatos que estaban estrechamente confinados con hierros, por haber asesinado bárbaramente a un Alcalde Mayor, fueron traídos de San Miguel a esta ciudad, para ser conducidos al Castillo de San Juan como prisión vitalicia. Dos de estos sujetos arribaron, cargados de hierros, en una de nuestras canoas cuando cruzamos el Golfo Fonseca. Estos hombres quedaron encerrados con otros criminales en el cuarto contiguo al nuestro. Una noche, cuando todos estábamos dormidos, empezaron a llamar como sorprendidos a un viejo indio que dormía en nuestra habitación, el cual era un oficial con cierta autoridad tanto en pueblo como en la cárcel. El indio se levantó súbitamente al escuchar las voces, tomó una luz y fue a ver lo que pasaba. Cuando abrió la puerta de afuera, asumiendo que la interior estaba enllavada, los villanos se le echaron encima en forma violenta; lo golpearon, derribaron y dejaron tendido en el piso. Nos despertamos con el alboroto creyendo que era entre los presos; no viendo al viejo, nos incorporamos entre dormidos y despiertos y corrimos a indagar la causa del bochinche. Cuando llegamos al lugar de la bulla, reinaba la calma y nos encontramos en medio de la oscuridad. Dio la casualidad que tropezamos con un cuerpo junto a la puerta donde estaban los hombres. Logramos levantarlo, pero al no advertir en él ningún signo de vida concluimos que los rufianes habían roto los barrotes y asesinado al viejo, nues-

tro compañero de cuarto, y que ése era su cadáver. Semejante deducción nos produjo gran consternación, en especial cuando pensamos que éramos unos trotamundos en patria extraña, afectos a un grado no pequeño de odio, sobre quienes podría recaer la sospecha de cómplices de tan terrible crimen y, quizás, ser condenados como culpables del hecho. Con estas ideas en mente, aconsejé a los demás que deberíamos ir en busca del Alcalde Mayor de la ciudad para informarle sobre lo sucedido. Así lo hicimos, aunque estábamos al filo de la noche. El Alcalde se levantó, vino con nosotros a la prisión, pero tomó la precaución de hacerse resguardar por sus oficiales. En el camino elogió altamente nuestro cuidado y fidelidad en este asunto. Cuando regresamos a la prisión nos sentimos muy felices de encontrar a nuestro viejo amigo, a quien suponíamos muerto, revivido, aunque muy golpeado y afligido por la pérdida de los convictos, quienes escaparon dejando a sus espaldas cadenas y grilletes despedazados.

El Alcalde ordenó que se hiciera una estricta persecución. Al día siguiente se encontró que habían buscado santuario en una iglesia que pertenecía al monasterio de los Franciscanos. Los frailes rehusaron entregarlos a la justicia diciendo que, puesto habían acudido a refugiarse ahí, se les concedía el asilo legal de rigor. Reconocimos agradecidos a la buena Providencia el haber conducido las cosas de este modo, por que nos libraba de cualquier sospecha de confabulación con estos viles forajidos, con los cuales nos habíamos visto obligados a viajar por cierto trecho cuando arribamos aquí.

Mientras estuvimos en este lugar arribaban con frecuencia canoas con indios, de los que habitan en la otra ribera de lago. Traían consigo ciertas criaturas como guanas,¹⁶ o mejor dicho unas lagartijas tan grandes como un perro mastín. Fueron vendidas a gran precio en Granada, pues se consideran felices los que pueden pagar por tan delicioso bocado. He comido de ellas

¹⁶ Iguanas.

y aunque su aspecto no es tan invitador, una vez guisadas saben mejor que cualquier ave. Estos indios son diferentes en rasgos y color de cualquiera de los otros indios que observé; usan con frecuencia el pelo largo y por lo tanto les llaman comúnmente indios peludos.¹⁷

Cuando descartamos todas las ideas de salir embarcados, me dediqué a averiguar cuál sería la mejor manera de ir a Nicoya. Supe que no había manera de evitar las Montañas de Nicaragua,¹⁸ las cuales me decían eran imposibles de atravesar a pie y sin armas, debido a los tigres y otras bestias salvajes que abundaban en ellas. Sin embargo, como no teníamos otra alternativa, aceptamos enfrentar peligros y aventurarnos por ese rumbo. Había llovido casi todo el tiempo que estuvimos aquí, así que nos esperaba una mala travesía. Una vez recogido todo lo necesario para el camino, después de una estadía de diez días en Granada, salimos para Nicoya. Barnwell no pudo acompañarnos a causa de su debilidad.

Habiendo avanzado unas dos leguas de Granada nos encontramos con algunos indios que nos dijeron estábamos en buen camino; un poco más adelante pasamos a otros dos que iban en la misma dirección y con los cuales nos juntamos hasta el fin de la jornada. Para entonces Banister comenzó a sentirse mal y tuvimos que apurarnos para alcanzar un lugar donde conseguirle alguna leche y procurar cualquier otro medio a favor de su recuperación; pero su salud empeoró de tal manera que nos indicaba que pronto no podría seguir en la caminata. Por otro lado, nosotros no podíamos forzarlo a continuar con la compañía, ni dejarlo solo, así que nos vimos obligados a ponerlo en manos de los pobres indios hasta que se sintiese mejor y pudiese tener la oportunidad de seguirnos.

¹⁷ Se trata de los indios "caribes" de la costa de Chontales, o del río San Juan, de ascendencia ulwa o rama probablemente.

¹⁸ En ese entonces se consideraban como tales las partes boscosas del piemonte de la cordillera volcánica de Guanacaste.

No lejos de aquí se extendía una gran sabana que por causa de las lluvias estaba completamente inundada.¹⁹ Tuvimos que vadearla, a veces con el agua hasta los hombros. El lodo y miasma que se levantaban del fondo eran capaces de envenenar cualquier cosa viviente. Tomó casi todo el día salir del fétido pantano, hasta que llegamos a un rancho donde encontramos a ciertos indios que nos dijeron que llevábamos el camino equivocado y se sorprendieron al saber cómo habíamos cruzado la gran ciénaga. Esta gente estaba tan lejos de socorrernos con agua para beber y lavarnos que no nos dieron ni un sorbo, a pesar de la gran necesidad que teníamos; sin embargo nos sentimos felices de poder reposar y descansar en medio de aquel cenagal en que estábamos.

Antes de proseguir el viaje en la siguiente mañana los indios nos dijeron que tratáramos de llegar a Santo Tomás²⁰ antes del anochecer, donde era posible conseguir suficientes plátanos. Efectivamente, arribamos al lugar a la puesta del sol. Ahí residía un cura, el cual no se encontraba cuando llegamos. Sin embargo nos quedamos por dos días atendidos por los sirvientes, en espera de nuestro compañero de viaje Banister, quien no apareció. Durante ese tiempo llovió mucho. La casa se levantaba placentera en medio de una arboleda de cacaoteros y plátanos, donde abundaban los árboles frutales.

Al tercer día del viaje partimos, siguiendo un buen camino donde no encontramos más que cacao, plátanos y varias clases de frutas. El cacao crece en pequeños árboles dentro de unas vainas tan grandes como melones, algunas de las cuales contienen cincuenta u ochenta almendras envueltas en una pulpa blanca. La pulpa se descarta y las almendras se tiran al agua; aquellas que se hunden se consideran como buenas una vez secadas al sol.

¹⁹ Los llanos de Ochomogo.

²⁰ Belén actualmente.

El siguiente lugar donde arribamos era una villa pequeña,²¹ donde había un alcalde indígena, a quien mostramos nuestros pases. Nos trató en una forma muy bondadosa y obligada, ordenando nos trajeran bastante chocolate, además de poner la comida de su casa a nuestra disposición. También nos prometió atender las provisiones que necesitaríamos para pasar las Montañas. Allí nos esperaba, según nos dijo, un largo, muy largo, camino, donde nadie se atreve a cruzar a pie, salvo los indios.

Después que cominos y bebimos hasta el hartazgo, caímos en un sopor. Como no había lugar para hacer la siesta dentro de la casa, fuimos al patio y nos estiramos sobre un pequeño tambor donde nos entregamos al sueño. Cuánto tiempo estuvimos en ese estado no lo sabría decir, pero al final nos despertó Rounce con una historia: había visto a un viejo caballero ricamente vestido mientras lo conducían por el patio a la casa; estaba seguro que se trataba de un inglés, pues cuando pasó a su lado le dijo en ese idioma: ¿Cómo está Ud. paisano? Pero esta no era la única razón que él tenía para considerarlo como tal, porque desde que le puso los ojos encima reconoció la cara del viejo y recordó que era la de una persona que había conocido algunos años atrás en Inglaterra.

Preguntamos a Rounce cuál fue su contestación; nos dijo que ninguna porque estaba tan sorprendido que se quedó sin habla. Por mi parte, como había estado durmiendo todo aquel rato, no me percaté del asunto y hasta llegué a pensar que Rounce había sido víctima de un sueño, del cual despertó súbitamente imaginando se trataba de un hecho real. Pero para estar seguros, nos levantamos y fuimos directamente a la casa, donde encontramos realmente al viejo caballero, sentado en una clase de silla. Estaba envuelto en una capa ricamente bordada con oro y parecía ser una persona retirada. Nos quedamos inmóviles viéndole, pero él no dijo palabra ni pareció advertir nuestra presencia. Picado por la curiosidad le pregunté (en español) si era un viejo castellano. Me respondió muy rápidamente, en inglés, que no era castellano, sino que había llegado de Londres hacía

muchos años, y no dijo más. Continué haciéndoles varias preguntas, a las que no respondió. Luego el Alcalde y otros que lo rodeaban me pidieron que no siguiera con el interrogatorio; confirmaron que el viejo era nuestro paisano, pero estaba anciano y sin capacidad de responder. Entonces me contuve, advirtiéndole que no tenían en mente que se entablara una discusión entre nosotros. Para entonces, Rounce lo había examinado bien y estaba muy satisfecho que este era el hombre que él había imaginado por tal; luego nos dijo que su nombre era Edmund Underwood, que había sido capitán de un barco, que había vivido en Vermont, donde había conocido muy bien a él y a su padre, el cual era un cordelero. Este hombre, según parece, había estado perdido desde hacía muchos años, tal como su hijo informara a Rounce después que arribamos a Inglaterra.

Nos quedamos allí por una noche; en la mañana siguiente nos despedimos del alcalde, quien nos dio veinte tamales de maíz indio y a cada uno dos reales en cacao. Nos indicó ir donde el otro alcalde del viejo pueblo de Nicaragua²² para obtener algo de él.

En el camino descubrimos un pajarito no más grande que un saltamontes, de color blancuzco; con dificultad se percibía cuando volaba de un árbol a otro. Por la tarde arribamos donde el Alcalde del viejo pueblo y le dimos nuestro recado. Nos contestó que haría lo que estuviera a su alcance; por el momento dio permiso para que circuláramos por el pueblo en demanda de provisiones para poder cruzar las Montañas. Así lo hicimos y obtuvimos plátanos y otros tasajos salados, de los cuales escogimos todo lo que podíamos acarrear.

A los tres días de nuestra permanencia en el lugar arribaron tres frailes que habían cruzado en mulas las Montañas de Nicaragua, bien protegidos por indios armados. Cuando supieron que intentábamos viajar por ellas a pie se empeñaron en disuadirnos pues, según afirmaban, podía ser nuestra desgracia, ya que no llevábamos armas para defendernos de los tigres que

²² Posiblemente Potosí.

presto nos devorarían. Parecían preocupados por un perro de mucha estima, que se perdió en esas Montañas, el cual suponen fue despedazado por las fieras. Estos caballeros nos obsequiaron con ciertos cigarros para fumar, que ellos crían ser un regalo muy aceptable. Se trata de hojas de tabaco enrolladas de tal forma que sirven de tabaco y pipa a la vez. Tanto los caballeros como las damas son muy aficionados a fumarlas, pero en realidad no hay otra forma de hacerlo porque no existen pipas en toda la Nueva España, salvo unos toscos instrumentos que usan los negros y los indios para tal efecto.

El Alcalde, en cuya casa estuvimos en ese tiempo, mantenía un gran carnero amarrado, por travieso, en un patio donde no lo habíamos descubierto. Una mañana nos levantamos de las hamacas, que colgaban de una especie de cobertizo, sin percatarnos que el carnero se había librado de sus ataduras. Al descubrirnos arremetió furiosamente contra nosotros; en primer lugar embistió a John Ballmain, derribándolo y corneándolo con toda furia. Cuando vi lo sucedido al compañero corrí en su ayuda, por lo cual el animal dejándolo a él cayó sobre mí con todo su ímpetu. Sintiendo que el antagonista era un poco fuerte para mí, se me ocurrió como única salida correr en torno de un árbol, donde ambos giramos con gran destreza; Pero la fortuna, que tan poco favorece a los estrategas como a los valientes, quiso que yo resbalara y cayera al suelo, dándole al enemigo ventaja sobre mi humanidad. El carnero no tuvo la cortesía de permitirme levantar, para poder renovar en forma justa la contienda. Por el contrario, al verme en esa condición, arremetió violentamente. Además de propinarme muchos golpes quebró una de mis costillas antes que pudiera recuperarme. Tan pronto como me puse de pie comencé a estudiar la revancha por la injuria, mirando alrededor en busca de algún garrote. Rounce apareció por un lado y totalmente inocente de la competencia se acercó tranquilo e inadvertidamente. El bravo se abalanzó contra él

²² Rivas, que en aquel tiempo surgía como un emporio de cacaotales.

con gran éxito y, luego de revolcarlo, parecía sellar la victoria atacándolo tan furioso como lo había hecho con nosotros. Esto me dio la oportunidad de caer sobre el animal por detrás, sin obligación protocolaria de mi parte para quien no había dado cuartel. Al final logré asirlo de los cuernos y a puñetazos lo golpeé en cabeza y hocico hasta sacarle sangre. El carnero se dio cuenta que ya era demasiado el juego y mostró señales de retirada; pero nosotros decidimos que no era suficiente y mientras dos lo sujetaban fue sometido a una tunda con unos palos hasta que aprendió la lección de humildad. En ese momento acudieron un negro y algunas mujeres indias que servían en la casa, lo llevaron para atarlo y el animal al reconocerlos se sometió pacientemente a la disciplina.

Este carnero fue el único chivo que vimos en el país y no me pesaría si hubiéramos perdido la ocasión de verlo. De mi parte, aunque me reí del encuentro tan pronto como finalizó—y lo he hecho desde entonces—no tengo causa para burlarme, pues sufrí de gran dolor a causa de la costilla rota, en especial al tiempo que estaba fresca, cuando nos tocó caminar por varios días por esas perdidas Montañas de Nicaragua. El Alcalde y su mujer se mostraron muy preocupados cuando me vieron amoratado y aplicaron a las partes lastimadas todo lo que sabían de cataplasmas y remedios.

Cumplimos seis días esperando que nuestro compañero de viaje Banister nos alcanzara pero, como no apareció, comenzamos a darlo por perdido y acordamos no esperarlo más. Partimos en la siguiente mañana, después de presentar nuestros respetos al Alcalde y su familia, quien nos indicó el camino que deberíamos tomar. Esta región fue la parte más placentera y productiva que encontramos entre la sabana inundada y el pie de las Montañas.

Pasamos la mayor parte del día viajando entre un bosque donde había gran variedad de frutas, hasta llegar a un gran río que vadeamos.²³ No habíamos avanzado un tiro de mosquete

²³ El río Sapoá.

cuando encontramos un rancho que resultó muy conveniente para descansar porque la noche caía. Fuimos directos a recoger leña para hacer una hoguera, no sin olvidar rellenar las calabazas de agua. Esa noche hubo una terrible tempestad, acompañada por vientos, truenos, rayos y lluvia, que unidos al espantoso aullar de las fieras, la caída de árboles causada por la tormenta, habría hecho pensar a cualquiera que se encontraba en otro mundo. Sin embargo, la tormenta cesó en la mañana, aunque la lluvia continuó como siempre, siendo imposible reanudar la marcha. Nuestra preocupación era, si el tiempo continuaba así, que las provisiones se agotaran antes de alcanzar las Montañas.

Cargábamos con dos tipos de monedas, una de plata y otra de cacao. Les dije a los compañeros que en ese momento apreciaba las almendras de cacao más que toda la plata que Las Indias producían. Para convencerlos de lo dicho busqué tres piedras, poniendo una de ellas al fuego hasta el rojo vivo; luego puse a tostar las almendras y después las molí con las otras dos piedras hasta darles consistencia de pasta. También herví una calabaza de agua, que es un cuesco delgado, y habiendo hecho una suspensión que revolví con dos o tres palitos apropiados para el caso, preparé un chocolate tan bueno como el mejor que un hombre podría saborear. A continuación todas las manos se pusieron en acción y hicieron la bebida de la misma manera. Encontramos que este método era de doble conveniencia: además de obsequiarnos con una gustosa bebida, consumíamos la carga y aligerábamos el peso, que podía resultar incómodo en esas circunstancias.

Fuimos después al río donde nos bañamos; andaba cerca una gran cantidad de monos. Nos llamó la atención una hembra que tenía tres críos, de los cuales uno colgaba de su cuello mientras los otros se prendían de los brazos, como una mujer que retiene a sus niños. La madre brincaba de una rama a otra con su carga; por último se lanzó de un árbol muy alto a otro más bajo, si hacer uso de sus patas delanteras.

Al anochecer nos dedicamos a reunir leña para hacer la hoguera,

muy necesaria para mientras estuviéramos aquí durmiendo. A esa hora vino un perro, que se nos arrimó, el cual nos hizo sospechar la proximidad de algunos indios, pero nadie apareció; queríamos que el perro se quedara con nosotros y nos hiciera compañía mientras andábamos en las Montañas. Le ofrecimos todas las sobras que teníamos; el pobre animal retozaba y perecía muy contento en nuestra compañía. Pero lo más sorprendente de este hallazgo es que habíamos deseado tanto tener un perro que fuera con nosotros por las Montañas, creyendo que sería un buen guardián, o por lo menos nos avisaría en caso de algún peligro alrededor. Hubiéramos pasado de estúpidos si no admiráramos al instante cómo la cuidadosa Providencia nos había complacido.

El tiempo mejoró en el siguiente día y convenimos en alcanzar las Montañas avanzando tanto como fuera posible. Con ese propósito marchamos con el perro. Después de chapotear a través de varias sabanas, con el agua hasta la cintura, llegamos a la caída de la tarde a la base de las Montañas, donde acampamos para pasar la noche. En la mañana siguiente comenzó el ascenso. Alrededor del mediodía nos sentimos agobiados por la provisión; para disminuirla nos detuvimos y llenamos el estómago, dándole su parte al can. Luego repartimos el peso entre cada uno para poder sobrellevarlo.

Esta Montaña está llena de barrancos y profundas grietas de modo que casi todos nuestros pasos nos hundían hasta la cintura, aunque hicimos lo posible por seguir el sendero abierto por mulas. Al final, habiendo descendido por el otro lado de la misma, llegamos a un río muy ancho y lodoso. Obligados a vadearlo supimos por la experiencia que estaba lleno de hoyos en el fondo, como la Montaña que acabábamos de pasar. Como aquí no había señales que guiaran nuestros pasos llegué a pensar que nos ahogaríamos antes de salir de él. Pasamos varias horas avanzando con gran dificultad, con el agua hasta el cuello, sin ver el fin de esto, mucho menos encontrar un lugar de descanso por un momento, pues las Montañas presentaban laderas

altas y precipitosas. Sin embargo, la Providencia nos asistió cuando al fin encontramos un paso que se abría entre ellas.

Fuimos ascendiendo directamente por una de ellas,²⁴ agotados como estábamos, y en la cumbre encontramos una planicie despejada, desde la cual divisamos la humeante Montaña de Bombaco²⁵ no lejos de donde nos encontrábamos. Esa montaña emite gran cantidad de materia sulfurosa; también se encuentra mucha piedra pómez. Pensamos que no podíamos haber encontrado mejor lugar que éste para pernoctar; por lo tanto hicimos una hoguera, alrededor de la cual podíamos echarnos a dormir sin miedo a los tigres. En esta ocasión nuestro perro probó ser de gran utilidad, pues nada se agitaba sin que el can no ladrase o gruñese furiosamente, lo que ponía en alerta nuestra defensa con leños encendidos en la mano.

De este modo pasamos las noches en vela, en incesante temor, y los días en afanes e indescritibles esfuerzos, con iguales peligros. Así fuimos de Montaña en Montaña, hasta que pasamos toda una cadena de ellas con tales maneras y medios que parecerían increíbles si se relatasen, al menos en Europa, pues ningún europeo había atravesado antes esta región en la forma en que lo hicimos y en repetidas ocasiones. Algunas veces nos vimos obligados a subir y bajar por angostos senderos que corrían al borde de precipicios, a uno u otro lado, y con un paso en falso podíamos caer donde nunca hubieran dado con nosotros. A menudo las mulas con sus cargas se han perdido en este camino cuando el suelo está resbaladizo, no obstante que son las criaturas de paso más seguro en el mundo.

En otras ocasiones, aunque no caminábamos por aquellos desfiladeros, estuvimos continuamente alarmados por los tigres, panteras, lobos, etc., tanto de día como de noche. Cuando no teníamos fuego para defendernos, (y menos armas, las que quizá no hubiéramos podido acarrear), las bestias acechaban a

²⁴ Posiblemente el volcán Rincón de La Vieja, en Guanacaste.

²⁵ Mombacho, pero mas bien se trataba del nublado pico del volcán de Ometepe.

distancia, listas a saltar sobre nosotros de sorpresa. Aprendimos por experiencia que si optábamos por huir precipitadamente de su presencia mantenían su acecho en espera de poder cogernos; pero si nos volteábamos de repente y los enfrentábamos osadamente, o avanzábamos hacia ellos, se sentían sorprendidos; nos miraban con atención por un momento y entonces, sin saber cómo encararnos, salían corriendo a toda prisa. Cuando aprendimos esta treta se disiparon nuestros temores, pero no los del pobre perro tan jadeante y cansado, que con dificultad podía arrastrar sus patas tras de sí.

Lo que soportamos en este viaje no tiene expresión. En verdad, si hubiéramos podido sentir lo que eran realmente estas Montañas, antes de tomar la decisión de cruzarlas, ni siquiera la hubiéramos pensado. Aunque nos hubiesen nombrado dueños y señores de la región, con todas sus riquezas, ello no habría sido suficiente soborno para emprender semejante jornada. Habríamos preferido quedarnos a vivir con los indios, tan conformes como fuera posible, y pasar el resto de nuestras vidas de una manera salvaje e incómoda. La verdad es que, tanto los españoles como los indios, nos habían prevenido que era imposible para nosotros cruzar por esas Montañas, pero asumimos vanamente que no encontraríamos los espectrales fantasmas que nos pronosticaron pues imaginamos, como dice un viejo proverbio, que hacían montañas de un grano de arena.

Para no fastidiar más al lector con esta narración particular, sobre la parte melancólica de nuestra jornada, sólo me cabe decir que con infinito azar y peligro y por la asistencia del Todopoderoso logramos superar todas las dificultades, que al final salimos de las tenebrosas e inhóspitas Montañas de Nicaragua y alcanzamos la orilla de una sabana, en terreno alzado, donde estaban dos recuas de mulas pastando.

Las bestias iban a ser conducidas por las Montañas y estaban descansando aquí por dos o tres días antes de emprender el lastimoso viaje del que mucho nos quejamos. Pregunté a los indios que las cuidaban a qué distancia estábamos de encontrar

algunos pobladores. Me respondieron que eran pocos en esta parte del país, que habían algunos ranchos dispersos, separados entre sí por unas diez, y hasta veinte leguas, pero ninguno a nuestro alcance donde pudiéramos pasar esa noche.

Para entonces andábamos tan desnudos como nunca, pues aunque todos conseguimos pantalones cuando salimos de San Miguel,²⁶ como eran de tela rala se rajaron en andrajos, de modo que ahora sólo llevábamos escasamente un harapo para cubrir nuestra desnudez. Pasamos el día entero en busca de un rancho pero sin éxito. La noche venía y estábamos muy cansados. Mis compañeros propusieron que nos echáramos allí donde estábamos y descansáramos hasta la mañana. Mi consejo fue de continuar en busca de un refugio, mientras brillara la luna. Todos asintieron aunque estaban muy fatigados, tanto que sentimos que estábamos listos para tendernos y nunca más levantarnos. Al ocultarse la luna se desató una terrible tormenta de truenos, rayos y lluvia que nos cogió a campo raso sin poder guarecernos, salvo aquí o allá junto a ciertos arbustos, debajo de los cuales nos agazapamos, habiendo reunido antes unas cuantas ramas que logramos recoger para hacer fuego, que la misma lluvia acabó por extinguir.

Allí permanecimos hasta la mañana, cuando encontramos un rancho con dos indios que viendo nuestra deplorable condición nos hicieron un buen fuego y dieron leche caliente, la que resultó muy confortante pues no la habíamos probado hacía varios días. Este rancho fue levantado con el propósito de socorrer a los viajeros; pertenecía a una compañía de frailes que lo mantienen bien surtido con tasajo y leche.

La manera de ordeñar las vacas, aquí como en otras partes del país, es la siguiente: van los indios a la sabana a recoger los terneros, los traen a casa y encierran en un corral construido alto para defenderlos de los tigres y otras bestias rapaces, pero dejando una puerta para que las vacas entren, las cuales no

²⁶ En El Salvador.

fallan en venir por la noche para amamantarlos. En la mañana las sacan y atan al ternero a la pata delantera de cada vaca y mientras ella lame a su crianza la ordeñan. Hacen poco uso de la leche, salvo para elaborar crema que guardan en calabazos y la comen con plátanos. Por eso, cuando en cualquier parte llegábamos al momento del ordeño, nunca nos negaron toda la leche que podíamos ingerir.

Los indios dijeron que podíamos arribar a Nicoya en diez o quince días; al partir nos dieron mucho tasajo en largas tiras y tan seco por el sol para conservarlo que resultaba tan duro e insípido como un palo; cuando deseábamos probarlo teníamos que machacarlo entre dos piedras, porque de otra manera no se puede comer.

No lejos de aquí pasaba un gran río²⁷ que por tres días intentamos vadearlo, pero en vano, sino hasta el cuarto. Al otro lado había un gran rancho llamado de Santo Domingo, donde encontramos a un negro y a una mujer quienes, después de confesarles nuestro lugar de origen, nos dijeron que mucho amaban a los ingleses, pero no a los españoles. En efecto, descubrimos su buena disposición pues se comportaron maravillosamente bondadosos y amistosos con nosotros. Estuvimos con ellos una noche y en la mañana nos señalaron un lugar llamado Santo Tomás, donde nos dijeron vivía un español que era un buen hombre.

En el camino vimos una criatura que corrían a nuestro encuentro, algo parecida a un oso pero de andar torcido y de color arenoso. Pensando que traía alguna mala intención; nos turnamos para matarlo con nuestros palos.²⁸

Al atardecer llegamos a Santo Tomás y encontramos al caballero español, que muy bien respondía al buen carácter que le atribuían los negros. Al conocer nuestro sufrimiento, al momento ordenó a sus indios asar carne fresca según nuestro gusto y hacer algunas tortillas. Al mismo tiempo puso su casa

²⁷ El Tempisque.

²⁸ Posiblemente se trataba de un oso hormiguero.

a nuestra disposición por el período que quisiéramos y como una muestra adicional de su bondad y caridad prometió que no nos dejaría ir sin que llevásemos provisiones. Estuvimos aquí dos días y por ese tiempo descansamos un poco. Pero pensando que podíamos perder la barca en Nicoya, que iba para Panamá, pensamos mejor continuar, así que nos despedimos de nuestro bondadoso benefactor con mucho agradecimiento.

Este día pasamos por un rancho, pero no encontramos a nadie en los alrededores. La choza estaba abierta por todos lados, pues no era más que un techo de caña cubierto con hojas y apoyado sobre cuatro palos. Seguimos hasta llegar al gran golfo de Herradura, donde hay muchas islas.²⁹ Como no encontramos manera para cruzar este golfo, resolvimos regresar a la choza abierta, para descansar por un rato y considerar qué curso deberíamos seguir.

Cuando volvimos nos encontramos con un indio que después de un rato nos puso en buen camino y al ponerse el sol arribamos a dos ranchos que estaban habitadas. Aquí nos informaron que un paisano nuestro se encontraba en ese momento en uno de los ranchos y que había arribado con algunos indios de Granada. Resultó que era Robert Barnwell, a quien encontramos por el Lago de Nicaragua cerca de aquel pueblo y quien cuando partimos de allí estaba en estado tan débil que no pudo emprender el viaje con nosotros. Nos dijo que después de haber recuperado un poco las fuerzas, se presentó la oportunidad de seguirnos, con algunos indios que debían viajar por este rumbo; que había intentado con ellos cruzar el gran río que se vierte en el Golfo de Herradura, cuya corriente es muy rápida, donde indudablemente se habría ahogado si aquellos no lo salvan. Luego temiendo les daría más problemas lo trajeron a este lugar, donde lo dejaron y se fueron; por tanto, habiendo perdido los guías, no tenía más esperanza de volvernos a ver, sin imaginar que este infortunado accidente, tal como parecía, proporcionaría

²⁹ En el extremo del golfo de Nicoya.

los medios de lo que tanto deseaba. Esto mostraba cuán difícil era juzgar lo que convenía o no a nuestro bienestar, pues las consecuencias que más tememos resultan con frecuencia en nuestra ventaja y, por el contrario, las que perseguimos con ansiedad, poniendo en ellas más cuidado y esfuerzo, resultan a menudo, cuando se realizan, ser las que a toda costa debimos haber evitado.

Allí quedamos una noche, pero el lugar estaba tan infestado de pulgas que en todo el tiempo fue imposible quedarse quieto o poder reposar.

Al amanecer del siguiente día salimos del lugar con nuestro amigo Barnwell y después de algunas dificultades para encontrar por dónde era más factible cruzar el río logramos pasarlo y llegamos a una sabana donde vimos gran número de grandes lobos.³⁰ Por la tarde arribamos a un rancho donde pasamos la noche, pero no pudimos reconciliar el sueño en este lugar a causa de los insectos.

Al siguiente día topamos con grandes hordas de ganado cimarrón, que los indios de los alrededores matan únicamente por los cueros y sebo, dejando los cadáveres en el campo para que sean pronto devorados por una especie de cuervo carroñero del tamaño de nuestros gansos.³¹ Hay aquí una ley que pena con la muerte a cualquier indio u otra persona que mate uno de estos cuervos, de la cual no se puede dar explicación, a menos que se suponga es una manera de controlar las enfermedades, pues al devorar las aves la carroña se evita que ésta se pudra e infeste el aire.

En el camino colectamos una fruta como ciruela, pero más amarilla, que crece en tallos de unos dos pies de alto. Como observamos que los cerdos salvajes eran muy aficionados a ella no tuvimos escrúpulo en probarla, resultando el sabor placentero y exquisito, pero el efecto que nos hizo fue tal que bocas y gargan-

³⁰ Mas bien coyotes.

³¹ Se refiere al zopilote.

tas se inflamaron al extremo de no poder comer ni beber por dos días.

A la puesta del sol encontramos a unos indios que estaban matando ganado; nos permitieron disponer de toda la carne que fuésemos capaces de comer y llevar. Al día siguiente nos indicaron el curso más allá de ciertos montes, (cuyas cumbres no podíamos ver, pero dieron señas de ellas) y de los cuales había dos o tres días de camino hasta Nicoya.

Atravesamos esos montes en un par de días; por todo el camino sufrimos de una intolerable plaga de bichos asquerosos, que se nos pegaron en hordas y en forma tan tenaz que era imposible deshacernos de ellos con el cuchillo. A menudo habíamos sido atormentados por esta clase de insectos con anterioridad, pero no a tal grado. Si no hubiera sido por los indios que nos espulgaron, habrían penetrado por la carne sin que pudiésemos extraerlos jamás, según nos dijeron.³²

Al tercer día arribamos a Nicoya, donde después de descansar un rato fuimos a buscar al Alcalde Mayor para mostrarle nuestros pases. Nos preguntó directamente cómo habíamos entrado al país. Le contesté dándole el relato de nuestro viaje con toda la precisión que pude recordar; le dije que confiábamos en encontrar una barca que nos llevara rumbo a Panamá. El Alcalde nos aseguró que no había ninguna por el momento y que tampoco sabía cuándo llegaría alguna procedente de ese lugar; antes bien no esperaba ninguna porque era la estación de lluvias y tormentas, sino hasta que el tiempo cambiase; que todo dependía de la primera oportunidad que se presentase para que pudiéramos viajar, y eso era todo lo que podíamos esperar. Luego ordenó a un indio que nos mostrara el Cabildo, que era la casa donde se alojaba a los extranjeros; después nos mandó alguna carne cocida y a cada cual una tortilla. Al rato vino en persona, para invitarnos a cenar. Nos manifestó que sentía gran estima por los ingleses y habló muy complacido de nuestra nación.

³² Se trataba de las garrapatas.

Al mismo tiempo aseguró que no nos faltaría alimento, o cualquier otra cosa que estuviese a su alcance, mientras permaneciésemos con él.

Habíamos estado aquí un par de días cuando el Alcalde Mayor ordenó a los alcaldes indígenas que gobernaban dos villas vecinas nos atendiesen cada día y en forma alternada. Creímos que esto lo hacía sólo para probar el acatamiento a sus órdenes, o para ver cuán caritativos podían ser aquéllos con nosotros, pues el Alcalde Mayor nos envió sólo una vez ante ellos, donde fuimos tratados con mucha cortesía. Encontramos la mesa dispuesta con gran esmero, usando como mantel una gran hoja verde de unos doce pies de largo y cinco de ancho. Crece sobre un tallo de 15 a 20 pies de alto, que produce una sola hoja cada vez en la parte superior.³³ Nos brindaron carne y tamal y después frutas de varias clases, como plátanos maduros y sapotes, que son muy deliciosos. Después del almuerzo fuimos donde el Alcalde y le referimos la buena recepción que habíamos tenido. El se mostró muy complacido de saber que sus órdenes habían sido satisfactoriamente atendidas.

Todos los Alcaldes Mayores que conocimos hasta aquí eran españoles, pero este caballero era oriundo de Bretaña en Francia y respondía al nombre de Michael de Boyce o du Bois. Con él vive una india, hija de un alcalde de Costa Rica, (aunque no puedo asegurar si era su esposa), y con la cual tiene un hijo. Seríamos unos grandes ingratos si no reconociéramos que ella, así como también él, fueron extremadamente gentiles con nosotros durante el tiempo que permanecimos allí. Ojalá que el corto relato que he dado de este caballero pueda traer alguna satisfacción a su hermano quien (según nos lo dijo) es comerciante en Londres.

Por ese tiempo enfermó de nuevo Rounce, pero fue tratado con el mayor cuidado y ternura que pudo haber esperado la gente en nuestra circunstancia.

³³ La hoja de chagüite.

Habiendo hablado del primer Magistrado del pueblo y de su generosidad para con nosotros, daré ahora información del pueblo en sí, como también de sus habitantes.

Nicoya está situada en un valle rodeado de altas montañas, de modo que no se puede arribar al pueblo sin atravesar alguna de ellas; sin embargo, no existe lugar con mejor perspectiva o que se mantenga con el mayor orden y nitidez. Los indios no permiten que se cultiven los alrededores, por miedo a las plagas, si no son árboles frutales. Y esta sana medida ha producido tan buenos efectos que no se ve ningún mosquito, ni se siente alguno en todo el pueblo, no obstante que los montes arriba están cubiertos de bosques.

La gente es de una disposición tranquila y pacífica; no conocen la bulla o el tumulto, de modo que si alguien se queda aquí por muchos días o semanas, si no fuera porque ve a la gente de vez en cuando por la calle o en sus casas, creería que no hay habitantes en el pueblo. Aunque estuvimos aquí por seis semanas, íbamos a menudo a sus casas y estábamos bien enterados de ellos; nunca los oímos reñir o pelearse entre sí, ya que cada cual parecía calmo y tranquilo, muy inclinado a respetar la opinión de los demás. En las noches de luna salían a divertirse, cantando y bailando con música de viento que es suave y no desagradable. Con frecuencia nos pedían que cantáramos y bailáramos con ellos. A veces los complacíamos a nuestra manera, para diversión de ellos, riéndose de nosotros, y parecían desearos por conocer las palabras que entonábamos en nuestras canciones. Las mujeres a menudo miraban asombradas la blancura de nuestra piel, (aunque no era la más clara y en ese tiempo andábamos bronceados como gitanos), y preguntaban con gran candidez si nuestras mujeres eran tan blancas como nosotros. Cuando les decíamos que ellas nos superaban en tez y facciones se mostraban más intrigadas aún.

Cuando las mujeres de aquí dan a luz, se encierran por varios días y no pueden ser vistas por nadie. La manera de criar a los hijos es dejarlos gatear por el suelo, hasta cuando puedan

erguirse. Mientras son jóvenes, los padres no se toman la molestia de enseñarles o instruirlos en algo, aunque son muy amorosos con sus hijos como nadie en el mundo. En lugar de sonajas, muñecas, trompos, bolas y otras cosas con que nuestros niños juegan, la gente de acá ofrece a los suyos las cabezas, colas y zarpas de las bestias salvajes para que se diviertan. Supongo que esto hacen para familiarizarlos con esas criaturas, sabiendo que en el curso de sus vidas no tendrían por qué asustarse al encontrarse con ellas. Son gente prudente, casta y tan recatada y modesta que en todo el tiempo que estuvimos acá nunca vi a un hombre besar en los labios a una mujer.

Habíamos estado diecinueve días en este lugar cuando nuestro compañero de viaje Banister se apareció en el pueblo. La Providencia había dispuesto que cuando recuperara un poco de su enfermedad, encontrara algunos indios que iban a cruzar las Montañas de Nicaragua con una recua de mulas rumbo a Costa Rica. Lo encontraron en estado de debilidad y abandonado a su infortunio, pero los indios tuvieron la caridad y buen ánimo de tomarlo con ellos y montarlo en una mula. No dudaron que nos encontrarían en Nicoya, pues sabían que no existía por tierra un lugar como éste más cerca de Panamá, y que el camino en adelante era muy montañoso y estaba escasamente poblado. No sentimos muy complacidos de tener a nuestro viejo amigo de nuevo con nosotros, pues llegamos a temer que nunca lo volveríamos a ver. ¿Cuántas veces deseamos saber de su situación y cuántas otras nos sentimos afligidos por no saber si estaría vivo o muerto? Pero ahora nuestra satisfacción era plena, puesto que nos habíamos juntado de nuevo los seis.

Extracto de
**A Journey over land from the Gulf of Honduras
to the Great South Sea**
por John Cockburn, 1735
traducción de Jaime Incer Barquero